

ORTO



Octubre
1^{nta}

Ayuntamiento de Madrid

LIBERTINAJE Y PROSTITUCION

GRANDES PROSTITUTAS Y FAMOSOS LIBERTINOS

Por E. ARMAND
DOCUMENTOS PARA UNA INTERPRETACION
SEXUALISTA DE LA HISTORIA
Precio: 10 pesetas

Una de las primeras interpretaciones acerca de la influencia del hecho sexual sobre la vida política y social del hombre. Esta formidable obra, de unas 500 páginas, formato 15 por 21 centímetros, va profusamente ilustrada con numerosos grabados del INSTITUTO DE INVESTIGACION SEXUAL DE VIENA

HE AQUÍ EL INTERESANTÍSIMO Y COMPLETO SUMARIO:

PRIMERA PARTE: LA PREHISTORIA

Paraíso terrenal y edenismo. Los vasos etruscos. Ninfas, faunos, silvanos y sátiros. La leyenda de Hércules. ¿Son los sátiros los antropoides antepasados del hombre? La primera prostituta. El erotismo de los primitivos y sus consecuencias. La prostitución hospitalaria.

SEGUNDA PARTE: EL ORIENTE ANTIGUO

Parsifæ. La prostitución sagrada. La leyenda del Minotauro. Las hijas de Lot: El levita de Efraín. Judá y Tamar: Onán. El rigorismo mosaico. El *Cantar de los cantares*: La Sulamita. Rahab, Dalila, Judit. Las costumbres del Asia anterior. Isis y Osiris: Ródope.

TERCERA PARTE: EL MUNDO GRIEGO

Demetrio y Lamia. Alcibiades. Safo. Megalostrata: Las cartas de Alcifrón. Aspasia. Leonción: Epicuro: Danæ. Lais. Friné de Tespiés. Tais y Glicería. Generalidades sobre las costumbres de los tiempos primitivos y de la antigua Grecia

CUARTA PARTE: ROMA

Acca Larentia: Fundación de Roma. El rapto de las Sabinas. Flora: Las Floralias. Generalidades sobre la prostitución entre los romanos. El culto a Priapo. Mesalina. Cómo se practicaba en Roma el libertinaje. La calle, los baños, los festines. Los grandes poetas romanos: El «Satiricón». Julio César, el superhombre latino. Cleopatra y Marco Antonio: Una vida inimitable. Octavio Augusto: Las dos Julias. Tiberio: La isla de Caprea. Calígula y Claudio: El lupanar imperial. Nerón y Esforo: ¿Leyenda o historia? Galba: Apogeo de la pederastia. De Otón a Tito. Domiciano. Adriano y Antinoo. Cómodo. Heliofóbalo: El mitracismo sobre el trono.

QUINTA PARTE: LA ERA CRISTIANA

Las grandes divisiones de la Historia. La Magdalena y los orígenes de Jesús. Marta y Magdalena. Jesús, divinidad solar. Arrepentidos y arrepentidas entre los primeros cristianos. Costumbres de los cristianos primitivos. Los ágapes de los primeros cristianos y los agapistas. La orgía bizantina: Teodora.

SEXTA PARTE: LA EDAD MEDIA

Las costumbres medievales: Carlomagno. España en la Edad Media. La Torre de Nesle. La Corte de los Milagros. Los ejércitos y la prostitución. Ocultismo erótico: El sábadu. Incubos, súcubos, filtros de amor. El enigma de Gil de Rais. La Gran Ramera. La papija Juana. Las cortes de amor. Las sectas eróticas. El erotismo católico. El pecado original, la condenación católica de las manifestaciones de amor y la práctica de los grandes dignatarios de la Iglesia. Tanchelín. Los «klœffers»: Historia del pequeño «Josquín». Los Hombrés del Saber. Los Templarios. Las sectas eróticas de

los musulmanes. Cómo se refrenaba la lujuria en la Edad Media.

SÉPTIMA PARTE: EL RENACIMIENTO

El Renacimiento: La hermosa Imperia. Los Borgias. La corte de los Valois. Enrique VIII, el Barba Azul coronado. La Casa de Austria. La prostitución en los países de lengua alemana. Los anabaptistas. Juan de Leyden, dictador en Münster. Los Eloístas o *Libertinos de Amberes*. Solimán el Magnífico: La poligamia coránica. Don Juan. La sífilis, el mal de los ardientes.

OCTAVA PARTE: LOS TIEMPOS MODERNOS

Los muchachos y los cinturones de castidad. Los ligeros, sus procesiones y el diablo en el convento. El Verde Galante. Luisa Labe, Marión Delorme, Ninón de Lenclos. Las posesiones: Gaufridy, Urbano Grandier, La Sodoma de Louviers, El sexo del diablo. Luisa de la Vallière, la Montespán y la Maintenón. El tráfico de venenos. Las misas negras en el tiempo del Gran Rey. Las amantes de Molière. La Gran Made-moiselle y Lauzun, el don Juan del Gran Siglo: La Regencia: Los Roués. Luis, el muy amado. El Parque de los Ciervos. El pecado filosófico. La secta de los Skoptsy o Scopits. El amor en el siglo XVIII.

NOVENA PARTE: LA ÉPOCA DE LOS ENCICLOPEDISTAS.

DE SADE, RETIF DE LA BRETONNE Y SUS TIEMPOS
Catalina II, la Semíramis del Norte. De Sade y el sadismo. La obra y la filosofía de De Sade. El sadismo y sus raíces. ¿Qué es el sadismo? El sadismo sin De Sade. El caballero d'Eon. La logia *La amistad amorosa*. Los afrodisiacos y los cosméticos en el siglo XVIII. Las virginidades simuladas. Los antivenéreos. La literatura erótica en el siglo XVIII. Retif de la Bretonne. El acontecimiento del Collar. Los aventureros de la Corte de Versalles. Casanova, *homo eroticus*. La Revolución: Theroigne de Mericourt.

DÉCIMA PARTE: DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN. EL MUNDO CAMINA HACIA UNA ÉTICA SEXUAL NUEVA

Proyecto de reglamento para una casa de prostitución bajo el Directorio. Desde Nápoles hasta fines del segundo Imperio francés. De la señora de Krudener a Rasputín. El Extremo Oriente. Las revelaciones de la *Pall Mall Gazette*. Las casas de citas. La prostitución y la libertad sexual entre los civilizados y los primitivos. Policía de las buenas costumbres y abolicionismo. Las anomalías sexuales. El autoerotismo; el símbolo sexual. La ambisexualidad. El masoquismo. El freudismo. El spiesismo. La represión y el Instituto de las Ciencias sexuales de Berlín. Los mormones. El decreto de la Unión Anarquista de Saratof (?). El malestar sexual y sus consecuencias. Reacción contra los celos y las muertes pasionales. El amor y la cuestión sexual entre los Utopistas. Las realizaciones sexuales. Pornografía o educación sexual. Conclusión.

De entre todas las opiniones de los grandes escritores sobre la gran obra de Armand, destacamos las de los tres autores más caracterizados. HAN RYNER, el conocido escritor, ha dicho: «Libertinaje y prostitución es, hasta la fecha, lo mejor que se ha escrito sobre este tema.» CAMILLE SPIESS, el célebre ensayista especialista: «Este libro es, a todas luces, de lo más instructivo sobre la materia.» El doctor L. ESTEVE califica el libro Libertinaje y prostitución, «un magnífico manual de erotología».

Ayuntamiento de Madrid

Oro

REVISTA DE DOCUMENTACION SOCIAL



Dirige: MARÍN CIVERA

Gráficos: JOSE RENAU

Año II Núm. 17

Valencia, octubre. 1933

Humanitarismo y Eugenismo

I La eugénica, ciencia de la regeneración

RARO es que los problemas vitales de la Humanidad, considerados en relación con sus intereses generales y permanentes, sean examinados con la clarividente sinceridad que pasa por alto los absurdos y las mentiras colectivas para llegar a la causa inmediata y elemental del mal. En muchos dominios sociales, desde la economía hasta la educación, desde la higiene hasta la ética, la lucha contra el mal es un trabajo de Sísifo. Es la lucha contra los efectos que reaparecen después de haber cedido en apariencia, como vuelven a encenderse las brasas de un hogar mal extinguido.

Combatimos la guerra, pero dejamos que trabajen los arsenales; combatimos el alcoholismo, pero las destilerías hacen toda su producción; combatimos el analfabetismo, pero mantenemos a los niños y a los adultos en la ignorancia de todas las cosas esenciales; combatimos el pauperismo, pero «alentamos» a las familias prolíficas, y así sucesivamente.

El humanitarismo proclama la fraterni-

dad de los pueblos como primera ley moral, pero los pueblos cultivan sus enfermedades morales y las enfermedades sociales con el ahinco del ignorante que se envenena todos los días con el alcohol, con el opio, con la nicotina, persuadido de que las ilusiones de la embriaguez y las humaredas del sueño son más reales que los intereses colectivos.

La contradicción entre la intención y la práctica no se manifiesta en parte alguna más evidente que en el dominio genésico. Ante el problema de la procreación, numerosos hombres son como aquellos asesinos italianos que hacían sus devociones ante el altar de la Madona antes de ir a hundir su puñal en el pecho de su víctima. Si los efectos de la ignorancia o del absurdo sexuales no fueran tan trágicos, el modo en que los hombres obran en contrasentido en este orden de actividad, en las más importantes circunstancias de la vida, constituiría para el observador sagaz un espectáculo de una comicidad irresistible.

Cuando los gusanos ciegos se ponen en marcha forman una cadena con el fin de no extraviarse: la cola de uno está en la boca del siguiente, y avanzan de ese modo con la certeza de llegar al término de su viaje. Mas si ocurre que el gusano que va

en cabeza de la cadena coge la extremidad del gusano de la cola, transformando la cadena en circunferencia, entonces los gusanos dan vueltas y más vueltas creyendo avanzar; darán vueltas siempre, de manera absurda, en derredor de su círculo, hasta que mueran todos de agotamiento, aun cuando su subsistencia no esté separada de ellos sino por una pequeña distancia.

Así procede la inmensa mayoría. Cometemos los errores más desastrosos con la convicción de que oímos la voz de la razón, cuando, en realidad, somos víctimas de la necedad consagrada por la opinión pública o de los intereses de algunos aprovechadores, cuyo privilegio se halla sancionado por las leyes... democráticas. Los imperativos de la «moral social» nos obsesionan con un continuo engaño. Sociedad, Nación, Raza...: expresiones abstractas en nombre de las cuales es sacrificado el individuo desde el mismo momento en que se le concibe. Olvidamos que la sociedad es una asociación de individuos; la nación, una asociación de clases, y la raza, una asociación de pueblos. Queremos realizar la justicia social, pero oprimimos al individuo, despersonalizándolo; queremos enriquecer y elevar a la nación, pero excitamos a la lucha de clases, a la guerra civil, hasta el terror ejercido sobre la conciencia y sobre el lecho conyugal; queremos purificar la raza para aumentar la riqueza y la cultura de la Humanidad, pero las naciones guerrean entre sí, manteniendo las unas a las otras en la esclavitud económica o bajo un «proteccionado» que hace incubar el fuego del odio debajo de las cenizas de la humildad...

Cualquiera que haya adquirido la convicción de que la biología es el punto de partida de todos los problemas, no solamente sociales y económicos, sino también morales y estéticos, reconocerá que es, lejos de ser «simplista», el método de los que reducen la trágica lucha de la vida humana a una causa primordial: la procreación. Algunos escépticos que se creen muy inteligentes sonreirán al enunciado de esta verdad de Perogrullo. ¡Sí, pero una verdad que todos contorneamos, como los gusanos ciegos en su procesión circular! Un número reducido aún de clarividentes, que nosotros llamamos *eugenistas*, se ha atrevido a demostrar la causa de las causas. Su esfuerzo para iluminar a las

innumerables víctimas de la ignorancia sexual se nos aparece como una de las más heroicas acciones de la ciencia puesta al servicio de la Humanidad.

La eugénica, la rama más joven, pero también la más esencial de la ciencia biológica, fué fundada por el antropólogo inglés Francis Galton (1822-1912), primo de Carlos Darwin, autor de *Origen de las especies* (1859). La teoría de Galton se deriva de la de Darwin, de igual manera que éste es discípulo de Malthus, autor del *Ensayo sobre el principio de la población* (1798).

Manuel Devaldés ha coordinado sus diversos estudios sobre el eugenismo y el maltusianismo en una obra sugestivamente titulada *La maternidad consciente*. Es un libro de doscientas veinte páginas, de tal claridad, de un orden tan sencillo, que puede ser leído incluso por los hombres privados de cultura general. Pero documentada, gracias a minuciosas indagaciones, esta obra sintetiza todos los resultados obtenidos en el vasto dominio de la biología humana. Si fuese publicada como folletón por todos los diarios del mundo, para ser leída por las multitudes ignorantes, tendría lugar entonces una verdadera revolución intelectual y moral.

El mérito de Manuel Devaldés —que no es un sabio, sino un individualista social que ha buscado siempre el perfeccionamiento personal por medio de la libertad y de la cultura— consiste en haber sabido reunir, en un trabajo desprovisto del aspecto intimidador de los tratados científicos, las verdades biológicas que pueden ser aplicadas en la vida de cada individuo normal. No tan sólo en el individuo normal, sino también en el que, físicamente anormal, se halla, además, privado de inteligencia.

Para completar el humanitarismo como doctrina pacifista e internacionalista, la teoría eugénica se impone, no como una conclusión, sino como un punto de partida. Sin el eugenismo, el humanitarismo sería como un árbol sin raíces. Todos los esfuerzos para humanizar por los medios sociales (la cultura, la técnica, la economía, la educación, la ética) serían inútiles si el problema de la procreación fuera dejado al azar, a lo que algunos llaman todavía la «selección natural», pero que es también una selección artificial que resulta de la

opresión, porque el orden social es también artificial y tiránico.

En nuestra exposición del eugenismo, seguiremos el trabajo de Devaldés que, con algunas reservas, podemos considerar como una contribución al conjunto de las obras destinadas a la acción humanitarista. En una palabra, el eugenismo engloba las condiciones necesarias para el «buen nacimiento». Además, se halla en relación *directa* con todas las manifestaciones de la vida humana. La parte científica del eugenismo —la eugénica— está bastante avanzada, pero no ocurre lo propio con la parte práctica. Las verdades eugénicas apenas han recibido por uno y otro lado un principio de aplicación. De manera intuitiva, las gentes se entregaban, antes del fundador de esta ciencia, a algunas prácticas eugénicas.

Galton, que también creó la palabra, ha definido la eugénica como «el estudio de las influencias susceptibles de ser sometidas a la autoridad social y capaces de mejorar o de deteriorar las cualidades racionales de las generaciones futuras», ya física o ya mentalmente». El ideal de Galton consistía, pues, en sustituir a la cruel selección natural, en lo que atañe a la Humanidad, por la *selección racional*. De igual modo que Darwin, Galton trabajó como hombre de ciencia y como naturalista, pero también como médico y fuera de todo prejuicio. Ninguna ironía y ningún obstáculo pudieron desalentarle. Vivió el tiempo suficiente para poder asistir a las primeras aplicaciones de su teoría. En 1865, proclamaba la necesidad de un «esfuerzo sistemático para mejorar a la especie humana, reduciendo sin cesar la proporción de la natalidad de los individuos ineptos en una sana procreación y favoreciendo la reproducción de los aptos». Antes de Darwin creíase en la fijeza de las especies, y de ahí la vanidad de todos los esfuerzos, con miras a su mejoramiento. Hoy en día, los éxitos obtenidos en el mundo de los vegetales y de los animales justifican la convicción de que ha de poder crearse un hombre nuevo y una raza nueva.

La eugénica es «la aplicación racional a la especie humana de los principios de selección derivados de las doctrinas de la evolución formuladas por Lamarck (1744-1829), y por Darwin (1809-1882)». Darwin considera la lucha por la existencia como

la causa principal de la evolución; su consecuencia es la selección natural con la supervivencia de los más aptos (cuya expresión es de Spencer). Pero Lamarck atribuye la evolución a la influencia del medio. Ambos se encuentran de nuevo en el terreno de la herencia. Los caracteres hereditarios se transmiten, bien sea que hayan sido adquiridos en la lucha por la existencia o que hayan sido causados por la adaptación al medio.

Malthus (1766-1834) es un precursor de Darwin y de Galton. Ha explicado la causa de la lucha por la existencia en la especie humana. (Darwin ha considerado la lucha por la existencia en las otras especies.) Según Malthus, la causa de esta lucha se halla en «la prolificidad humana y en su consecuencia el desequilibrio entre la población y el alimento, es decir, el exceso de población». Por lo tanto, la lucha por la existencia se halla determinada por el medio. El medio humano puede ser modificado por el hombre en bien o en mal. La selección natural no es una fatalidad para el hombre. El hombre *puede* hacer una selección racional *por* la Naturaleza, pero también *contra* ella.

La eugénica aplicada puede ser negativa (eliminación de los ineptos) y positiva (multiplicación de los aptos). Puede distinguirse también la eugénica preventiva que defiende a los generadores (hombres o mujeres), en la edad de la adolescencia o de la madurez, contra «los venenos de la raza: envenenamientos profesionales, enfermedades venéreas, alcoholismo y otros elementos de disgenismo, esto es, de mal origen». La eugénica positiva no es suficiente; la eliminación de los ineptos, por cruel que pueda parecer, se impone cada vez más como medio de preservación de la raza. Siendo maltusiano, Devaldés se esfuerza en demostrar que el valor, la cualidad de la raza se halla íntimamente ligada a la cantidad de los individuos que la componen en un momento dado, así como a la cantidad de alimentos de que disponen esos individuos. Llama la atención de los eugenistas sobre el hecho de que la calidad de la población no proviene solamente de la herencia, sino también del medio (medios de vida). La eugénica que quiere ignorar la ley de población formulada por Malthus se hace utópica. No debe olvidarse que la población tiende a exceder de las proporciones

que sus medios de vida o de subsistencia le permiten en el cuadro de un territorio determinado. El exceso de población tiene siempre efectos disgénitos.

Existen dos medios de aplicar la eugénica. El primero consiste en apelar a la «buena voluntad del individuo», y el segundo radica en sanciones legales. A pesar del estado actual de la sociedad y de lo que es la mentalidad de la mayoría de los hombres, es preciso, sin embargo, que nos apoyemos primeramente en la «buena voluntad», es decir, en la conciencia individual. Las sanciones legales, en tanto sean aplicadas por una minoría privilegiada, serán ilusorias: favorecerán la reproducción de los tipos humanos moralmente inferiores. Los hombres políticos no tendrán nunca fines objetivos científicos; tienen, ante todo, intereses inmediatos. Pueden legislar en favor de un espíritu restrictivo de clase; pueden tener concepciones retrógradas, nacionalistas o rásticas; pueden ser dominados por cierta moral dogmática, pero no se elevarán hasta la conciencia de los intereses generales y permanentes de la Humanidad.

A causa de esto y, a pesar de los obstáculos que se interponen, la eugénica individual, libre y basada ante todo en «la educación sexual intensiva y extensiva», es preferible: ahí está el secreto de la solución del problema. La mayoría de los hombres tienen «el temor instintivo de las verdades sexuales». De la ignorancia y del disimulo de estas verdades provienen casi todas las calamidades sociales. Y la solución no es otra que «la generalización de la educación sexual integral».

II

La esterilización

La eugénica es la rama más joven de la biología humana. Los ganaderos y los agricultores conocen desde hace mucho tiempo las leyes del crecimiento y las normas de la selección artificial a las cuales se somete a los animales y a las plantas. En cuanto al hombre, se le ha dejado multiplicarse al azar, ciegamente, en la promiscuidad social. La profilaxis no ha aparecido sino después de los estragos de las enfermedades endémicas; la legislación higiénica y de las «costumbres» se ha mos-

trado impotente, a pesar de las obras de asistencia, a pesar de la moral —hipócrita— de la familia y de la Iglesia.

La importancia central del eugenismo reside en la herencia. Devaldés examina esta última en varios capítulos con ayuda de reputados biólogos. Según algunos, el papel de la herencia es preponderante en lo que concierne a las cualidades físicas y mentales de los hombres; pero es más exacto decir que el influjo de la herencia es igual al del medio. La herencia es «la relación genética existente entre generaciones sucesivas», esto es, «la transmisión a los descendientes de los caracteres físicos y mentales de los ascendientes». Augusto Weissmann ha explicado esta transmisión por la «ley de continuidad del plasma germinativo»; así se hacen inteligibles no sólo la semejanza entre padres e hijos, sino también el atavismo, el retorno a un tipo más antiguo. Mas esta semejanza no es absoluta. De una a otra generación, pueden sobrevenir variaciones que el biólogo Mendel ha estudiado en la fusión de los dos plasmas. Los lamarckianos atribuyen las variaciones a la influencia del medio: para ellos, el plasma germinativo es un medio nutritivo antenatal.

De la variación resulta el fenómeno de selección. La variación es la causa original de la diferenciación en especies. En la Naturaleza, la selección es esencialmente la supervivencia de los más aptos. En lo que concierne a los hombres, las clases sociales son verdaderas subespecies. La selección humana no es idéntica a la selección puramente natural. Cuando una especie animal comienza a degenerar, hállase condenada a desaparecer. En la especie humana, la perpetuación de los degenerados se ha hecho posible por la ciencia médica y por la moral social actual que protege a los débiles y sostiene a los averiados. Así, el tipo humano inferior se reproduce y su multiplicación es una causa de degeneración de la especie humana. «La selección natural atemperada por el hombre es, por tanto, disgénica.»

Las indagaciones de Mendel han llegado a la conclusión definitiva de que sólo una buena herencia puede dar niños sanos de cuerpo y espíritu. Puede perverse la herencia patológica según los caracteres patológicos físicos y mentales de los padres. De padres epilépticos nacerán

hijos epilépticos. Si sólo uno de los padres está sano, no puede asegurarse que el hijo nazca normal. Las taras ligeras pueden combatirse por medio de una educación específica y costosa además. La influencia propicia del medio no suprime una tara: un débil de espíritu podrá ganar más o menos bien su vida, pero un idiota no será nunca inteligente. He ahí por qué «las simples atenuaciones aportadas a la selección natural, sea cual fuere el sentimiento que las inspire, son, desde el punto de vista de los eugenistas, absurdas y nocivas.» Sin embargo, si no podemos exterminar a los degenerados que viven entre nosotros, podríamos evitar su nacimiento. En lugar de la selección natural, el hombre puede practicar la selección racional, empleando los medios propios para prevenir la transmisión de la herencia mórbida.

A propósito de la herencia mórbida, existe una literatura médica, psicológica y estadística tan vasta que sería imposible resumir aquí los capítulos en los cuales condensa Devaldés las conclusiones de los médicos sobre la herencia alcohólica, sifilítica, tuberculosa, etc. No obstante, extraeremos de ellos algunas indicaciones. El pueblo se halla advertido a este propósito, pues dice la Escritura: «Los padres han comido las uvas verdes, y los dientes de los hijos han experimentado dentera por ello.» El doctor Demme, examinando a 57 niños de padres alcohólicos, ha comprobado que «25 murieron en las primeras semanas siguientes a su nacimiento, 12 se hallan idiotas, 5, hidrocefalos, 5, epilépticos, 2, dipsómanos y 8, normales». De 60 niños internados en el hospicio de Bicêtre, 75 nacieron alcohólicos... He aquí un efecto del respeto hacia la vida humana.» Devaldés se pregunta: «¿No valdría más respetar la vida antes de que hubiese visto la luz y no dar a la vida humana un «día de sufrimiento?» «Los espartanos se mostraban sin piedad —sin falsa piedad— cuando arrojaban a un precipicio a los niños deformes e idiotas, pero hoy, con ayuda de la ciencia, los degenerados podrían ser aniquilados humanamente, por eutanasia. Sin embargo, sería preferible, por todos conceptos, que los degenerados no naciesen y mejor aún: que no fuesen concebidos. Ahora bien, esto es posible gracias a la ciencia: por medio de la esterilización de cuantos ma-

nifiesten caracteres patológicos o sufran enfermedades incurables. Este es un medio radical mediante el cual se suprimiría el mal en su raíz. Puede persuadirse a un sifilítico y a un tuberculoso para que no se reproduzcan. Por el contrario, un alcohólico, desprovisto de voluntad, véase empujado inconscientemente a reproducirse. La medida heroica de los Estados Unidos, la prohibición del alcohol (1), no se generalizará tan pronto. Por otra parte, la prohibición en el océano del sufrimiento y de las dolencias humanas, es apenas una gota balsámica. Las semimedidas son, por lo general, inútiles. La Humanidad está llena de degenerados. Reproducimos una lista, bastante modesta, del doctor Binet-Sanglé: «...Los intoxicados habituales (grandes comedores inactivos, alcohólicos, eterómanos, opiómanos, morfínomanos, cocainómanos, tabacómanos, reumáticos, gotosos, diabéticos y obesos), los infectados crónicos de terreno transmisible (tuberculosos, escrofulosos, cancerosos), los neurópatas y los sicópatas, es decir, los que presentan una enfermedad de carácter: tristeza, odio o miedo crónico —epilépticos, imbéciles, idiotas, alienados...—» Y el doctor Binet-Sanglé repite el grito: «Por interés de la Humanidad y por su propio interés, hay que impedir que esos individuos engendren o que vivan sus productos...»

Herencia y crimen

Tema popularizado hasta el extremo por los procesos de los Tribunales, pero que debiera ser presentado de manera distinta a como suele hacerse. La piedad de la opinión pública, manifestada por los veredictos, con frecuencia negativos de los Jurados, es una de las señales de la selec-

(1) Medida heroica, en efecto. Pero ya hemos visto sus desastrosos resultados con el odioso tráfico de los tristemente célebres *gangsters* (contrabandistas). Esta medida dió lugar a la venta clandestina del alcohol en pavorosas proporciones y a que los bebedores ingiriesen extraños brebajes, verdaderos tóxicos que han causado multitud de víctimas. Por lo cual se confirma una vez más el dicho vulgar: «Es peor el remedio que la enfermedad.» Comprendiéndolo así, el Gobierno Roosevelt ha abolido la llamada «ley seca», acontecimiento que, durante un largo lapso de tiempo, fué fuente abundantísima de artículos y de reportajes para todos los periódicos y revistas del mundo civilizado.—(N. del T.)

ción al revés. Si castigamos a los criminales es que les suponemos responsables de sus actos. Les encerramos para que no tengan ocasión de repetir el gesto del crimen. Sin embargo, el verdadero culpable es la «sociedad», que no es más que una abstracción si no tenemos en cuenta los individuos que la componen. «Castigar el crimen con el propósito de suprimir la criminalidad se parece a la tarea de Sísifo.» Algunos, en lugar del castigo, preconizan el tratamiento médico de los criminales. Esta medida es más justa, pero no puede ser suficiente para secar la fuente de la criminalidad. Las causas de los crímenes no provienen todas de la herencia, pues hombres normales se hacen criminales a causa del medio. La lucha excésiva por la existencia en un medio poblado con exceso lleva al crimen. Los eugenistas no podrían ignorar voluntariamente la ley de Malthus. No es suficiente evitar la procreación de los degenerados: es preciso limitar la natalidad a la proporción permitida por los medios de existencia. En cuanto a la educación, tiene un papel sin importancia en la evitación de la criminalidad. Si según H. Guillaud, el carácter del criminal es debido a la herencia en un 50 por 100, en un 25 a la influencia del medio, en un 10 al estado psicológico, la influencia de la educación es apenas de un 15 por 100.

Todas las formas de degeneración hallan su expresión culminante en los criminales, que son sumamente prolíficos. Un solo ejemplo: Juke, un vagabundo holgazán, nacido en 1720 en Nueva York, tuvo, después de seis generaciones, 1.200 descendientes. Entre ellos, 300 individuos murieron en su infancia; 310 fueron mendigos profesionales que se pasaron en total 2.300 años en las casas de caridad; 440 fueron arruinados físicamente por la sífilis; más de la mitad de las mujeres cayeron en la prostitución; 310 fueron criminales, entre los cuales hubo 60 ladrones y 7 asesinos. Sólo 20 aprendieron un oficio y 10 de ellos hicieron el aprendizaje en la cárcel. En 1877, los Juke habían costado al Estado 1.250.000 dólares. En 1915, los Juke (novena generación) comprendían 2.820 individuos. El gasto del Estado se elevaba a 2.500.000 dólares.

¿Es necesario, después de esto, deshacerse en comentarios? Herbert Spencer se preguntaba en 1884: «¿Es la bondad o la

crueldad la que ha puesto a estas gentes, una generación tras otra, en la posibilidad de multiplicarse y de convertirse en un azote cada vez mayor para la sociedad en medio de la cual vivían?» Los eugenistas piden la esterilización de esta especie de degenerados, a lo cual los «corazones sensibles» exclaman que eso sería una barbarie. ¡En nombre de la Humanidad, los hombres tendrían que dejarse exterminar por monstruos con rostro humano!...

El argumento económico en favor de la esterilización no es menos decisivo. Es evidente que la manutención, por la colectividad, de una parte de los degenerados se traduce por un aumento en trabajo y en alimentos sobre la población normal. En Inglaterra, la educación de un niño anormal cuesta anualmente 30 libras esterlinas y la de un niño sano solamente 12 libras. Y después que han sido educados, estos anormales tienen la libertad de reproducirse: son prolíficos y transmiten su degeneración. Desprovistos del sentido de la responsabilidad, estos «subhumanos» son sordos a toda palabra de ideal. ¿Qué les importa el número y la calidad de su progenie, el doloroso porvenir reservado a sus hijos? La inconsciencia o el cinismo de estos degenerados es adecuado a la hipocresía de la moral social.

La sociedad podría emplear los medios más suaves para impedir que los degenerados perpetuasen su tipo perjudicial. El hecho de que sean víctimas no justifica la procreación por sí mismos, a su vez, de nuevas víctimas. A pesar de todo el respeto que debe tenerse para la libertad individual, los degenerados deben ser aislados del resto de la sociedad (locos, idiotas) o esterilizados si se les deja libres (alcohólicos, sifilíticos, etc.). La prohibición legal del casamiento de los degenerados (como ocurre en los Estados Unidos) es una medida incompleta, pues el efecto eugénico queda anulado por la unión y el amor libres. La esterilización es, pues, el medio más eficaz para purificar a la humanidad. Practicada al mismo tiempo que la *educación sexual integral*, contribuiría a suprimir los efectos desastrosos del alcoholismo y de la prostitución. Sólo entonces podría ejercerse la libertad individual de una manera positiva y creadora.

Eugen RELGIS

Bucarest. (Traducción de E. Muñiz.)

La Banca en una Economía comunista

El estudio que hemos hecho acerca del papel económico de la Banca contemporánea, y el análisis, aunque somero, de la evolución de este papel, nos permiten trazar ahora, a grandes líneas, las funciones primordiales que los establecimientos financieros habrán de desempeñar en una economía comunista libertaria, organizada en Sindicatos de industria, Cooperativas de consumo y Municipio.

Nacionalización de los Bancos

Es evidente que entonces, es decir, implantado el Comunismo libertario, se habrá procedido a la nacionalización de todos los Bancos, es decir, a su sometimiento al control de la nación; y es natural que en cada barriada de las ciudades, así como en cada pueblo, habrá una sucursal de la Banca Nacional, así como actualmente ocurre en la mayoría de los países de Europa con respecto a las Cajas de Ahorros.

La nacionalización irá necesariamente acompañada de una concentración bancaria, llevada a su más alto grado posible de manera que se ponga fin al escándalo contemporáneo de estos establecimientos de Crédito, cuya profusión no se explica y cuya existencia es frecuentemente injustificable. El Comunismo reducirá a sus límites legítimos una evolución como ésta, cuyo desarrollo ha favorecido la crisis capitalista contemporánea.

Misión de los Bancos nacionalizados

Los Bancos nacionalizados tendrán como misión esencial el prestar ayuda a las industrias y a la agricultura y garantizar su financiamiento en función de un Plan económico escrupulosamente establecido por los técnicos de cada una de las ramas interesadas de la Economía nacional.

Los problemas de coyunturas, de crédito colectivo, de moneda dirigida, de los

cuales ya hemos hablado al lector, habrán de ser igualmente acometidos, profundizados y resueltos por los Bancos, en un sentido comunista, sin tener, en lo sucesivo, en cuenta el «beneficio individual», pero atendiendo a las necesidades legítimas y comprobadas de la colectividad.

Como ha dicho, en términos tan claros como sucintos, L. Laurat en su *Economie planée contre Economie enchaînée* (*Economía planeada contra Economía encadenada*), «el control del organismo bancario permitirá seguir de cerca la gestión de los negocios que hayan quedado en manos de capitalistas activos, estimular a los capacitados, ejercer una presión saludable sobre aquellos morosos en la aplicación estricta de la legislación del trabajo, atajar cualquier maniobra lesiva a los intereses de la colectividad y sofocar toda arbitrariedad especulativa. Por el control de los Bancos se podrían ensayar, en caso necesario, las amenazas de la superproducción; el control de los Bancos, en fin, podría contribuir a la liquidación de la crisis (en el caso de que la colectividad conquistase este control en período de crisis aguda)... En lugar de sostener artificialmente negocios mal acondicionados, podría acelerarse su liquidación negándoles un apoyo que, concedido con excesiva generosidad a demasiadas Sociedades en penuria, correría el riesgo de duplicar la crisis económica y bancaria, añadiéndole una catástrofe monetaria».

Las medidas que habrán de adoptarse, con motivo de la nacionalización de los Bancos, indudablemente se inspirarán en la experiencia, tanto de los últimos quince años de la U. R. S. S., como de la existencia efímera de las Comunas húngara y bávara de 1919. Pero no podrán descuidarse, al mismo tiempo, las condiciones específicas del aparato bancario de cada país ni las posibilidades particulares de la economía a que este aparato se encuentre adaptado. Toda innovación brutal en esta materia que se inspirase únicamente en móviles políticos peligrará, en la práctica, de sufrir las repercusiones más

desastrosas y de marchar en contra del fin perseguido.

Reorganización interna de los Bancos nacionalizados

He aquí por qué se impone la colaboración íntima y leal del personal, una colaboración en sentido del libre consentimiento de la nacionalización de los Bancos. Para ligar a este personal, en todos sus grados, a la edificación del Comunismo, en su esfera de actividad, importa que el personal se interese particularmente en su suerte, como importa completar las medidas de racionalización externa con una transformación interna de la administración y de la organización técnica de cada establecimiento.

Una mejor formación profesional de los empleados, la adopción de la jornada de trabajo continuo, la modificación del cómputo de salarios, son medidas ya indispensables. Y habrá que satisfacer con la mayor rapidez estas reclamaciones formuladas ahora por los más clarividentes entre los que se interesan por la vida y el trabajo de los empleados de Banca.

Bajo la expresión «racionalización interna» — simple adaptación del término alemán *Interne Rationalisierung* — se entiende la adopción de métodos de organización y de técnica que tiendan a reducir científicamente al mínimo, en el interior de la empresa, los efectos que normalmente puede exigir el hombre y la máquina. La racionalización interna se efectúa, pues, sobre el plan de la empresa. Por esto se distingue de la racionalización externa, a la que, por lo demás, complementa. La racionalización externa, como quiera que tiene por objeto organizar el conjunto de la empresa, aumentar o reducir su radio de acción, se realiza en efecto sobre un plano superior, el plano de una rama de industria o de la industria misma.

De aquí que, así como para ser completa y dar todo su fruto, la organización de una empresa ha de comprender lo mismo la parte administrativa que la parte puramente técnica, pues ambas están íntimamente ligadas entre sí y condicionada una a la otra recíprocamente, así también actualmente, y en especial tratándose de la

Banca, no se concibe una organización técnica si no es en función de la racionalización interna y de la mecanización.

Podríamos decir que la racionalización, en cuanto que es una tendencia, uno de los aspectos modernos y técnicos de la eterna tendencia a la perfección, es *dinámica*; mientras que la mecanización, al depender de un cuadro y unas circunstancias dadas, con sus límites y sus leyes propias, es, por el contrario, *estática*.

La racionalización interna afecta más a los métodos de trabajo que al trabajo mismo; se manifiesta en la elección juiciosa y en la vigorosa aplicación de un procedimiento diputado por mejor; en un empleo más económico del personal y del material. Por ser así, requiere un esfuerzo psicotécnico, intelectual, en modo alguno limitado por el tiempo ni el espacio. Así se concibe su acogida en todos los tiempos y bajo cualquier latitud. Y la prueba es que, antes de ser puesta en práctica para el mejoramiento del trabajo seminervioso del empleado de Banca, fué utilizado para el esencialmente muscular del obrero manual. Y, por todas partes, con resultados satisfactorios.

Algunos años han transcurrido desde el momento en que se comprendió lo interesante que es la mecanización de la Banca. Pero es que, no solamente los espíritus no estaban preparados, sino que tampoco se contaba con la máquina apta para provocar la subversión del concepto de organización.

La invención y puesta a punto de las máquinas estadísticas han desempeñado en el aspecto bancario un papel trascendentalísimo. Gracias a las máquinas estadísticas se están realizando enormes progresos aun en extremos en que parecía haberse llegado a la perfección hacía mucho tiempo. Ellas renuevan y transforman y facilitan los procedimientos de contabilización y correspondencia; motivan la eliminación de servicios considerados ayer todavía como engranajes esenciales; estrechan las relaciones entre la clientela y el Banco; pero precisarán una total transformación orgánica de este último.

Mas no valdría subordinar la organización bancaria a la máquina o viceversa. Una y otra tienen sus características, sus propias leyes, que no pueden desconocerse o transgredirse impunemente. Se preci-

sa, pues, obtener una colaboración de la máquina con la organización, una colaboración estrecha y juiciosa.

Todo trabajo mecánico, estadístico y de control debe concentrarse hacia la máquina; esto se explica por sí mismo. He aquí por qué en una Banca moderna racionalizada y mecanizada, el Servicio de Máquinas estadísticas resulta el servicio central por excelencia, como lo es la Contabilidad general en un establecimiento que conserve los métodos antiguos.

En torno a él gravitan todos los servicios, los cuales, a cada instante, tienen necesidad de datos matemáticos precisos, referentes a una materia casi uniforme, sometida a un proceso invariable (Correspondencia de contabilidad, Títulos, Cupones, etc.). Más al margen están aquellos que, como el Servicio de Créditos o la Dirección del Personal, están en contacto menos frecuente con el Servicio de Máquinas estadísticas, al que sólo reclaman de ordinario estados mensuales o quincenales.

Pero esta convergencia hacia la máqui-

na no basta; todavía hay que normalizar todo lo que se refiere a ella: Impresos combinados, Cupones, Títulos, Cheques, etcétera.

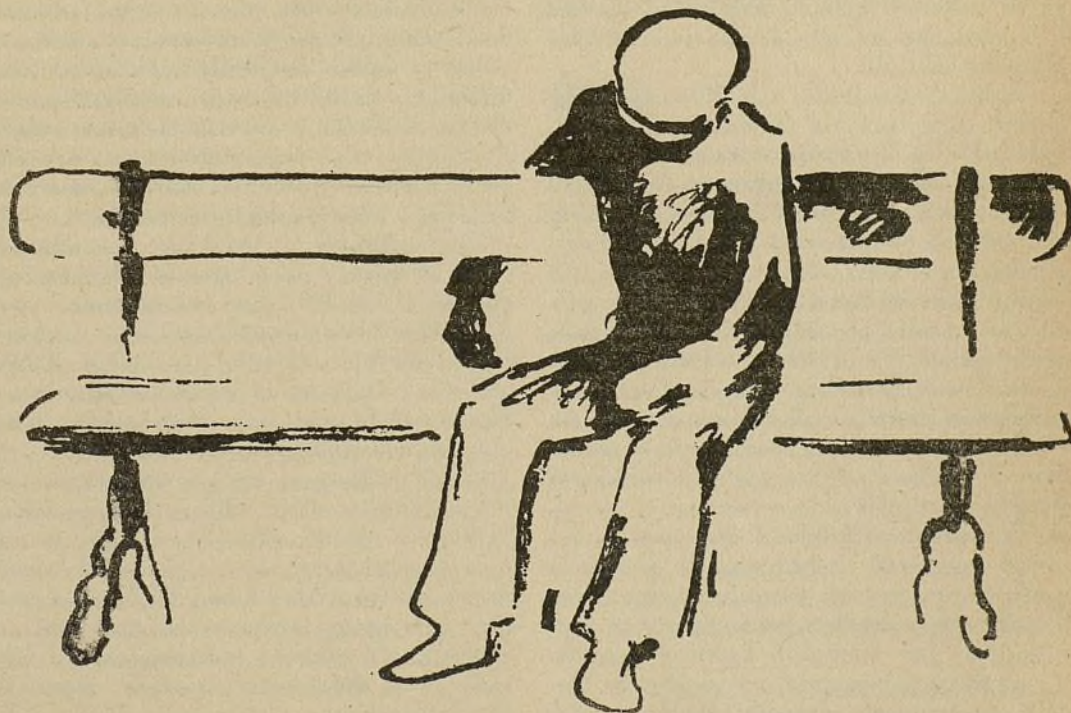
La máquina, para su pleno rendimiento, ha de tratar uniformemente una materia hecha uniforme. Por lo cual necesita que se reduzca a una misma forma, satisfaciendo todas las exigencias eventuales, la multiplicidad y la variedad de los documentos similares de uso corriente.

La concentración y la normalización de la «materia bancaria» aparecen, pues, como los dos elementos que permitirán a la mecanización imponerse y triunfar.

Y así, sostenida y realizada por los mismos empleados de los Bancos, que habrán comprendido cuántas ventajas pueden sacar directamente de la nueva organización, la nacionalización de la Banca podrá corresponder a las esperanzas puestas en ella y reforzar la acción de los trabajadores organizados sobre el conjunto mismo del aparato de la producción.

Pierre GANIVET

UN «PRODUCTO» DE LA SOCIEDAD ACTUAL



El obrero de ayer, sin hogar de hoy, y...

De "El Capital" a las "Reflexiones sobre la violencia"

GEORGES Sorel... Nada tan simple como su biografía que no contiene, por decirlo así, ningún acontecimiento.

Georges Sorel nació en Cherburgo el 2 de noviembre de 1847, de una familia de la burguesía normanda (era primo del historiador Alberto Sorel, que perteneció a la Academia Francesa); hizo sus estudios en el colegio Rollin, de París; ingresó en la Escuela Politécnica, de donde salió con el título de Ingeniero de Caminos y Puentes, carrera que profesó hasta los cuarenta y cinco años, en que la abandonó después de conquistar el grado de ingeniero jefe y obtener la Legión de Honor (1).

Llegado a esa edad, deseando consagrarse en lo sucesivo a estudios particulares únicamente, presentó su dimisión, pura y simplemente, sin reclamar siquiera la pensión a que habría podido optar, y prefiriendo recobrar su plena y total independencia. Desde entonces, como él mismo dijo, se puso a «ordenar sus apuntes» y a «limpiar su memoria» de todos los lugares comunes que su formación técnica y la sociedad en que se moviera depositaran en ella (2).

Asiduo concurrente a la Biblioteca Nacional, su lectura fué inmensa y universal, tanto como su curiosidad y su espiritual avidez. Iniciado ya en la obra de Proudhon, de la que parece tenía nociones anteriores, púsose en contacto con la de Marx; colaboró en *L'Ere Nouvelle*, en *Devenir Social* (que redactaba casi íntegramente con su nombre y con diversos y múltiples pseudónimos), en el *Mouvement Socialiste*, en la *Revue Socialiste*; desplegó una actividad intelectual extraordinariamente fecunda. Sin contar su colaboración, numerosa y asidua, en las revistas socialistas propiamente dichas que acabamos de citar (y no hemos hablado más que de revistas francesas), habríamos de añadir la sostenida en revistas extranjeras, tanto italianas como alemanas (la *Socialistische Monatshefte*, por ejemplo). Escribió también y muy abundantemente, en revistas de filosofía, sociología o economía política, tales como la *Revue Philosophique*, la *Revue*

Métaphisique et de Morale, la *Revue Politique et Parlementaire*, la *Science Sociale*, la *Revue Internationale de Sociologie*, el *Journal des Economistes*, etc., no mencionando más que las más importantes. De este modo, expandió, durante un período de más de treinta años —de 1899 a 1922; murió a los 76 años: el 28 de agosto de 1922— los resultados de una fervorosa e infatigable investigación intelectual sobre todos los aspectos de la vida contemporánea, tanto económicos y sociales como filosóficos y religiosos; siempre su espíritu tenso y despierto, sin otra pasión que la pasión por la verdad, no dejándose encerrar en ningún sistema, en ninguna teoría; anhelante sólo de descubrir, por encima de los prejuicios, de los lugares comunes, de las ideas hechas, el rostro auténtico de la realidad cambiante.

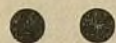
Fué, en cierto sentido, el eterno estudiante (el que debiéramos ser todos y cada uno y serlo siempre), siempre ávido de aprender, de renovar incesantemente, enriqueciéndolos, los conocimientos adquiridos, incompletos y revisables siempre; siempre ávido de llevar más lejos, más adelante y hasta mayor profundidad la búsqueda ferviente y ansiosa de una verdad, de la que no se puede debelar un aspecto en que surjan problemas nuevos, más misteriosos y más insondables todavía.

Han acusado a Sorel de *versatilidad*. Pero él mismo decía que el ufanarse de pensar a los 70 años exactamente igual que a los 30, valdría tanto como confesar haber perdido una vida y no haber sabido aprender nada en el curso de una experiencia vital que, por el contrario, debe siempre ser una perpetua enseñanza. Admirador de Bergson, el que introdujo en la Filosofía la noción —hasta Bergson descuidada— de la *duración vivida* y del *tiempo psicológico*, el tiempo era en realidad para Sorel una invención perpetua y una renovación incesante, traduciendo así en hechos la máxima fundamental del filósofo de la *Evolución creadora*, según la cual el tiempo o es inversión o no es absolutamente nada.

Ninguna efemérides, decimos, cuenta en la vida de Sorel, que fué la vida de un filósofo y no la de un agitador revolucionario. Aparte de una colaboración, por lo demás efímera en la *Ecole des Hautes Etudes Sociales*, que Dick May fundó a raíz del asunto Dreyfus (no echemos en olvido que Sorel fué un dreyfusista ferviente y declarado y que su nombre figuró en la primera lista de peticionarios de la revisión del famoso proceso), su vida fué únicamente la de un trabajador intelectual aislado, al margen de todo partido, de todo grupo y de todas las escuelas. Proudhon y Marx tuvieron su época de agitación práctica revolucionaria antes de que los acontecimientos y el destierro los recluyeran en sus investigaciones solitarias, al primero, en Bruselas, y al segundo, en Londres; y aun, como es sabido, Marx tomó una parte muy activa en la constitución y desenvolvimiento de la Primera Internacional. Sorel, sistemáticamente, permaneció siempre *al margen*, entendiendo que no solamente *para ver bien* era preciso permanecer así, sino que había de tomarse en serio y, como si dijéramos, al pie de la letra, el célebre postulado de la Internacional, que dice: «La emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos.» Y sacando de aquí la conclusión práctica de que la misión de los intelectuales revolucionarios no es *dirigir* el movimiento obrero, sino imprimir en él la confianza en sí mismo, emancipándole de todo servil respeto hacia la cultura burguesa; minar el prejuicio de esta cultura en el espíritu de los proletarios, siempre propicios a creer en el *prestigio de las capacidades*. Tal era la tarea esencial que Sorel encomendó a lo que se ha llamado la *nueva Escuela*, y a esa tarea fué a la que, hacia 1907, Sorel, Hubert Lagardelle y el que esto escribe nos hubimos dedicado en el *Mouvement Socialiste*, tratando de hacer de esta revista una revista de alta cultura revolucionaria, en la que la civilización burguesa, bajo sus diferentes manifestaciones —arte, ciencia, filosofía, moral— quedase irremisiblemente desenmascarada y vilipendiada. El *Mouvement Socialiste*, donde colaboraban asiduamente los mejores militantes sindicalistas —Griffuehls, Pouget, Delesalle, Yvetot (Sorel había sido amigo de Pelloutier, el organizador de la Federación de Bolsas del Trabajo)— debía ser

así una especie de alto seminario, en el que, sin inmiscuirnos en nada relativo a la dirección práctica del sindicalismo revolucionario, habríamos podido afirmar entre sus militantes, con perfecto menosprecio de la cultura burguesa, la orgullosa conciencia de una ideología potente, sin la que, como el mismo Sorel escribió, ningún movimiento puede crear nada sólido en nuestros países, clásicamente cristianos.

Estos proyectos no llegaron más que a un principio de realización. A partir de 1908, Sorel y el que esto escribe decidimos separarnos del *Mouvement* y, por otra parte, el sindicalismo revolucionario comenzó a dislocarse. Entonces también comenzaron a sentirse los signos precursores de la Gran Guerra, y las preocupaciones de orden nacional se antepusieron a las de orden social: eran los años equívocos y caóticos de la anteguerra (3). La burguesía, bruscamente despertada en 1906, con ocasión del Primero de Mayo, en que inclusive creyó inminente la Revolución, buscaba el modo de distraer la atención social. Hacía falta, como ha declarado un financiero parisense, que la guerra viniese a destruir las organizaciones revolucionarias. Y, en efecto, las seis grandes potencias desencadenaron el gigantesco conflicto, con el cual consiguieron aniquilar a la Segunda Internacional.



La Gran Guerra sumió a Sorel en el más negro y amargo pesimismo; Europa pareció sepultada en densas tinieblas, en cuyo fondo no se vislumbraba ningún rayo de nueva luz. Si se publicase la correspondencia* que se cruzó entonces entre Sorel y dos de los espíritus más eminentes e independientes de la Europa contemporánea —Vilfredo Pareto y Benedetto Croce—, aquellas cartas deslumbrarían indudablemente a nuestros buenos demócratas de la Entente, hacia la cual Sorel sólo sintió sarcasmo y menosprecio, viendo en ella la encarnación de lo que Pareto llamaba la plutocracia demagógica. Su alma no se abrió nuevamente a la esperanza, hasta que Lenin no desencadenó la Revolución

* Parte de esta correspondencia ha venido publicándose en ORTO en el trabajo titulado «Cartas de Georges Sorel a Benedetto Croce».—N. de la R.

rusa, a la que saludó con el mismo entusiasmo con que, en otros tiempos, el sabio de Koenisberg, Emmanuel Kant, saludara a la Revolución francesa; ello fué lo que nos ha valido aquella loa de Lenín que figura en las *Réflexions sur la violence* (cuarta edición), y que tanto escándalo produjo. (Añadamos aquí que Sorel no hizo una loa parecida de Mussolini; y hacemos esta observación para destruir de una vez para siempre las pretensiones de aquellos que —Mussolini mismo, entre ellos— ven en Sorel al auténtico padre espiritual del fascismo.)

Sorel murió el 28 de agosto de 1922, en su soledad de Boulogne-sur-Seine, convertido, después de la guerra, en más solitario que nunca. En la última visita que le hicimos, en compañía de Pablo Delesalle, en julio de 1922, únicamente la esperanza revolucionaria, que nosotros tratamos de reavivar en su alma de fuego, cuyo ordinario pesimismo no impedía jamás la explosión de los más vivos entusiasmos, hizo relucir en sus bellos ojos azules que las ideas animaban siempre de un resplandor extraordinario, una vívida llamarada suprema.

Con la muerte de Sorel, el socialismo francés perdió su segundo paladín, porque es indudablemente lícito considerar a Sorel como el continuador directo de Proudhon, cuya influencia obró en él desde el principio y que si abandonó después un tanto bajo la de Marx, volvió a ella, por fin, para elaborar su teoría del sindicalismo revolucionario, en la que se pueden observar, fundidas en una síntesis muy original, ambas inspiraciones. No aludimos, naturalmente, a Fourier ni a Saint-Simon, porque éstos no son socialistas, sino *presocialistas*, como no aludimos a otras firmas secundarias, tales como Considérant, Luis Blanc o Cabet. Creemos, en efecto, que Proudhon es el primer teorizante socialista verdaderamente proletario que Francia ha producido; y vemos en Sorel a su más auténtico heredero espiritual. El problema está solamente en saber en qué medida la influencia —primera en el tiempo— de Proudhon (que fué la influencia final preponderante) se mezcló con la influencia de Marx —segunda— para desembocar en las *Réflexions sur la violence*.

Sabemos cómo caracteriza Bergson en su *Evolución creadora* el evolucionismo de Spencer. «Había prometido —escribe aquél— bosquejar una génesis y he aquí que lo que hizo fué algo completamente distinto. Su doctrina llevaba el nombre de Evolucionismo, y pretendía remontarse y volver a descender por el curso del universal devenir; pero, en realidad, la doctrina spenceriana no es cuestión ni de evolución ni de devenir. No vamos a hacer aquí un examen profundo de tal filosofía. Simplemente, diremos que el artificio ordinario del método de Spencer consiste en reconstruir la evolución con fragmentos de lo evolucionado.» (Pág. 393.) Luego si Hegel (y lo que Bergson dice de Spencer, podría aplicarse en cierto sentido a Hegel) es el filósofo de Marx, indudablemente, podrá verse en Bergson al filósofo de Sorel; y la profunda diferencia que podría establecerse entre Marx y Sorel, será precisamente que en Marx, sobre todo en el *Marx de los marxistas*, el devenir social está concebido como un determinismo histórico en que la evolución está reconstruida con fragmentos de lo evolucionado, resultando una especie de fatalismo, negación, en el fondo, del devenir real, mientras que en Sorel el devenir social es concebido como la creación libre, bajo la influencia de mitos sociales, de un grupo apasionado, llevado a los más altos estratos del entusiasmo poético (en el sentido originario de la palabra). Marx nos describe, en *El Capital*, cómo será conducido el proletariado hasta las puertas del mundo futuro por un proceso casi automático; la fatalidad del devenir capitalista domina al mundo moderno como una providencia casi mecánica, arrastrándolo, de crisis en crisis, hasta la crisis suprema que será la revolución proletaria. Para Sorel, según sus *Reflexiones sobre la violencia*, el proletariado revolucionario es como el héroe de un drama, cuya salida en bien depende totalmente de su energía, su constancia y su capacidad para el sacrificio y el hecho sublime: del polo de la fatalidad capitalista hemos transportados al polo de la libertad obrera. Trátase aquí de un *devenir real* en que el Tiempo es concebido según su realidad profunda; es decir: como invención, duración vivida, libertad, evolución creadora. Bergson pudo acusar al evolucionismo de Spencer de no

ser más que un seudoevolucionismo; Sorel podía acusar al marxismo de los marxistas de no ser más que un seudoevolucionismo obrero, una reconstrucción abstracta del devenir social. Y es muy sintomático que, de hecho, tanto el guesdismo, en Francia, como la socialdemocracia, en Alemania —las dos aplicaciones del marxismo— se hayan traducido en el más llano de los reformismos, con todo y ofrecer muchas premisas revolucionarias. Y es que es preciso entenderse bien sobre el concepto de libertad, concepto que no hay que asimilar a eso que en los manuales de filosofía se llama «libertad de indiferencia», la más indiferente de todas las libertades. Para Bergson la libertad se confunde con la personalidad: es libre un acto personal; es decir: un acto en el que se exprima nuestra personalidad profunda y total. Bergson llega hasta decir que la educación más autoritaria nada podría reprimir a la libertad así concebida. En la práctica, puede observarse que las doctrinas «librealbedristas» no son las que mejor producen la libertad real, y que, por el contrario, las doctrinas «predestinistas» han formado frecuentemente voluntades las más fuertes y heroicas: calvinismo, jansenismo (se ha dicho alguna vez del marxismo que es un calvinismo sin Dios), oponiéndose históricamente al jesuitismo, como doctrinas de alta tensión moral frente a una doctrina de relajamiento y usurpación. Y es que, en la acción, la confianza absoluta en el éxito final, que identifica a la voluntad con el plan divino o con el plan histórico, le concede una fuerza infinitamente libre; mientras que la idea de la indeterminación deja a la voluntad en una especie de disponibilidad, en que se relaja y abandona. Ahora bien: para que el determinismo divino o histórico no se resuelva en algo así como un mahometismo social, generador de inercia, es evidentemente necesario que la voluntad se identifique con ese determinismo, lo ingiera, lo digiera y lo devuelva, si se nos permite la expresión, en actos de libertad convertido, de la misma manera que una persona fuerte de espíritu, lejos de sufrir la educación autoritaria que se le diere, no hará más que extraer de ella la voluntad más indomable y heroica. Si el marxismo de los marxistas se ha traducido en la práctica en un determinismo económico que engendró el reformismo, o sea,

el minimismo social, vecino del abandono y lindante con la inercia histórica, ha sido porque de la célebre sentencia de Marx «el hombre hace su propia historia, pero en condiciones determinadas», ese marxismo olvidó completamente la primera parte para no atenerse más que a la segunda, por efecto de un cientificismo semiconsciente y, por tanto, funesto. Al contrario, hay que ligar bien entre sí las dos partes de la sentencia; de tal manera, que el fatalismo histórico que expresa la segunda, incorporado a la voluntad de potencia expresada en la primera, se resuelva en la libertad obrera. Esto es lo que Sorel tradujo por su teoría del mito social y lo que el sindicalismo revolucionario ha tratado de llevar a la práctica en el movimiento proletario.

El concepto de libertad, hemos dicho, se confunde en Bergson con el concepto de personalidad: trátase así, por parte de este pensador, de hacer pasar a la clase obrera desde el estado de *clase en sí* al estado de *clase por sí*, a fin de que se eleve a la altura de una persona moral, dueña de sí misma y de sus propios destinos. Consiguientemente, Sorel buscó, sobre todo, e investigó en ellas, las condiciones del devenir proletario; y sus *Reflexiones sobre la violencia*, pueden ser consideradas como un tratado de ética proletaria, continuación de sus ensayos de filosofía popular, iniciados magistralmente por Proudhon en sus obras *Justice* y *La guerre et la paix*. Si Bergson ha sido el filósofo de Sorel, fué porque la influencia prudoniana le había predispuerto a abrazar las concepciones del autor de *La evolución creadora*, de la que sería fácil encontrar en la obra de Proudhon una anticipación. La teoría de la libertad, tal como Proudhon la concibe, viene a decir, en efecto, que el hombre es libre porque es una totalidad personal en que se realiza la síntesis de las fuerzas contrarias. «El hombre —escribe Proudhon en *Justice*, tomo III, página 214— goza de libre albedrío, porque no es una espontaneidad simple, sino compuesta de todas las espontaneidades o potencialidades de la Naturaleza...» «Si el hombre fuera toda materia no sería libre, como no lo sería tampoco, si fuera espíritu puro; pero el hombre es complejo: es un compuesto de materia, de vida, de inteligencia, de pasión; por otra parte, no está solo. Y yo digo que desde el

momento en que el hombre es libre por la síntesis de su naturaleza, no es libre de no ser libre, es decir, no puede estar dotado de una potencialidad que sobrepase, por su cualidad e índole, a cada una ni a la totalidad de espontaneidades que lo integran.» «Dondequiera que hay un grupo se produce una resultante que es la potencialidad de ese grupo, distinta no solamente de las fuerzas o potencias particulares que componen el grupo, sino también de la suma de ellas; esa resultante extrae de las fuerzas particulares y de su suma la unidad sintética, la función central, de eje.» «El hombre es libre..., porque es un compuesto; porque la ley de todo compuesto es producir una resultante, que es su potencia propia; porque, hallándose formado el compuesto humano de cuerpo, vida y espíritu, subdivididos en facultades de más en más especiales, la resultante, proporcional al número y a la diversidad de los principios constituyentes, debe ser una fuerza superior a todas las leyes del Cuerpo, de la Vida y del Espíritu, fuerza superior que es precisamente lo que llamamos *libre albedrío*.» Se ha tachado a Bergson —y ello es notorio— de mezclar la libertad con la espontaneidad sensible; el pasaje prudoniano que acabamos de citar muestra hasta qué punto tal imputación es falsa. Y para que no se me acuse de encontrar entre Proudhon y Bergson aproximaciones arbitrarias, voy a citar un pasaje de la *Justice*, que es evidentemente como el de Bergson: «Un hecho —escribe Proudhon— que el análisis psicológico no ha aclarado jamás, que no podía aclarar a falta de una teoría satisfactoria de la libertad, es la formación, en nuestro espíritu, de la idea o del sentimiento de lo bello y de lo sublime. Para darnos cuenta de esto es evidente que la inteligencia propiamente dicha, la razón pura o el entendimiento —poco importa el nombre de que nos sirvamos para designar la facultad que tenemos de captar las relaciones de las cosas, de agruparlas, de generalizarlas, de extraer de ellas conceptos—; es evidente, decía yo, que esta facultad no basta: se precisa otra, de una naturaleza superior y de una constitución especial. ¿Qué es, en efecto, la inteligencia? Una especie de *aparato fotográfico* que nos da la representación mental de los fenómenos y de sus referencias; todo cuanto contiene la realidad, pero nada

más. Pero lo sublime y lo bello sobrepasan la realidad: hay la misma diferencia entre lo sublime y lo bello y las ideas o las intenciones, que entre un retrato hecho por la mano de un artista y la imagen dada por la daguerrotipia.» (Págs. 218-219). Me parece que este texto de Proudhon bien puede ser una *anticipación bergsoniana*: Proudhon y Bergson tienen exactamente la misma teoría de la inteligencia, comparada a un aparato fotográfico, y de la libertad, relacionada con el arte y teniendo por función esencial la producción de lo bello y lo sublime. Si añadimos ahora que Proudhon ha rechazado igualmente la teoría del progreso automático, por la que confiesa haber sido un día engañado, y ha definido al progreso como la acción de la libertad sobre la necesidad y el predominio creciente de aquélla sobre ésta, es decir, lo que Bergson llama *evolución creadora, devenir real*, opuestos por él al seudoevolucionismo de Spencer, nos explicaremos perfectamente que la influencia prudoniana haya podido predisponer a Sorel a adoptar con entusiasmo la filosofía de Bergson.

Edouard BERTH

(1) Esto no se compagina con la teoría psicológica recientemente expuesta por Werner Sombart, en la tercera edición de su libro *Le Socialisme et le Mouvement social*, teoría que el autor aplica especialmente a Marx, y, según la cual, los socialistas no son más que unos *descamisados*, cuyo socialismo se explica únicamente por el resentimiento de no haber podido encontrar en la sociedad burguesa un puesto de consideración adecuado a su vanidad de incapaces. Habría que devolverle a Sombart su teoría diciendo que si de tantas simpatías como tenía hacia el socialismo en la primera edición de su libro, aparece, en la tercera, como nacionalista, es por agradecimiento, por ese agradecimiento especial de los *parvenus*. Si, a veces, hay *descamisados* en el socialismo, ¿no puede haber también *filisteos* entre los profesores arribistas?

(2) A este propósito, hemos de salir al paso de una posible equivocación, como la en que ha incurrido Pierre Lasserre en un estudio dedicado a Sorel. Lasserre no anduvo muy lejos de tomar a Sorel por una especie de «primario superior», genial, sin duda —genialidad que le concede no sin reticencia—; pero *sin cultura*, mal preparado, además, por su educación politécnica para los estudios propiamente sociales y morales que sólo los espíritus de formación clásica pueden abordar con aprovechamiento y congruencia. Pero si Sorel declaró haber «ordenado sus apuntes» y hubo de «limpiar su memoria», etc., etc., fué precisamente porque había recibido esa educación clásica. Y nadie que haya leído a Sorel podrá jamás poner en duda no sólo su extraordinaria erudición, sino su profunda cultura.

(3) Durante este período hubimos Sorel y yo de

aproximamos a los nacionalistas. Sorel colaboró en *L'Independence*, revista que patrocinaban Bourget y Barrés, y yo, con Georges Valois, fundé los *Cahiers du Cercle Proudhon*. Aquello no fué, como en principio pudiera suponerse, un abandono del sindicalismo. Pero, contra la democracia triunfante y en la

esperanza, por el juego de las oposiciones, de suscitar una reacción sindicalista, creímos posible y bueno marchar unos momentos junto con los nacionalistas que negaban, aunque fuese desde su punto de vista y combatían a la democracia. De aquí la leyenda de un Sorel «padre espiritual del fascismo».



Desnuda, como LA VERDAD absoluta; vigorosa, como LA RAZON suprema; joven, como el mismo PORVENIR; enérgica como LA JUSTICIA inexorable: he aquí la imagen de la Revolución futura, que aplastará, abofeteando, hollando a los vetustos puntales de la organización actual.

El primer año de la Internacional (1864-65)

La Conferencia de Londres (septiembre de 1865) y la cuestión de Polonia

(Conclusión)

EN la sesión pública del 25 de septiembre se declaró órgano de la Internacional al *The Workman's Advocate*, de Londres. Marx ya había comunicado a Engels, el 30 de julio, que este periódico se había ofrecido a tal fin. *The Workman's Advocate* fué ampliado y llegó a ser un gran semanario, portador de una enorme cantidad de noticias relativas al mundo del trabajo; pero la parte consagrada a la Internacional y al socialismo quedaba frecuentemente eclipsada tras una profusión insustancial de notas.

En la sesión administrativa del 26 de septiembre, Marx y Dupleix propusieron que el Congreso se celebrase en Ginebra, lo cual se aceptó por unanimidad. No así en cuanto a la fecha de su celebración: Marx y Cremer preferían el otoño de 1886; los elementos franceses, el mes de abril, a lo sumo, mayo; Cremer hizo notar que aun no se había hecho nada en Alemania, Italia y España. Jung propuso el mes de junio; los franceses transigieron hasta la última semana de mayo. Se adoptó, al fin, esta fecha; pero el Congreso no se celebró lo menos hasta septiembre.

Los detalles de este Congreso se discutieron el mismo día en sesión pública, en la cual se impugnó, entre otras, la proposición de los elementos de París, de que todos los miembros tuvieran derecho de asistencia con voto al Congreso (lo que llamaban ellos *suffragio universal*), más los derechos habituales a esta clase de delegaciones.

Vésinier hizo la sensata advertencia de tener cuidado con los bonapartistas que, ciertamente, podrían designar entre sí un número determinado de representantes y lograr una mayoría en el Congreso. Jolain, pensando que se concedía demasiada importancia al bonapartismo, dijo que no le

creía tan peligroso como ciertas gentes lo consideraban.

Aquí se encontraban frente a frente el francés elevado, engrandecido en la Francia de 1851 e inconscientemente *domesticado* por la dictadura, y el socialista republicano militante que había hecho frente a la dictadura, arma al brazo, en diciembre de 1851, salvando a duras penas su vida; y, rehusando a la amnistía de 1859 no había regresado a Francia hasta diez años después, cuando regresaron todos los que dieron el golpe decisivo al sistema imperial, que caía al año siguiente.

Vésinier, en su manuscrito, recuerda este episodio como sigue:

«Yo pregunté también qué Sociedades podrían ingresar en la Internacional.

—Todas—me respondió el ciudadano Jolain.

—Perdone —le dije—; pero yo no opino como usted... Veamos: ¿Querría usted, por ejemplo, que la Compañía de Jesús, la de San Vicente de Paúl, la del 10 de Diciembre, fuesen admitidas en la Internacional?

—Nos es absolutamente indiferente —me respondió Jolain— que los miembros de la sociedad bonapartista del 10 de Diciembre vengán con sus banderas; nosotros los batiremos. El bonapartismo es un fantasma, un «coco», bueno a lo sumo para asustar a los niños y a las mujeres. A mí no me cabe la menor duda de esto (textual).

—Señor —repliqué a Jolain, el cual acababa de «enseñar la oreja», como vulgarmente diríamos—, el bonapartismo, desgraciadamente no es un mito; es algo que reina, gobierna y oprime...»

Jolain y sus colegas se callaron y fué adoptada una proposición en el sentido de que las Sociedades que quisieran ingresar en la Internacional no admitiesen en sus reglamentos principios ni fines contrarios a ella.

La noche del 27, en sesión pública se puso a discusión el siguiente postulado: *Es imperativo aniquilar la influencia invasora de Rusia en Europa, mediante la aplicación a Polonia del DERECHO DE CADA PUEBLO A DISPONER DE SI MISMO.*

Le Lubey propuso firmar solamente el derecho de todos los pueblos a la autodeterminación. Le apoyó Weston, aun mostrándose contrario a introducir en las tareas del Congreso la discusión de un tema no social. De Paepe rechazó de plano la cuestión. «El restablecimiento de Polonia —dijo— no beneficiaría más que a tres clases sociales: la gran nobleza, la pequeña nobleza y el clero.» «Si se considera necesario —dijo también— detener la influencia del Gobierno ruso, entonces habrá que proceder igualmente respecto de todos los demás Gobiernos. Las influencias del Gobierno prusiano, del austríaco, del inglés y del francés, ¿son menos funestas que la del Gobierno ruso? Y en cuanto al pueblo ruso, es lo mismo que todos los demás pueblos.»

Wheeler, acaloradamente, declaró que Rusia era y sería siempre un obstáculo al progreso.

Lassasie pidió, entre otras cosas, que «Irlanda quedase libre del yugo inglés».

Tocó el turno al capitán Bobczynski y, según el manuscrito de Vésinier, «estuvo muy elocuente y dijo cosas muy emotivas en favor del restablecimiento de Polonia.»

«¡No nos abandonéis —terminó— ni a nuestra infortunada patria ni a sus hijos que, esclavos del extranjero, proscritos, tienen en vosotros puesta su última esperanza. Si la Internacional se niega a hacer suya nuestra causa, quedaremos solos en el mundo y desesperados.»

Odger y Carter le contestaron y, tras una larga discusión, se puso a votación el tema, resultando siete votos contra diez en contra del abandono de la cuestión y diez contra veintitrés en contra de la proposición de Le Lubey (derecho a la autodeterminación para todos los pueblos).

Después de ésta, el presidente (Odger) no permitió más votaciones sobre una proposición de Vésinier, por la que pretendía agregar al caso de Polonia los de Roma (la República romana de 1848-49, destruida por la Francia de Luis Bonaparte); Venecia (la República aniquilada por Aus-

tria en 1849); Hungría (la de Kossuth, destruida en 1849, también por Austria y Rusia); Francia (la República francesa, abatida por Luis Napoleón en 1851-52); Irlanda; México (a la que Napoleón III impulsara a Maximiliano como emperador, y otras.

Vésinier describe, en su manuscrito, qué violenta oposición provocó su discurso y cuál fué la opinión de Marx acerca de él. Y, en párrafos anteriores, refiere la impresión bajo que se hubo de hallar viendo en su contra a todos, incluso franceses y polacos, sin más en su favor que Lassasie y De Paepe.

Marx estuvo raramente desacertado, cuando propuso *an integral and independent Poland* (una Polonia integral e independiente), porque, para los polacos, esto valía tanto como propugnar por el restablecimiento de la Polonia histórica, con sus mayores límites, con los pueblos vecinos y otros pueblos incorporados a su área territorial por la fuerza.

Existían entonces polacos de sentimientos nacionalistas más justos como el general Joseph Bosak-Hauke, que seguían el programa del Centro Republicano Polaco (Ginebra, 12 de septiembre de 1867), cuyo programa postulaba que los límites de Polonia serían fijados por voluntad de los pueblos que quisieran constituirse libremente con ella. Marx no ignoraba que ningún país puede, por así decirlo, reclamar una expansión territorial *integral*, sin sancionar el sometimiento por la fuerza de minorías o unidades antiguas de las llamadas prescritas; porque los límites de cada país han variado con el curso de los siglos; los territorios fronterizos son de población mixta o han sido conquistados por un país vecino; y, en estas condiciones, pedir la integralidad de un país cualquiera es querer sancionar, perpetuar, ora los efectos de una guerra de conquista pasada, ora las ambiciones insaciadas. Y no fué precisamente para desembocar en la afirmación de tales sentimientos para lo que los obreros y los socialistas de Londres habían confiado a Marx en 1864 la tarea de facilitar con su talento la realización práctica de sus generosas aspiraciones internacionalistas.

Le Lubey y Vésinier habían propuesto la manera de salir del atolladero de la cuestión de Polonia, reclamando el dere-

cho a la autodeterminación para todos los pueblos. Bakunín hizo lo propio en un manuscrito de 1872, que trata extensamente de este asunto, cuando escribió que habría sido preciso decir:

«Necesidad de destruir la existencia de todo despotismo en Europa, mediante la aplicación del derecho que tiene cada pueblo, grande o pequeño, débil o poderoso, civilizado o sin civilizar, a disponer de sí mismo y a organizarse *sua sponte*, de abajo a arriba, por la vía de una completa libertad, al margen de toda forma de Estado, impuesta de arriba abajo por una autoridad cualquiera, sea colectiva o individual, indígena o extranjera, y no aceptando como bases o como leyes más que los principios de la democracia socialista, de la justicia y de la solidaridad internacional.»

Y agrega:

«Necesidad de destruir la existencia del despotismo en Europa, mediante la abolición de todas las instituciones políticas y jurídicas, cuyo origen real es la explotación económica y cuya consagración ideal es el principio de autoridad; es decir, mediante la abolición de los Estados y la organización de la Federación, absolutamente libre, de los Municipios y las Asociaciones obreras.» (Véase *Ma Biographie*, de Bakunín, 1899, págs. 341-2.)

Marx era intratable acerca de esta cuestión, como puede verse en las opiniones (1847 a 1882, que Rjasanov recopiló en su estudio «Karl Marx et Friedrich Engels, en torno a la cuestión polaca», en el *Archivo para la Historia del Socialismo*, volumen VI, págs. 175-221 (1915))

No es de creer que Marx y Engels sintiesen mayor predilección por los polacos que por los rusos, ni que sintiesen una ternura especial por los alemanes; así, pues, su tesis era puramente una construcción política en exceso arbitraria y desprovista de una base real. Una Polonia reaccionaria no valdría más que una Rusia reaccionaria; y lo que se trataba de hacer, debiera haber sido ayudar a humanizar, a liberalizar, a desestatizar lo mismo a los pueblos rusos que a los polacos, alemanes y franceses; pero dos hombres tan fundamental y profundamente autoritarios como Marx y Engels eran incapaces de esto.

No será inútil que nos demos cuenta, aun hoy, de los detalles siguientes: El

texto redactado por el Subcomité, de la proposición hecha al Consejo el 25 de julio dice: «*An independent and integral Poland*» («Una Polonia independiente e integral»). Marx escribió en el *Secular Chronicle* (4 de agosto de 1878), que había redactado el programa para Ginebra (1), de donde formaba parte. Entre los anuncios de la Conferencia hubo unas octavillas y unas hojas en octavo en que se leía: «*And integral and independent Poland.*» Pero en la misma Conferencia, el 27 de septiembre, se propuso el texto siguiente: «*Re-establishing that country on a social and democratic basis*» («Restableciendo dicho país sobre una base social y democrática»). La proposición fué votada así.

En la información de *The Workman's Advocate*, se lee: «*To re-establish that country UPON ITS NATIVE DEMOCRATIC BASIS*» (Restablecer aquel país sobre una base indígena y democrática). Los delegados franceses publicaron en *Le Siècle* del 14 de octubre lo siguiente: «*Sur des bases démocratiques et sociales*» («Sobre bases democráticas y sociales»); y Marx, en 1878, escribió una rectificación minuciosa a un artículo muy inferior de Howell, en la que, traduciendo —creo yo— el texto francés que tenía a la vista, escribe: «*Upon a democratic and SOCIALIST basis*» («Sobre una base democrática y socialista»). (Aquí se cita, según la reproducción de la rectificación mencionada, que publicó *Justice*, de Londres, el 5 de noviembre de 1910.) Así, pues, se había comprendido, tras cierto estudio de los procedimientos, que era preciso abandonar aquellas crudas solicitudes de integralidad y repudiar una Polonia reaccionaria.

Henri Martin observaba en una carta publicada en *Le Siècle* que «aquellas bases habían sido echadas por medio de los decretos del Gobierno anónimo de 1863 y admitidas por todas las clases de la nación». Esto se refiere a uno de los muchos Comités clandestinos —el más avanzado, sin duda— que, durante la insurrección de 1863, tomaron el nombre de «Gobierno nacional» e hicieron proclamaciones.

Para los delegados de la Conferencia, estas promesas de libertad política y social representaban la razón del principal interés; para Marx, era un factor estricta-

(1) Entiéndese: para la Conferencia de Ginebra.

mente político éste de una Polonia tan integral como fuese posible que resultase tan poderosa como fuese posible también, para hacer frente a Rusia. A pesar de toda su inteligencia, Marx no captó jamás las vibraciones del sentimiento humano y popular, o bien juzgó conveniente dejarlas atrás.

Secundado por Le Lubey, todavía propuso Marx a la Conferencia un nuevo punto como materia de discusión del futuro Congreso; el siguiente: *La idea religiosa y su relación con el desenvolvimiento social, político e intelectual del pueblo.* (*Workman's Advocate*, del 30 de septiembre). En 1878 Marx explicó que introdujo este tema bajo instancias de los delegados parisienses. Esto es exacto, toda vez que su proyecto del 25 de julio no lo contenía, sobre que tampoco tenía por qué incluir una cuestión de esta índole en la esfera de la Internacional.

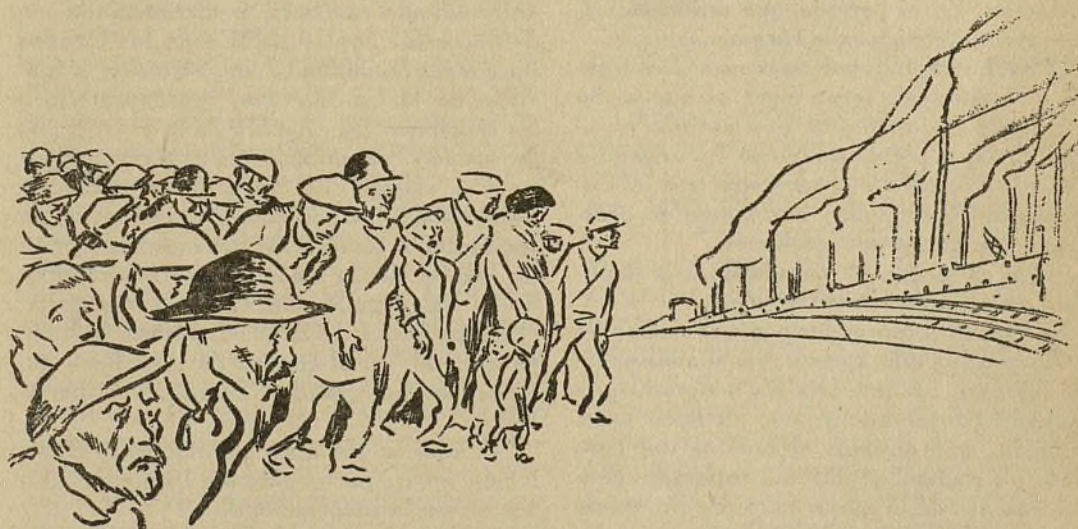
Carter y Weston combatieron la proposición; Le Lubey, Fribourg, Holtorp (polaco), Howell, De Paepe y Jolain la de-

fendieron, y fué aceptada por 18 votos contra 13.

La Conferencia aprobó todavía la redacción de un manifiesto «Al Pueblo Americano» con motivo del fin de la gran guerra civil, en el que se aconsejaba tratar a los esclavos liberados, en lo sucesivo, como libres e iguales, sin reservas. En otro caso, «vosotros — se decía — asistiréis, tarde o temprano, a una nueva lucha que otra vez inmolará de sangre nuestro suelo». Consejo tal parecía urgente, dada la situación de aquellos momentos, bajo el régimen del presidente Johnson.

Tal fué la actuación de la Internacional en su primer año de existencia (1864-65); actuación grande o pequeña, como se quiera, pues solamente comparándola a lo que antes fuera, y a lo que será algunos años después, es como podrá formarse una opinión aproximadamente equitativa.

M. NETTLAU



MAS DE TREINTA MILLONES DE PARADOS EN EL MUNDO.—El humo de las chimeneas atrae a la legión de los sintrabajo, como una esperanza, como una promesa de redención. Ese humo se disipará bien pronto; pero antes de que la turba famélica llegue al recinto fabril, otras nubes de humo habrán ensombrecido el ambiente: humo de pólvora, envolviendo el trágico «crac-crak» de las ametralladoras.

(Dibujo de Roger Prat.)

La Conferencia de la Internacional obrera socialista

HE tenido conocimiento, con una vehemente atención, de todas las exposiciones, de todas las declaraciones, de todos los intercambios de pareceres y de debates que han salido a luz en sesión de la Conferencia de la Internacional Obrera Socialista que se ha celebrado en París del 22 al 26 de agosto. Lo he hecho con la única preocupación de los graves deberes que, en presencia de la trágica situación del mundo contemporáneo nos incumben en esta gran tribuna imparcial de ORTO: establecer las tendencias de las organizaciones de masa, sacar de ellas conclusiones precisas y una lección de acción.

No pretendo detentar la verdad integral y quiero evitar el ridículo de hacer de pontífice. No pretendo más que un derecho de crítica razonado, positivo y sereno y tal como lo exigen las terribles necesidades de la hora presente, fuera de todo espíritu partidista y de toda cuestión personal. Importa que sepamos orillar los caminos a seguir y trabajar útilmente. Hoy no se trata solamente en el mundo de una causa de progreso social, sino también de una causa de salvación. En el período que atravesamos, la fórmula práctica es la fórmula sagrada.

El hecho capital de la solemne Conferencia que acaba de tener lugar es que se ha terminado por medio de una escisión en el voto. Una minoría notable se ha negado a votar la Resolución elaborada por la Comisión de Redacción y ha mantenido enérgicamente su propia resolución.

¿Qué es lo que ha impulsado a la minoría a esta actitud intransigente?

Es fácil el comprenderlo por la lectura de la Resolución adoptada y por el análisis de los debates. La mayoría ha adoptado una posición conservadora, por no decir reaccionaria, que algunos elementos del conjunto no podían admitir sin separarse definitivamente de la mejor parte de las masas obreras socialistas.

Los acontecimientos políticos internacionales de estos últimos tiempos y, principalmente, la llegada de Hitler al Poder, seguida del hundimiento escandaloso de la sección más fuerte de la Internacional Obrera,

podían hacer creer que se producirían desacuerdos importantes en la Conferencia y que sería teatro, especialmente, de escisiones profundas a consecuencia de las corrientes calificadas «socialistas nacionales» o «neosocialistas» en Francia y en Bélgica.

Esto no ha acontecido. Hay que comprobar, por el contrario, que la I. O. S. ha salido de esta Conferencia, no obstante la actitud indignada de la minoría, más unida y más fortalecida en apariencia de lo que lo estaba antes. Pero, ¿cuál es la plataforma política sobre la que se ha operado esta unificación a los ojos de los espectadores? ¿Cuál es su cualidad, su consistencia y su solidez?

Las dos Resoluciones (una sobre la política general y otra sobre el desarme) hablan un lenguaje lleno de claridad. Los problemas de la guerra, que estaban en el orden del día, así como los de la toma del Poder y del fascismo fueron, según la expresión consagrada, el eje de la discusión.

Identificado el peligro de guerra con las amenazas de conflictos armados que constituye la política exterior de los Gobiernos abiertamente fascistas, e identificando «la democracia» con la política de los Estados burgueses llamados «democráticos», la mayoría de la Conferencia, representando a las secciones más fuertes de la I. O. S., se ha situado exactamente en el terreno de la política exterior de las grandes potencias imperialistas occidentales, e induce a los socialistas a servirse de los mismos medios de que se sirven estos Gobiernos imperialistas. Ha llegado, asimismo, a incorporar el arma clásica de la clase obrera: la huelga general, en el cuadro de la política exterior de las grandes potencias imperialistas.

He aquí lo que dice, en efecto, la Resolución en su parte práctica, titulada: «La acción de la Internacional»:

«La I. O. S. invita a todos los pueblos libres a unirse contra los peligros de guerra que constituyen los fascismos alemán e italiano.

«La I. O. S. pide que los Gobiernos democráticos lleven a la orden del día de la Sociedad de las Naciones todos los problemas amenazadores para la paz europea que solivianta la victoria del hitleris-

mo, principalmente el rearmamento de Alemania, las empresas dirigidas contra Austria y contra el pueblo de Dantzig, cuyas libertades han sido garantizadas constitucional e internacionalmente.»

Sin embargo, en el caso en que estallara la guerra, la Resolución general preconiza el deber de preservar la completa independencia y la libertad de acción de las organizaciones socialistas y de mantener sus relaciones con la Internacional. Después la Resolución sobre el desarme, adoptada de acuerdo con la Federación Sindical Internacional, precisa los trabajos concretos de la lucha contra la guerra:

«La Conferencia General del Desarme de la Sociedad de las Naciones debe reanudar sin demora sus trabajos con la firme voluntad de llegar a una reducción efectiva de los armamentos... En el cuadro de los pactos internacionales actuales el movimiento para la intervención suprema de la clase obrera está determinado por el recurso al arbitraje... Todo país que rehuse aceptar este procedimiento (de arbitraje) debe ser considerado como agresor por el movimiento obrero internacional. A partir de este momento, el deber de los trabajadores organizados es el de declarar la huelga general en ese país, y el deber de las organizaciones de los otros países consiste en sostener ese movimiento y en instituir el boicotaje del país agresor. Las dos Internacionales llamaron la atención del mundo sobre los peligros de la violación repetida y tolerada de los pactos generales y de los tratados. De este modo, se disminuye la autoridad de las instancias internacionales...»

La concepción de la situación internacional ante el problema de la guerra se halla, por tanto, muy claramente definida: el mundo —o por lo menos Europa— se halla dividido en dos campos: los países dictatoriales y los países libres y democráticos. Sirviéndose de las instituciones de la S. D. N. en la cual dominan los países «democráticos», las secciones de la I. O. S. deben obrar a través de ella, contra los países dictatoriales, poniendo a su disposición, en caso necesario, la huelga general. La clase obrera se coloca de esta suerte al servicio de la Sociedad de las Naciones —aun cuando esto sea contradictorio con la invocación de «la completa independencia y libertad de acción»— y adopta (a la zaga ya en este punto con una serie de países afiliados a la S. D. N.), la fórmula del agresor que procede del famoso párrafo 16 del estatuto de Ginebra.

¿Cómo explicar qué concepciones tan poco socialistas e incluso tan antisocialistas puedan manifestarse en una gran reunión internacional socialista?

Parece que estas teorías no son sino el resultado de las posiciones tomadas sucesivamente por los delegados de las grandes secciones de la I. O. S., y que se caracterizan por la estrecha relación de los partidos socialistas nacionales con la política burguesa de sus países.

Es difícil no tener esta impresión una vez más cuando se leen ciertas declaraciones, tales como la de Dalton, en nombre del Partido Laborista; la de Njdzialkowski (Polonia); la de Winter (Checoslovaquia) y la de Vogt (Suecia), sobre las sanciones militares, sobre la intervención de los Gobiernos democráticos, sobre los peligros de revisión del Tratado de Versalles, en una palabra, sobre todo lo que empuja a la guerra contra la Alemania de Hitler. Del lado francés, Grunbach y Renaudel no ven en la victoria de Hitler más que una razón de acentuar la Defensa Nacional, es decir, los armamentos, o sea, la eventualidad de la guerra.

Mas, ¿cómo llegar, desde estas concepciones que son el puro y simple eco de las de nuestras cancillerías burguesas, a una acción de carácter internacional? Desde el comienzo de la Conferencia todos habían considerado, por una declaración lapidaria de Renaudel, la verdadera naturaleza del internacionalismo que él tenía a la vista:

«Antes de la guerra, no había política internacional, no había Sociedad de las Naciones; hoy existe.»

Trátase, por tanto, del internacionalismo de la burguesía, tal como se expresa y como obra en la Sociedad de las Naciones. Internacionalismo muy especial, como se sabe, y que consiste en la organización de cierto sistema de hegemonía de un grupo de grandes potencias sobre los demás Estados.

Es de adopción por la mayoría de la I. O. S. de este punto de vista (que domina, como lo hemos visto, todo el programa de acción), lo que ha evitado un gran debate en torno al neosocialismo nacional del cual se ha hablado de esta suerte sin tener necesidad de hablar de él.

Fué por estos caminos por los que la victoria de Hitler ha contribuido a hacer reencontrar su «unidad» a la Segunda Internacional.

La piedra de toque, que era la bancarrota del partido socialdemócrata alemán

y su capitulación ante Hitler en el momento decisivo, ha llegado a una gloriosa absolución. Después de la enumeración de circunstancias atenuantes (fuerzas mayores, sucesos desgraciados), Otto Wels —Wels el sangriento, como le han bautizado los obreros alemanes desde 1919; Wels, que ha leído en Postdam un discurso aceptando la política «de liberación y de reconstrucción nacional de Alemania»— fué puesto por Vandervelde en el cuadro de honor de la Internacional.

Hay la otra mitad de la Resolución general de la mayoría, su primera parte, llamada «parte doctrinal». Esta primera mitad es sin duda muy distinta de la parte práctica. Pero no puede uno abstenerse de comprobar, al referirse a los hechos históricos del pasado, que la dirección de la Segunda Internacional acostumbra a separar muy claramente la teoría de la práctica. ¿Cuántas veces no se han visto sus teorías extremadamente revolucionarias «llegar en la práctica al peor reformismo»? Por lo demás, Otto Bauer, el ponente, ha explicado la razón de ser de la parte doctrinal de la Resolución, de esta extraña y desconcertante manera:

«Hay que devolver a la clase obrera, desorientada momentáneamente, la esperanza socialista... Si hacemos el punto doctrinal, no es un diletantismo marxista. La preocupación doctrinal es el único exutorio de las convicciones socialistas.»

En otros términos, hay que nutrir con palabras a la clase obrera.

Contra la opinión de los socialistas ingleses, que se opusieron en la Comisión de Redacción a la elaboración de una parte doctrinal y «filosófica», Bauer la hizo adoptar no obstante, recordando, dice en su informe, el estado de espíritu de los obreros socialistas alemanes que hablan abiertamente del error de 1918, que no debiera cometerse por segunda vez. «Si no queremos perder el contacto con esos obreros socialistas, debemos dar aquellas consignas.»

Difícil es imaginar una confesión más formal del verdadero propósito de aquellas tesis presentadas en la Resolución que ha adoptado la Conferencia.

Que estas tesis no concuerdan con los fines prácticos presentados por otra parte, esto resalta con mucha evidencia al primer golpe de vista.

Dando las directivas generales para la

estrategia del movimiento socialista en la lucha contra el fascismo, la Resolución divide a los países en tres grupos: los países fascistas, los países «donde continúa la democracia» y los países donde el fascismo amenaza directamente a la democracia.

Para el primer grupo, preconizará la ofensiva: «revolución popular», que destruirá la principal base económica del gran capitalismo y de la gran propiedad territorial para establecer el nuevo orden.

Para el segundo grupo, ordena la defensiva: la defensa de las libertades individuales y colectivas (sufragio universal y libertad sindical). Como fin estratégico, no establece la destrucción del capitalismo, sino la «democracia social».

¿Qué quiere decir esto? Allí donde las libertades democráticas existen aún, es decir, donde las organizaciones obreras tienen todavía el beneficio de aquellas «mejores condiciones para la acción socialista», ¿no deben servirse de ellas para la abolición del régimen por medio de la «revolución popular»? ¿Por qué defender esas libertades si el verdadero objetivo socialista no se plantea sino cuando ha vencido el fascismo? Extraña manera de abordar el problema y de desorientar a las masas socialistas que no deben pasar a la ofensiva contra el régimen capitalista más que allí donde se ha instalado el fascismo. Dada la siniestra situación en que se encuentra la clase obrera en los países fascistas, esta directiva se matiza con un terrible reflejo de ironía.

... La I. O. S. continúa siendo, en su conjunto, lo que era a principios del siglo XX: un conglomerado de partidos obreros burgueses, vinculado en cada país a la política de la clase dirigente. Si esta Conferencia ha dado la impresión de una unidad reforzada, es porque los partidos socialistas de los países pertenecientes al grupo de los «revisionistas» han quedado reducidos a la nada, donde ya no ejercen influjo sobre la política, y porque los Estados versalleses se han acercado entre sí, en estos últimos tiempos, en su política internacional frente a la Alemania fascista.

La Resolución de la minoría tiene otro tono. Encuéntrase en ella el acento socialista y el contraste es vivísimo entre ambos textos, uno de los cuales fué aceptado

con una fuerte mayoría y el otro rechazado ruidosamente. Tendremos lugar para volver a ocuparnos de la Resolución de la minoría. Pero podemos decir desde ahora que su acercamiento a ese lenguaje positivo y revolucionario coloca en una posición muy grave a los que lo han emitido y a los que lo han defendido. ¿Qué van a hacer? ¿Qué posibilidades se les presenta en lo sucesivo de realizar y de aplicar semejante programa en el seno de una Internacional cuya inmensa mayoría de dirigentes no quiere? Y no obstante, han adoptado una resolución con tal claridad, que su responsabilidad en la circunstancia es particularmente grande y una capitulación por su parte tendría repercusiones sensacionales.

No puedo abstenerme de comprobar que en un programa muchos de cuyos pun-

tos coinciden con las aspiraciones de algunos buenos militantes socialistas, así como con las de una parte notable de los trabajadores socialistas, hemos suscitado y organizado, después del Congreso de Amsterdam y del Congreso Antifascista de París, un inmenso movimiento de masas contra la guerra y contra el fascismo.

¿No es lógico que todos los socialistas que lo son verdaderamente para la guerra y para el fascismo, que lo son verdaderamente para la unidad obrera y para la victoria del proletariado, dejen en conjunto de mantenerse a distancia de una asamblea de objetivos tan claros y tan positivos?

Nuestras filas están abiertas en toda su amplitud.

Henri BARBUSSE

París.



PRIMERO DE MAYO, linoleum de Gori

El porvenir de las empresas nacionales, regionales o comunales

EN nuestros medios comunistalibertarios y anarquistas, todos somos antiestatales acérrimos.

Pero los representantes del pueblo no son ciertamente los individuos más calificados para asumir las responsabilidades de la producción en la dirección de las empresas, sin intervención alguna del productor propiamente dicho.

Nosotros sabemos tan bien como los órganos de prensa de la gran industria y la alta finanza —tan severos en sus críticas de los servicios públicos— que «el Estado» es, por lo general, tan mal productor como mal financiero.

Y, por tanto —y una vez hechas estas objeciones de principio— no podríamos obrar como ciegos ante la realidad de los hechos; debemos, pues, reconocer que, indiscutiblemente, en todos los países modernos, numerosas ramas de la industria del transporte y numerosas ramas del comercio se encuentran en razón de quedar transformadas en monopolio nacional o municipal.

Hagamos observar, en primer término, que todos los ramos de la industria, de la agricultura, del comercio y de los transportes tienen su propia individualidad y no son adecuadas en el mismo grado para ser dirigidas bajo la colaboración directa de las organizaciones locales, regionales o nacionales de trabajadores.

Es preciso, ante todo, servir al público lo mejor posible; y las condiciones en que tal o cual servicio ha de resultar bueno difieren sensiblemente entre sí. Por ejemplo: en esas grandes empresas públicas que son los caminos de hierro, ante el peligro inmediato a que el público se vería expuesto por un relajamiento de la disciplina, la Dirección apenas podría valerse con la sola acción del personal y sin un severo control de los viajeros.

Por el contrario, en las industrias mineras, los productores inmediatos, agrupados en sus ramas respectivas, desde los ingenieros hasta los simples peones, po-

drán más fácilmente que sus «cotrabajadores», los ferroviarios, organizar todos los trabajos y garantizar la plena responsabilidad de esta organización. El peligro de muerte inherente a la producción minera no existe, en definitiva, sino para los mismos mineros; no para el gran público de consumidores. Y este peligro bastará, a buen seguro, para que los interesados, los mineros, tomen toda especie de medidas necesarias para asegurar el buen funcionamiento de su empresa.

En la agricultura, por último, es incontestable que los individuos no necesitan de vigilancia alguna, porque la Naturaleza de su producción es suficiente para regular los trabajos necesarios.

Demostremos ahora, por un ejemplo preciso, cómo la naturaleza de una rama de la actividad industrial puede designar las autoridades nacionales —bajo cualquier forma de sociedad— que han de asumir la alta dirección de esa rama industrial. Tomamos este ejemplo de Francia, pero podríamos tomarlo igualmente de otra parte, pues se nos presenta en multitud de países.

En octubre de 1909, los ministros franceses de Trabajo y Hacienda presentaron un proyecto de Ley, sobre el servicio de las cuentas corrientes y de los cheques postales a confiar a la Administración de Correos. La gran prensa política y financiera de Francia lanzó un grito de alarma. «Bajo el pretexto —decía, entre otros, el periódico de los grandes industriales, *Le Temps*— de simplificar y aligerar el servicio de los envíos postales, los autores del proyecto, satisfechos sin duda de los resultados de la gestión industrial del Estado, quieren dirigir ahora su actividad y la competencia universal de sus funcionarios hacia la industria de la Banca. Porque el nuevo servicio no es otra cosa que una de las grandes operaciones corrientes en nuestras grandes sociedades de crédito.» (*Le Temps*, del lunes 25 de octubre de 1909, sección «La semana financiera».)

Y, sin embargo, hemos de alegrarnos de que, en interés del gran público, la reforma a que nos referimos ha llegado a realizarse en Francia, por la ley de 7 de enero de 1918.

En efecto: puesto que Francia tenía ya establecidas oficinas de Correos en todos los Ayuntamientos, ¿por qué no había de poder utilizarlas el Gobierno para ofrecer al público una institución que le había de facilitar en alto grado las operaciones comerciales, sobre todo, fuera de los grandes centros?

«El Gobierno no debería —alegaban los adversarios— tratar de competir con las Sociedades de Crédito.» Pero, ¿es que cuando se trataba de utilizar una nueva máquina, preguntaba alguien si con ello no se haría la competencia a los obreros? Y, por otra parte, ¿es lógico titubear en llevar a cabo alguna obra que signifique progreso, ante el temor de que con ello se perjudique a las Sociedades de Crédito?

La fabricación de la pólvora, monopolizada por el Estado representa una medida de orden y de seguridad. Lo mismo puede decirse de otros monopolios, aunque los beneficios que reporten sean considerables, tales como el servicio de Correos, el de Telégrafos y Teléfonos (eventual éste en Francia), la fabricación de la moneda, etc., etc. Las empresas de «socialismo municipal» —servicios de electricidad, gas, agua, tranvías, mataderos, mercados, etcétera— constituyen una categoría especial de servicios monopolizados, en que los beneficios que se puedan obtener juegan un papel secundario.

Por último, entre las empresas comunales (municipales), regionales o nacionales, cuya finalidad primordial es favorecer el desarrollo industrial y comercial del país, figuran: la construcción y explotación de canales y esclusas; de grandes puentes, de diques marítimos, de centrales eléctricas, etcétera.

Esta índole de empresas es la más común y frecuente en los países jóvenes que están en vías de una rápida transformación industrial, aunque, por lo demás, no faltan en los países más ricos y mejor desarrollados. Todas las empresas de esta especie están destinadas, por así decirlo, por su misma naturaleza, para ser dirigidas por las autoridades nacionales, regionales o municipales, y tendrán un gran porvenir en todos los países modernos.

El grado de posible participación de las organizaciones obreras en la dirección de estas empresas depende esencialmente del desarrollo político e intelectual de las masas obreras y diferirá en consecuencia, notablemente, según los medios sociales.

Evidentemente, la monopolización por el Estado de una industria, tanto si se hace bajo la forma de *municipalización* o bajo la de la pretendida *nacionalización*, es una cosa distinta de la *socialización* o de la *puesta en comunidad* de los establecimientos.

En resumen: no son los productores mismos, sino un cuerpo administrativo, quien, bajo el régimen de monopolio, ostenta la alta dirección de estos establecimientos, que, frecuentemente, el Estado hace dirigir y administrar directamente por sus propios funcionarios.

Desde este punto de vista, poco importa que los dirigentes sean elegidos por sufragio universal, como es frecuente en los países de la Europa occidental, en América y en los dominios británicos. Aun triunfante el socialismo, no se podría identificar el Gobierno con el conjunto de sus administrados. Los obreros asalariados, puestos al servicio de un Ayuntamiento (o *Commune*), de una provincia o del Estado, no por esto se convierten en dueños de sí mismos. Lo que habrán hecho será únicamente cambiar de patrón y, de ordinario, toman tan pequeña parte en la gestión técnica de sus establecimientos, como si hubiesen permanecido al servicio de una empresa particular o de una Sociedad por acciones.

Los adversarios de los monopolios del Estado no dejan nunca de señalar un inconveniente real y un peligro serio, inherentes ambos a tal sistema.

«A medida —dicen— que el Gobierno se apodera, por medio de sus organismos, de un número cada vez mayor de ramos de la industria y del comercio, no es solamente el gran público de consumidores quien cae bajo la dependencia del Poder Central sino también la masa de empleados, en su cualidad de productores.»

Todas las formas de la autoridad —Poder económico, legislativo, judicial o policiaco—, hallándose concentradas en las mismas manos, podrán convertir fácilmente al régimen de monopolios en una insoportable tiranía. Esta objeción tiene naturalmente una especial importancia en

aquellos países en que la democratización de las instituciones políticas y sociales no ha hecho grandes progresos.

Obsérvase que los servicios públicos organizados por el Estado actual encuentran las censuras especialmente en los dos campos opuestos: en el de los conservadores capitalistas y en el de los comunistas libertarios o anarquistas, obreros sindicalistas y cooperatistas. Una vez más los extremos se tocan.

Pero la semejanza de las objeciones formuladas por uno y otro campo, no es semejanza más que en su apariencia. En tanto que los periódicos financieros y técnicos de los grandes capitalistas conservadores o liberales, recomiendan el retorno a la explotación privada, desarrollada hasta el monopolio capitalista, los órganos obreros revolucionarios reclaman, por el contrario, la explotación de los servicios públicos por los trabajadores organizados (bajo el control de las autoridades y de

los consumidores): El servicio de Correos, Telégrafos y Teléfonos, por los empleados de P. T. T.; el de los caminos de hierro, por los «Cheminots», etc., etc. (refiriéndonos a Francia).

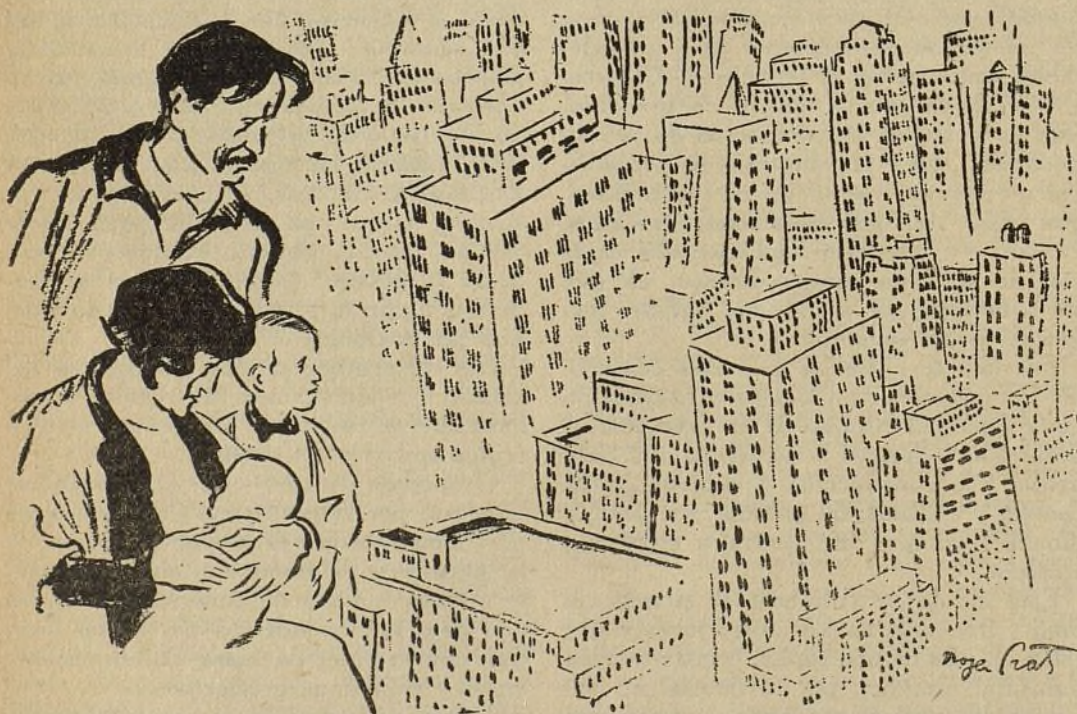
Antes de la Guerra, durante las grandes huelgas de Correos y Telégrafos de Francia y de Inglaterra, los empleados huelguistas formulaban ya estas reivindicaciones.

Puede, pues, expresarse igualmente que la democratización del Poder legislativo y, luego, la del ejecutivo y el judicial, contribuirán en lo porvenir, a salir al paso de muchos de los abusos cometidos en el pasado, y a identificar más y más al Estado-empresario con los representantes directos de las masas trabajadoras.

Todo esto servirá para atenuar los inconvenientes inherentes a los servicios públicos, pero el régimen permanecerá viado mucho tiempo todavía.

Christian CORNELISSEN

París.



Rascacielos... Bancos, Trusts, Entidades financieras, poderosos Monopolios... Templos de Belial... Modernas babeles de los modernos frenéticos... Nosotros ya sabemos lo que vendréis a ser: panteones de una civilización de bandidaje e iniquidad.

Pero, entretanto, las víctimas de los que os erigieron, contemplan, a través de nuestros ventanales, la superfluidad de nuestros amplios salones, vacíos, provocadores, a la misma hora en que ellas se tenderán a dormir bajo los porches de la plaza pública, hasta que la bota de la «autoridad» que os defiende a sueldo, los despierte como a perros vagabundos.

Contra la guerra sin reserva alguna

ESTAS palabras que tomo de Feliciano Chalaye, resumen de manera notable todo el programa de propaganda y de acción de lo que puede llamarse el pacifismo *integral*, esto es, sin restricción, total y absoluto.

Este pacifismo es el mío y creo que sea también el de los amigos de *La Patrie Humaine* y el de los pacifistas adheridos a la L. I. C. P.

Ellos están y yo estoy contra la guerra, venga ésta de donde venga y vaya donde vaya. Tanto para ellos como para mí, no existe diferencia entre la guerra llamada «defensiva» y la guerra llamada «ofensiva». Guerra de la Civilización contra la Barbarie, del Derecho contra la Iniquidad, de la Democracia contra el Fascismo, de la Libertad contra la Dictadura; todas estas antítesis que no se apoyan, en el fondo, más que en artificios, en sutilezas, en mentiras y en apariencias, no podrían atenuar nuestra irreductible oposición a la guerra.

Estamos contra *todas* las guerras. Esto se ha dicho y repetido en esta Revista. Lo decimos una vez más, y, con el fin de que nadie lo ignore, estamos dispuestos a repetirlo más y más en todas las ocasiones y en todas las circunstancias. Quedarán así enterados de una manera definitiva acerca de nuestra actitud los que tuviesen la intención de esperar que pertenecemos a esa multitud versátil y pusilánime que, en tiempo de paz, se afirma resueltamente contra la guerra y por la paz y, tan pronto como estalla la guerra, se muestra por la guerra y contra la paz.

Es útil y es necesario declararse, en términos precisos, resueltos a luchar indefectiblemente con todas sus fuerzas, suceda lo que sucediere, contra esa inigualable estupidez, contra esta monstruosa abominación: la Guerra.

Es útil y es necesario, pero está lejos de ser suficiente, y debemos preguntarnos cuál podría ser la utilidad práctica de una declaración tan firme si tuviéramos que atenernos a ella. Cada cual siente que no puede ser más que la indispensable intro-

ducción a una acción precisa, vigorosa y perseverante; cada cual siente, además, que esta acción debe de emprenderse inmediatamente.

¡Y bien! ¿Qué es y en qué consiste esta acción a emprender seguidamente y a proseguir con una infatigable energía?

● ●
¿Consiste en establecer indiscutiblemente las responsabilidades de la guerra, por siempre maldita entre todas, de 1914-1918? ¡Oh, sí! Nada puede haber de una enseñanza más sorprendente ni más fecunda.

¿Consiste en denunciar los execrables manejos de los bandidos que, por interés de su innoble industria, impulsan de manera frenética al superarmamento de las naciones? Es necesario, para iluminar la conciencia popular acerca de los latrocinios de esos malhechores.

¿Consiste en denigrar a los gobernantes que, con su silencio y con su complicidad, preparan y organizan la próxima y última matanza? Es una necesidad si se quiere combatir eficazmente la psicosis de guerra que los Estados cultivan celosamente.

¿Consiste en pronunciar la implacable requisitoria que llaman los protocolos, los despachos, las convenciones, los pactos que multiplican los hombres de Estado, los ministros, los diplomáticos, acuerdos estériles que llevan el sello gubernamental? Es preciso, para matar en el corazón de las masas las irrisorias esperanzas que han saludado la fundación de la Sociedad de las Naciones y cuyas Conferencias internacionales que se celebran sucesivamente en las grandes capitales reavivan periódicamente la llama.

¿Consiste en subrayar la impotencia de los gobernantes para hacer avanzar un paso la causa de la Paz? Hacer penetrar en el cráneo de los gobernados que no tienen nada que esperar de los gobernantes y que la obra de Paz no puede ser más que la suya, es una labor excelente.

¿Consiste en hablar en términos admi-

rativos de los objetadores de conciencia o de razón y en demostrar el innegable valor de su gesto? Nada mejor para arrastrar y conducir a los indecisos a la negativa de participar de una manera cualquiera en una guerra, sea cual fuere.

¿Consiste en insistir sobre el espanto y el horror del desastre sin precedentes (el suicidio en masa) que será la guerra futura si no logramos levantar contra ella un dique infranqueable? Tenemos aquí uno de los mejores medios y el más seguro, quizá, de soliviantar a la opinión pública contra la eventualidad de un nuevo conflicto armado.



Es urgente suscitar en cada uno de estos terrenos y de manera simultánea, una campaña encarnizada e incesante.

El frente de batalla entre los belicistas y nosotros tiene una inmensa extensión. Esta misma amplitud exige el concurso metódicamente unido de todos los pacifistas, dejando a cada cual la facultad de hacer la guerra a la guerra con ayuda de las armas cuyo manejo le sea más especialmente familiar y que tenga sus preferencias.

El libro, el folleto, la revista, el periódico, el mitin, la conferencia, la conversación, la correspondencia. No debe desperdiciarse ningún medio de propaganda.

Importa proyectar sin demora alguna en la mentalidad de las masas las verdades propias para expulsar de ella los prejuicios y los errores cuyos factores de guerra han poblado ésta.

Apresurémonos a prevenir a la multitud contra los lazos en los cuales la clase poseedora y gobernante intentará hacerla caer mañana, como logró precipitarla ayer en ellos.

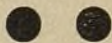
Trabajemos de todo corazón en preservar a la multitud de las siniestras mixtificaciones de que tanto ha sufrido ya y que continuará padeciendo en tanto tenga la inexcusable necedad de dar crédito a la ideología patriótica, a la defensa nacional y a todas las mentiras que hacen séquito a estos criminales absurdos.

En este vasto dominio hay un formidable y apasionado esfuerzo que realizar.

El conjunto de los pacifistas tiene el deber de consagrarle lo más claro de sus recursos y lo mejor de su actividad, y corresponde a cada uno de ellos el elegir libremente el puesto de combate que le asignen sus conocimientos y su temperamento.

Vergüenza a los que, proclamándose enemigos determinados de la guerra y amigos resueltos de la paz, no aportasen al cumplimiento de su deber toda la energía y todo el ardor de que son capaces.

Las fuerzas de guerra forman un bloque; las fuerzas de paz están en la obligación de constituir el suyo.



Pero...

Hay un «pero» y es de peso.

Este «pero» lo precisaré en un próximo artículo.

Sebastián FAURE



—¡A la calle...!

El Sindicalismo, esperanza suprema de los trabajadores

A despecho de todos los esfuerzos realizados por doquier para relegar a un último plano la cuestión sindical, los problemas por ella planteados en el seno de todas las colectividades continúan poniendo a la orden del día las preocupaciones más inmediatas de tales agrupaciones y de sus militantes.

Como quiera que resulta más fácil asignar un papel secundario al Sindicalismo que aniquilarlo, de ahí que al querer reducirle a una simple defensa de las reivindicaciones materiales de los trabajadores, el no reconocerle más que una misión pasajera, en régimen capitalista, y el tratar de canalizarlo para usar de él a voluntad y conveniencia, sean las preocupaciones de *todos* los otros grupos, los no sindicalistas, de *todos* los que aspiran al Poder, de *todos* los Gobiernos actuantes; preocupaciones e intentos que, por lo demás, siempre resultan vanos, no prosperarán jamás.

El Sindicalismo no es un vivero de electores, ni un apéndice de tal o cual partido, ni la escuela primaria de cualquier otro movimiento. Es mucho más y algo mejor: es la escuela de la vida.

Es la clase obrera en marcha hacia su emancipación mediante la transformación social.

Pretende —pretensión que data de 1906, declarada en Amiens— cumplir esta misión —la emancipación obrera— sin utilizar otros medios que los propios, en plena independencia, en absoluta libertad. Y es precisamente esto lo que *todos* los otros grupos de matiz político, parlamentarios o no, no perdonan al Sindicalismo; es precisamente por esto por lo que se niegan a reconocerle, ya que tal reconocimiento implicaría admitir la propia inutilidad.

Anterior a todo grupo político, por las formas diversas que tomó la Asociación libre a través de la historia, habiendo forjado su doctrina a prueba de hechos, *el Sindicalismo es la imagen misma de la vida en acción*. Es, asimismo, en atención a los elementos que lo integran, el único

verdadero movimiento de clase: *el movimiento de clase de los trabajadores, creado por ellos y para ellos*.

Y contra esto, nadie puede nada: *esto es un hecho*; agradable o no; pero innegable, desde luego.

Claro que es innegable también que el Sindicalismo haya hecho suyo el *espíritu de método* de tal grupo, que haya adoptado la *finalidad* de tal otro —como todos los movimientos que representan un progreso sobre sus antecedentes—; pero lo es, asimismo, que a la luz de todas las experiencias sociales del pasado, ha sabido él construir una doctrina y fijarse las metas, que pretende alcanzar por sus propios medios, en lugar de hacerlo ajustando sus fuerzas a otro grupo cualquiera, por cuenta del cual pudiera actuar.

Los trabajadores han hecho ya demasiadas revoluciones para otros; ahora quieren hacer una para sí mismos: la única, la verdadera, *la revolución social*. Y, para ello, han eliminado de las viejas ideologías partidistas cuanto de nocivo había en ellas. De unas, han conservado la *noción de organización*; de otras, la *noción de libertad*..., sin preocuparse de agradar a éstos ni a aquéllos, sin cuidarse de las contradicciones o concordancias que pudieran existir entre su doctrina y ellos mismos. Si hay contradicciones, tanto peor; tanto mejor, si concordancias. Ahora bien; el Sindicalismo comprende que se le combata cuando está en *contradicción* con las demás doctrinas: lo que no comprende es que se le combata también cuando la *concordancia* y la *finalidad doctrinal* existen absolutamente. Ni menos comprende que aquellos que por sus fines y sus métodos se declaran conformes con él, aporten sus esfuerzos al adversario y obren continuamente contra él; como no comprende tampoco ni llega a explicarse que una misma doctrina pueda tener, en los hechos, traducciones contrarias, según los países en que sea defendida; ni hay nadie capaz de convencerle de la excelencia de estas actitudes contradictorias, tanto teórica como prácticamente.

Sea cual fuere la *realidad* del Sindicalismo y aun cuando en los momentos presentes, en razón a su debilidad numérica, aparezca como un movimiento de secta a los ojos de todos aquellos que lo niegan y combaten, no dejará de ser él, por sus fines y por su doctrina, la única y última esperanza de los trabajadores. El Sindicalismo será el último resorte que el proletariado universal vendrá a pulsar —tras el fracaso, quizás, de todos los otros movimientos— para emprender conjuntamente

las luchas que le permitirán satisfacer, al mismo tiempo, su ideal y sus intereses de todos los órdenes.

Y si esto es así, ¿por qué esperar a todos esos ineluctables fracasos de los demás movimientos y no pulsar ya, inmediatamente, el resorte salvador?

Ello significaría para los trabajadores del mundo acelerar su liberación definitiva, esa liberación que sólo puede ser obra de sus manos.

Pierre BESNARD



La experiencia americana

EL programa de Roosevelt, la *National Recovery act*, fechada en 16 de junio, consistía, al decir de las proclamas lanzadas al pueblo americano, en asegurar el trabajo a todos, con sólo elevar los salarios. Con esto entendía el presidente que había de quedar resuelta la crisis en los Estados Unidos.

Significaba ese programa una acción triple: sobre la moneda, sobre la agricultura y sobre la industria. En una palabra: tratabase de una verdadera política nacional de economía dirigida que debía hacer fracasar al capitalismo privado, asegurando a todo ciudadano de la Unión una vida verdadera.

Pero he aquí que, a la hora en que escribimos este artículo, el directorio asesorado por Roosevelt, lleva un mes de actuación.

Y no ha debido ser muy brillante el resultado, por cuanto que el presidente ha tenido que dirigir, el 24 de julio, un nuevo mensaje para fijar definitivamente sus intenciones y apelar a los hombres «de buena voluntad» de las diferentes clases sociales, a fin de perseguir, contra viento y marea, el éxito de su «experiencia».

● ●

El nuevo equipo de intelectuales, el «zoo de los cerebros», como irónicamente se le llama allá abajo, ha querido fundar una economía racional.

Prácticamente, lo que han hecho esos intelectuales ha sido hundir a Roosevelt, el realizador del nuevo mundo americano, en un piélago de proyectos contradictorios. Y ya es necesario convenir en que los que, entre nosotros, en Europa, hablaban de la construcción del socialismo en los Estados Unidos, han ido demasiado de prisa.

La desvaloración del dólar debía provocar un alza de precios favorable al resurgimiento de los negocios. Sin embargo, desde 1929, no se reconocía un «boom» semejante al que se produjo en New York el 21 de julio último. Más de nueve millones de títulos lanzados al mercado, y millones de francos perdidos, muestran

la inquietud de los medios financieros y del público.

La súbita elevación de los precios no ha tenido como consecuencia inmediata el aumento de la capacidad adquisitiva de las masas.

Si bien es cierto que las acciones cotizadas en Bolsa tuvieron un momento de auge, alrededor de un 10 % de su valor, y que la producción fabril aumentó de un 15 % en marzo a un 50 % en julio, las mercancías, al acusar una subida de 35 a 40 %, pronto comenzaron a no encontrar consumidores. Porque no habiéndose elevado los salarios más que hasta una media del 10 %, se produjo un desequilibrio entre el nivel de producción y el de consumo, desequilibrio que no dejó de causar graves preocupaciones a M. Hugh Johnson, dictador de la industria.

Roosevelt invitó a los industriales a revalorizar los salarios y a disminuir la duración del trabajo.

Johnson llegó a aconsejar, para disminuir la capacidad de producción y el paro forzoso, la «limitación del empleo de las máquinas». Las máquinas usadas, por ejemplo, no debían ser reemplazadas por otras máquinas nuevas.

Pero faltaba conocer las opiniones de los interesados: los financieros y los industriales.

Wall Street veía con malos ojos el aumento de salarios; y en cuanto a la industria, ésta alegaba que el beneficio producido por la depreciación monetaria desaparecía. La misma inflación no podría abrir válvulas al exterior, porque el exterior se defendía contra el *dumping*.

● ●

Las intenciones gratuitamente atribuidas por nuestros reformistas a Mr. Roosevelt de «construir el socialismo», quedaron aclaradas el mismo día en que se tuvo noticia de que aquél comenzaba el ejercicio de sus «plenos poderes», con la reducción lesiva de los tratados de funcionarios y de las pensiones de los antiguos combatientes, al mismo tiempo que procedía a la devaluación de la moneda.

En cuanto a la reducción de las horas de trabajo, no es lícito ver en ella otra cosa que un medio de restringir el paro.

Pero aun admitiendo que Roosevelt fuera sincero y quisiera elevar el nivel de las clases trabajadoras, ha de tenerse en cuenta que, para ello, necesitaría obtener la aquiescencia de los capitalistas, que, en su mayoría, son hostiles a semejantes proyectos.

Roosevelt sugirió también la reglamentación, la «codificación» de la competencia; es decir, quería conservar solamente los negocios «sanos», limitar los trusts, la creación de nuevos; pero *reforzando los ya existentes*, con la finalidad de ir a los monopolios, de los que el Estado asumiría la dirección. Pero los industriales textiles, los del acero y del petróleo no aceptaban el plan de control a que el presidente les rogaba someterse en nombre del patriotismo. Y la prensa capitalista americana nos trajo el eco de sus vehementes protestas. ¡Los verdaderos dueños de la economía se reían de los teorizantes del «zoo de los cerebros»!

● ●

Lo mismo que la industria tiene a Johnson y las finanzas a Bernard Baruch, la agricultura tiene también su dictador: Georges Pick.

El proyecto agrícola, la *Farm act*, propone la reducción del 20 por 100, como *mínimum*, de la siembra de trigo, con una prima para los campesinos que no emplearen la totalidad del terreno cultivable. Y, por primera vez desde la guerra, fija el precio de venta de los trigos. Un decreto estipula que los cursos de cotización no deberán variar en más de 5 céntimos, y la duración de las transacciones en las Bolsas de cereales será limitada.

Los cursos, en efecto, se han hundido, y se prevé un aumento de las reservas de trigo, pues la cosecha de este año se presenta magnífica.

Nada, pues, podrá impedir la ruidosa caída de los precios y la ruina de los productores.

● ●

Al igual que en todos los países capitalistas, adonde quiera que se vuelvan los

dirigentes americanos en busca de soluciones para la crisis —que es el producto del sistema mismo—, se encuentran siempre con un fracaso ante los contrasentidos de un modo de producción y reparto que ha fallado en todas las partes del mundo.

El motor del capitalismo funciona impulsado únicamente por la fuerza del beneficio individual. La plusvalía que se produce no sirve más que para remunerar al capital a expensas del trabajo.

Constreñido, por las leyes de su evolución económica, a aumentar esta plusvalía en progresión geométrica, el capitalismo está obligado a intensificar, sin ocuparse de la capacidad adquisitiva, una producción cada vez. De aquí, cuando el mercado llega a la plétora, el frenazo brusco que quebranta todo el mecanismo.

¿Triunfará la economía dirigida por el Estado, allí donde el capitalismo ha hecho bancarrota?

América, relativamente poco poblada en relación con su extensión inmensa y con su natural riqueza, tan abundante como varia, podría intentar esa experiencia con más probabilidades de éxito que ningún otro país. Pero, a condición siempre, de poder obligar a los magnates de las finanzas, del petróleo, del acero, a reducir seriamente sus beneficios, a comprimir su superfluo, para dar un mayor bienestar al conjunto de trabajadores.

Y habría que ser muy cándido para creer que unos capitalistas iban a consentir poner en marcha sus máquinas «para nada»; invertir sus capitales sin esperar un interés «suficiente». Esto equivaldría a imaginarse a los lobos decidiendo vivir en paz con los corderos.

● ●

Ciertamente, Roosevelt ha sabido renegar de los «efectos destructores del individualismo»; execrar «el egoísmo de quienes pagan salarios de hambre por largas horas de trabajo»; invitar a su pueblo a que le preste apoyo. Pero no podrá hacer nada duradero sin el consentimiento de los verdaderos *amos* de su país. Como Herriot en Francia, Roosevelt se estrellará contra «un muro de plata».

Es posible, como nos decían las noticias que nos llegaban de América, a raíz del mensaje presidencial, que un movimiento

de entusiasmo le valiera la adhesión de numerosas firmas y hasta el apoyo de la opinión. Pero la única posibilidad de reformas queda siempre supeditada a la voluntad de los grandes industriales y financieros.

Y sería insensato suponer que éstos quieram sacrificar sus intereses particulares en aras del bienestar de las masas que ellos mismos explotan.

P. LEROC

P. S.—Es de tener en cuenta que la Federación de Trabajadores Americanos (la C. G. T. de los E. E. U. U.), presta todo su apoyo a la experiencia Roosevelt. «Colaboración de clases», «interés general»... ¡Ya sabemos adónde nos han conducido estos tópicos en otros países!

Miscelánea sangrienta

Matanza de asirios en El Irak

La «massacre» de asirios que acaba de perpetrar el Gobierno de El Irak recuerda las matanzas de armenios de los tiempos pasados.

Se trata de nestorianos (secta cristiana) que habitan al Sur de El Irak, mezclados con los kurdos. Ya estuvieron a punto de perecer en 1915, víctimas de una carnicería general, siendo súbditos turcos. Subsistieron. Y teniendo en cuenta que apoyaron a las fuerzas británicas durante la guerra, el Gobierno de Londres facilitó la instalación de 70.000 de ellos en El Irak, territorio que entonces estaba bajo la bandera inglesa.

Posteriormente, El Irak pasó a ser un Estado independiente (al menos en teoría), bajo la dirección del tristemente célebre rey Fayçal. Pero el Gobierno irakés ha tomado como pretexto ciertas colisiones habidas entre sus tropas y algunos asirios que se hallaban refugiados en su país y han regresado a El Irak para obrar ferozmente contra ellos.

El general que mandaba en la zona ocupada por los asirios ha lanzado contra ellos una policía especial que ha entrado a mansalva, incendiando docenas de aldeas y sembrando el territorio de centenares de cadáveres.

Parece que las autoridades británicas pretenden hacer entrar en razón al rey Fayçal, recordándole las cláusulas de la S. D. N. referentes a la protección de las minorías; pero es posible que Fayçal

responda que a la misma hora los aviones ingleses están aniquilando a los musulmanes en la frontera indoafghana.

Los pobres se matan

En Donai, un sintrabajo, después de arrojar al río a una hija suya, se ha ahorcado.

● En Pierrefitte, Raymond Depeuwiller, de quince años, parado desde hace muchos meses, desesperado por no encontrar ocupación y ante las querellas de la madre, viuda y con cuatro hijos, se ha arrojado al paso de un tren, quedando destrazado.

● Pescando en el Sena, a la altura del puente Saint-Louis, Gabriel Giraud, encontró el cadáver, ya en descomposición, de un recién nacido.

● En Chalons-sur-Mer, la señora Brousse, llamada Juliette Jaspard, de treinta años, se dirigía hacia el canal, con tres de sus hijos —dos gemelos de dos meses y un bebé de diecinueve—; los pescadores, a quienes inspiró sospechas, observáronla y vieron cómo atándose las criaturas a las espaldas, se disponía a arrojarse con ellas al canal, lo cual impidieron.

● Se ha detenido en Canose de Luc a la joven Camila Tournier, acusada de haber cometido siete infanticidios. Camila vivía con la familia de su cuñado de cuya primera mujer tenía cinco hijos y otros cinco de la segunda, con la que tuviera nueve, pero de los que cuatro habían muerto. Camila ha dado la vida a otros nueve, de los cuales se le acusa de haber suprimido siete. Es decir, que de haber vivido todos los pequeños habrían sido veintitrés los que se hubiesen cobijado bajo el mismo techo. Camila y su familia vivían en un piso reducido, integrado por dos únicas habitaciones.

NOTA DE LA REDACCION

No recopilamos estas noticias por afán de satisfacer los gustos truculentos o avides de folletín de cierto público —que, desde luego, no creemos contar como nuestro—; pero por cuanto tales sucesos tienen de sintomático con relación a la organización actual de la sociedad; por cuanto llevan en sí de acusación contra un orden de cosas que muchas veces coloca a los padres en la alternativa de matar a sus propios hijos o dejarlos morir de inanición, cuando no crecer azotados por la anemia y amenazados por la tuberculosis, es por lo que nos hacemos eco de ellos y los transcribimos aquí, sin más comentario, pues quedan comentados por sí mismos, que esta sencilla aclaración.

Las Iglesias cristianas y las finanzas

INQUIETA mucho, en nuestros días, saber la capacidad económica de las Iglesias. Interesaría saber de cuánto disponen y cuánto gastan en sus llamadas obras de caridad.

Desde luego, nadie podrá jamás decir, a ciencia cierta, la cuantía de las cuentas corrientes, ni del numerario disponible por las Iglesias. Entre otras razones, por ser sus jefes unos simuladores de la pobreza, muy semejantes a los especialistas de la mendicidad, que aparecen muertos en un cuchitril oscuro con muchos miles de duros escondidos en un jergón de hoja o en el hueco de una viga carcomida. Esos frailes que tropezamos en la calle descalzos, mugrientos y con la cabeza desnuda, ceñidos con un cordón o amarrados con una correa, son dueños de millones y viven en palacios con huertas y jardines fastuosos.

Disponen de bibliotecas magníficas, comen muy bien, beben mejor y tienen un administrador o apoderado que corre con todo y alcahuetea *tesoros y miserias* a la vez.

Guerra Junqueiro retrató bellamente a la Iglesia en este aspecto.

Poéticamente nadie lo ha superado, a pesar de entregarse, o *entregarlo*, a última hora, a su enemiga.

No resistimos a la tentación de iniciar esta serie de artículos sobre un tema tan interesante, con las palabras luminosas del autor de *La vejez del Padre eterno*: «De tal modo imitó el papa la humildad del mártir del Gólgota, que, a fuerza de gastar sus bienes con los pobres, se hizo millonario. Hoy podemos ver, ¡oh hijo de María!, a tu humilde vicario conversando en la Bolsa, sobre los Fondos Turcos, con... el barón de Rotschild.

»La cruz redentora la tiene el papa colocada en su mesa de trabajo sobre una caja de caudales.

»Y toda esta riqueza inmensa, acumulada por tantos papas financieros (lo que

es la economía, ¡oh Dios), tuvo su base, sólo con los treinta dineros de... Judas.»

Así es realmente. Traicionar el Evangelio, vender por dinero a Cristo, apoderarse con mentiras arteras y engaños, del dinero del mundo ha sido, y sigue siendo, la labor de las Iglesias cristianas, en que es especialista la Iglesia católica.

Ella es la instructora de todos esos mendigos simuladores que pordiosean por todas partes y tiene más dinero guardado que aquellos a quienes engaña. Las llamadas Ordenes mendicantes, con privilegio exclusivo para pedir limosna en la calle y de casa en casa, son una especialidad del catolicismo; aun ahora que se detienen mendigos y se encarcelan pordioseros hambrientos, tienen *bula laica* los frailes y monjas mendigos y nadie les prohíbe la mendicidad libre, sin trabas.

En las ciudades y pueblecillos se exhiben grandes cartelones donde se amenaza con expulsar a los mendigos; se detiene a los que se coge en flagrante delito de pedir para comer aunque sean éstos obreros sin trabajo, se hacina en campos de concentración a los pordioseros; se expulsa, enviándolos a sus lugares de origen, a los hambrientos... pero existe una categoría de pordioseros privilegiados con quienes nadie se mete: son los frailes y monjas mendicantes, muchos, innumerables, extranjeros; servidores y espías de Roma y acaso también, algunos, de sus Gobiernos respectivos; explotadores de la miseria ajena, competidores del trabajo honrado, burladores de la Hacienda nacional y simuladores de una pobreza que no existe más que en la apariencia.

Durante catorce siglos —del IV al XVIII— la Iglesia católica dispuso de todos los recursos pecuniarios y represivos y, a pesar de esto, no pudo convertir el mundo al cristianismo; asustando a las gentes con los terrores infinitos del infierno y engañándolos con la seguridad de mejorar su suerte, sacándolos del purgatorio, arrancó

millones y millones a sus fieles, hasta el extremo de tener que dictar leyes el Estado prohibiendo las donaciones de los moribundos; ya en el siglo IV, los emperadores romanos prohibieron a los curas y frailes recibir donaciones, legados y herencias; estos emperadores eran cristianísimos y el propio San Jenónimo, testigo excepcional, dejó consignado que: «No era la prohibición lo que le afligía sino el dolor de haber sido merecida por el abuso del clero.»

El precepto y la costumbre evangélica de «no poseer oro, ni plata, ni cobre, porque el operario evangélico era digno de su alimento», consagrado en el capítulo X del evangelio de Mateo, fueron abandonados muy pronto; en los comienzos del siglo IV estaba completamente olvidado, dando el ejemplo los papas y demás magnates de la Iglesia.

Antes de Constantino las leyes del Imperio romano prohibían a las Iglesias y corporaciones religiosas la posesión de bienes y dinero sin autorización del emperador o del Senado; a fines del siglo III se les permitió.

Constantino, en 313, no sólo otorgó la libertad de conciencia a los cristianos, sino que les enriqueció, apoderándose por la fuerza, *violentamente*, de propiedades, templos y riquezas de los paganos.

Para que podamos inducir la cantidad de donaciones con que este perverso emperador, asesino de su familia, quiso rescatarse del infierno a fuerza de dinero ajeno, escuchemos lo que afirma un historiador tan católico como César Cantú: «Sólo a una Iglesia le regaló un tabernáculo de plata que pesaba 2.025 libras; una cruz de plata de un metro sesenta que pesaba 120 libras, doce apóstoles, también de plata, pesando 90 libras cada uno, valuado todo en 270.000.000, además de 14.000.000 en bienes y dinero» (1).

Catorce siglos después, sólo en Francia eran de la Iglesia Católicorromana cuatro mil doscientos millones de francos, en propiedades y valores, que hoy representarían una cantidad cuatro veces mayor considerando la capacidad adquisitiva del dinero y el valor de la propiedad.

Y así en todos los países de la cristiandad.

Cristo había dicho a sus apóstoles y a sus fieles: «Pasaré el cielo y la tierra, pero ni una tilde de mi evangelio pasará; no poseáis oro, ni plata, ni cobre, ni alforjas para el camino, ni bolsa en donde guardar dinero.»

Los que se llaman sus sucesores y vicarios cambiaron su mandato por éste: «Es necesario apoderarse de todo el dinero y las riquezas del mundo, para dominarlo, en nombre de Aquél que no tuvo ni una piedra donde poder reclinar su augusta cabeza, ni una cueva donde refugiarse cuando lo buscaban para matarlo los sacerdotes.»

El calumniado Judas es un santo, comparado con algunos, *bastantes*, papas de la Iglesia; dicen que entregó al Maestro por treinta dineros y, arrepentido, se ahorcó. El papa actual entregó al cristianismo y a su Maestro, en las personas de todos los infelices martirizados, asesinados, exilados por el fascismo, *por tres mil millones de liras y un minúsculo Estado político y aun no se ahorcó ni está arrepentido de la traición cometida*. Indudablemente Judas fué más fiel al Maestro y menos ambicioso que el papa reinante.

Según Holbach, a mediados del siglo III la Cátedra de San Pedro valía ya millones; y este fué el motivo de la pugna entre Novaciano y Cornelio, ya que ambos querían ser papas para disfrutarlos.

Llegó el abuso a tanto, que Valentiniano I, en 370, expidió un decreto prohibiendo a los sacerdotes recibir legados y herencias, decreto que hizo a San Jerónimo exclamar: «No es la prohibición lo que me aflige sino el haberla bien merecido.» Esto ocurría en tiempos del papa Dámaso, que pasaba una vida muy reglada gracias a los donativos de encopetadas damas romanas; salía a la calle en una carroza fastuosísima; su mesa excedía a la de los emperadores y atesoraba dinero en abundancia.

«En tiempo del papa Silvestre I, siglo IV, un obispo se alababa públicamente de tener, en su diócesis, once mil sacerdotes concubenarios que le pagaban un tributo anual de un escudo de oro cada uno.» (Lachatré, *Los crímenes de los papas*, tomo I, página 71, edición portuguesa de 1873.)

«Cuando murió Sixto III, en 440, dejó a

1 César Cantú, vol. V, pág. 468 y vol. VI, página 46.

la Basílica de Santa María un altar de plata maciza que pesaba trescientas libras; vasos de plata de gran valor en cantidad de 1.165; un vaso de oro, entre otros, que pesaba 50 libras; ornamentos de plata de peso de 400 libras y de un valor incalculable; otro altar de plata pesando 450 libras; una estatua de San Lorenzo de oro macizo y de 200 libras de peso.» (Lachatre, obra citada, vol. I, pág. 104.)

Estos datos *históricos*, que pudieran ser ampliados muchos, muestran cómo, ya en el siglo V, el clero era riquísimo y había abandonado las enseñanzas evangélicas en esto como en otras muchas cosas...

Para concretar, evitando la dilución del asunto, copiamos de César Cantú, autor catolicísimo, un párrafo que fija bien la actitud de la Iglesia romana y sus pontífices en este asunto concreto: «Una vez la Iglesia, triunfante y protegida por los emperadores, enriquecida por la generosidad de los fieles, comenzó a rodearse de pompa y a cubrir a sus ministros de sedas y oro. Por cierto que la humildad de Jesús no pudo imaginar ver a sus ministros trajeados como los grandes de la tierra. Desde que la Iglesia se convirtió en una Institución, para presidir los destinos de la sociedad por medio de su influencia, sentía la necesidad de rodearse de esplendor y boato que el concepto vulgar consideraba distintivos de grandeza y dignidad. No censuraremos a la Iglesia el haber renunciado a la pobreza de los primeros siglos, mas condenemos *en sus jefes y ministros* que hayan hecho fin DE LO QUE SOLAMENTE DEBIA SER UN MEDIO; que convirtieran el esplendor del culto EN REGALO Y SATISFACCION DE LA VANIDAD PROPIA; Y PARA SOSTENER EL LUJO DE LOS ALTARES Y DE SUS SERVIDORES VENDIERAN LAS CONCESIONES ESPIRITUALES HACIENDO SIMONIA Y EXPOLIANDO A LOS FIELES.» (César Cantú, *Historia Universal*, t. V, pág. 279.)

Afirmábamos que después del triunfo de Constantino, es decir, desde que el cristianismo dejó de ser tal para convertirse en una institución políticofinanciera de explotación y dominio capitalista, sus pontífices y sacerdotes sólo pensaron en enriquecerse por todos los medios, lícitos e ilícitos.

Constantino y otros emperadores *cristia-*

nos, verdaderos monstruos de maldad, asesinos, ladrones, pederastas y degenerados, a pesar de su cristianismo teórico, como muchos cristianos de nuestros días, *para ganar el cielo*, aconsejados por los papas y confesores, vaciaron los tesoros de los paganos en las arcas fuertes de los ministros cristianos, enriqueciendo inconmensurablemente a la Iglesia de Dios que empezaba ya a ser la Iglesia del diablo. Sustituyeron el culto pagano por el cristiano, aldeas enteras pobladas por esclavos paganos fueron entregadas o donadas a los sacerdotes cristianos; las Iglesias paganas fueron robadas y despojadas de sus ornamentos, riquezas, propiedades, alhajas, y las que se salvaron de la primitiva furia destructiva fueron consagradas en las leyes de Teodosio, Justiniano, Constantino... fueron también entregadas a los pontífices y sacerdotes cristianos; algunas familias cristianas eran poseedoras de millares de esclavos y no faltaban elegantes damas cristianas que llevaban en sus orejas perforadas la fortuna de mil familias pobres paganas, sin otro trabajo que desposeerlas, *en nombre de Cristo*, de todos sus bienes, sin perdonarles muchas veces la vida. (Bossi, *La Iglesia y la libertad*, parte I, página 82.—Cantú, vol. VI, págs. 295 y 321.)

Estos católicos que protestan tanto ahora de que se confisquen a sus frailes los bienes, fingen ignorar que ellos confiscaron antes los de los paganos; esta Iglesia que excomulga a los que intentan restituir a la Humanidad pobre, su *verdadero dueño*, los bienes llamados de manos muertas, olvidan que ella pasó su vida, la Historia atestigua esta gran verdad, robando con engaños, amenazas y vanas ofertas de recompensas celestiales a todo el mundo.

Las riquezas de la Iglesia cristiana son muy antiguas y se remontan a épocas bien remotas; aquellos treinta dineros de que hablaba Junqueiro, fueron muy reproduc-

tivos. Ya veremos en artículos sucesivos cómo ha amasado con sangre y con cieno su inmensa fortuna la Santa Iglesia de Dios...

Matías USERO TORRENTE

Historia de las ideas y de las luchas sociales en España

XIV

Y debemos encaminarlos para reivindicarnos de los atropellos, abusos e injusticias que, aislados, sin cohesión, comete la burguesía con nosotros, valiéndose para ello del derecho del más fuerte, derecho que está fuera de toda regla de equidad; para que por medio de nuestra unión podamos elevar también nuestra condición moral y material

«Las ventajas que las Sociedades de resistencia reportan al trabajador no podrán lógicamente ser negadas por ninguno de vosotros. Allí donde el obrero, guiado por el espíritu de asociación, se une con sus iguales, formando Sindicatos poderosos que hacen muchas veces temblar el poder de la burguesía, allí también es el trabajador mucho más considerado, y, por lo tanto, su posición material mucho más elevada; pero donde el obrero no se acuerda para nada de unirse con sus afines y está, debido a su aislamiento y a su falta de cohesión, a merced de una burguesía tirana y egoísta que en su afán de oro se olvida de todo sentimiento de humanidad, allí es más mísera la condición de dicho trabajador.

«Y esto lo podéis ver bien claro vosotros a poca memoria que hagáis. Recordad vuestra condición cuando en esta villa había una organización obrera bastante poderosa para que os respetara la burguesía y comparadla con vuestra actual situación. ¿No notáis enseguida una gran diferencia entre ayer y hoy?

«Si motivos pueriles son los que os hacen apartar de la organización, desechadlos. Por encima de bajezas y miserias, haced que pueda más en vosotros el olvido de lo pasado para entrar otra vez de lleno en el territorio sindical, pues es éste uno de los mejores medios de que disponemos para elevar nuestra condición. A no ser que entre vosotros haya cándidos que

esperen mejorar por concesión del burgués o también de una ley que dicte el Estado político, corte y hechura de aquél, el cual únicamente sanciona lo que nosotros hemos ya ganado por nuestro propio esfuerzo, y lo que sanciona tampoco se cumple más que allí donde nosotros lo podemos imponer.

«Y nuestro llamamiento a vosotros no creemos que ha de ser estéril para el logro de nuestros propósitos, porque todos comprenderéis enseguida la necesidad poderosa que existe hoy de la asociación ...

«Nosotros, por de pronto, ya lo hemos hecho, y a fin de mantenernos en nuestro verdadero carácter, nos hemos constituido en un Centro independiente de toda influencia política para dedicar toda nuestra actividad a la cuestión para nosotros más principal, porque sólo luchando en este terreno es como se conquistan y se afirman fuertemente las mejoras de carácter positivo para nuestra clase.

«¿Acudiréis a nuestro llamamiento? Si lo hacéis, bien venidos seáis, y juntos empezaremos nuestra labor. Si no, la haremos nosotros solos y lucharemos todo lo que nos sea posible, que la lucha de nuestra clase será siempre la labor que han de hacer este género de Sociedades. Siempre también nos acordaremos de vosotros para recordaros lo que tenéis que hacer, la obligación que tiene todo hombre de dejar un porvenir mejor a sus hijos, que en esta lucha —como dice al final el célebre Manifiesto comunista— tenemos un mundo que ganar y sólo unas cadenas que perder.»

Siguiendo la ruta trazada en el Congreso de Solidaridad Obrera; la del llamamiento del grupo anarquista «Fermín Salvóchea», y la de la Sociedad de la Madera de Gijón, se repitió el caso en Andalucía, y desde Montilla se lanzó el siguiente llamamiento a los obreros de la tierra.

Decía así: «A los trabajadores de la

tierra! Salud. Las ansias de emancipación son tan grandes entre los oprimidos y esclavos en general, que, a despecho de las maquinaciones, supercherías, intrigas y todo género de falsedades y engaños como las religiones se han entretenido en inventar y difundir en su perjuicio;

»Difícil es la lucha por medio de la defensa individual por ser tan múltiples y fuertes nuestros enemigos, pero venceremos si es que nos decidimos a emplear el único medio de que podemos disponer para hacerlo como la experiencia nos enseña, se propaga y practica por los trabajadores de los más apartados lugares; éste es: la unión y solidaridad universal, fundada en la voluntad consciente y acción constante de cada uno.

»Nosotros, los que tenemos la satisfacción de suscribir el presente, os invitamos a ella en nombre de todas las desdichas pasadas y presentes padecidas por la humanidad:

»En los cinco pueblos donde somos moradores nos proponemos iniciar esta unión para, sin cesar un momento, ir la extendiendo cuanto se pueda. Estableceremos por los mismos una organización común para estrechar y afirmar esta unión, desenvolviendo exclusivamente las aspiraciones del apoyo mutuo intelectual y material con actos de solidaridad.

»No dudamos, compañeros, que haciendo esta unión y sobre ella poniéndonos en contacto y acción constante por medio de federaciones, unos pueblos y otros lograremos por el pronto, hasta que no se haga general, atajar el sangriento exterminio de nuestra especie, y tan luego como se consiga esta ventaja preciosa por todos los ámbitos de la tierra, por propio instinto de conservación, llegaremos por fin a estar en aptitudes de poder transformar la humanidad entera, pulverizando la injusta organización actual para que surja la equitativa, como la que espontáneamente nos presenta la Naturaleza en sus varias manifestaciones.

»Compañeros de todo el mundo: ¡A unirse y federarse! ¡Compañeros y trabajadores paisanos de esta proyectada federación: De vosotros depende, como debía haber dependido ya si la perversidad de

los hombres no nos hubiera engañado por medio de la política para su uso, vuestra libertad y emancipación.

»Montilla a 19 de noviembre de 1908.

»Por la proyectada sociedad Solidaridad Obrera, de Montilla, que estará domiciliada en la calle Aparicio, 5, *Eloy Cabello Hidalgo, Manuel Delgado Alcaide, Manuel Rodríguez, Antonio Jordano y Portero, José Luque y Carmona, Joaquín Sánchez y Sánchez.*

»Por la adherida Sociedad de Obreros Agricultores, de Espejo, *Rafael Peña Lucena, Victoriano Jurado Jiménez, Clodolfo Gracia Jiménez, Antonio Santos Jiménez.*

»Por la proyectada sociedad Solidaridad Obrera, de la Rambla, *Francisco Codina, Pedro Sánchez, Pascual Félix Molina.*

»Por la proyectada sociedad Solidaridad Obrera, de Fernán Núñez, *Juan Jiménez Rosal, Juan Rosal, Cristóbal Romero Real.*

»Por la proyectada sociedad Solidaridad Obrera, de Montemayor, *José Gómez Tango, Epifanio Mata Moreno.*»

Como signo de actividad sindical en Cataluña, aparte la huelga de carreteros, de Barcelona, famosa por el espíritu de solidaridad y compañerismo de que dieron prueba los carreteros, y otras de menor importancia, puede hacerse mención del Congreso Obrero Comarcal que, por iniciativa de las Sociedades de Torelló, se convocaba para los días 26 y 27 de diciembre de 1908, y que debía de celebrarse en Vich, en el Centro Obrero de la calle Cardona, y el arreglo del conflicto con el diario *El Poble Catalá*. Terminóse éste mediante un laudo dictado por los delegados obreros y por el señor Antonio Rovira Virgili, delegado por la empresa editora del periódico. También se dió por terminado el conflicto con el diario *El Progreso*, el órgano del Partido Radical. En los dos casos, las empresas accedieron a las demandas de los trabajadores. Pero el de *El Progreso* se reprodujo a la semana siguiente, pues si bien la empresa, para solucionar el conflicto despidió a Clariá y a Palau, también lo es que a los pocos días despidió a cinco de los obreros que trabajaban en la imprenta, a los que más se habían distinguido en el conflicto mantenido. Por lo tanto, Arte de Imprimir reprodujo el conflicto,

que continuó con variantes y alternativas diversas.

Respecto a la importancia que se concedía a los Congresos Obreros que venían celebrándose por las organizaciones sindicales, destacamos con placer este comentario que hizo *La Publicidad* al Congreso constitutivo de Solidaridad Obrera.

«Estimo que el Congreso Obrero Catalán es el único Congreso verdaderamente obrero que se ha celebrado en España. Me refiero a los Congresos de varios oficios a la vez o de varias federaciones de oficio, pues los antiguos Congresos de la Federación de Toneleros eran también verdaderos Congresos obreros. Los demás fueron Congresos anarquistas o Congresos obreros socialistas, pero no netamente societarios o sindicalistas, como se dice ahora plagiando a los franceses. En ninguno de los Congresos anteriores se había visto unidos a republicanos, socialistas y anarquistas, hablando como obreros únicamente y concretándose al objetivo inmediato que los unía, que no es otro que la resistencia a la explotación capitalista y la mejora, siempre ascendente, de los trabajadores.»

A todo esto, la constitución de Solidaridad Obrera no tuvo lugar hasta el día 29 de diciembre, en que, en reunión de delegados de la Federación Local, quedó constituido definitivamente el Consejo Directivo que lo había de componer.

Formaron parte del primer Consejo de Solidaridad Obrera, como secretario general: José Román, de Estampación Tipográfica. Secretarios ayudantes: Domestres, de Constructores de Cajas de Cartón; Vives, de los pintores de Nueva Semilla; Tesorero: A. Badía Matamala, de La Dependencia Mercantil; Contador: Escandell, de los Confiteros y Pasteleros; Vocales: García, de los Carpinteros; Herreros, de Arte de Imprimir; Castillo, de los Peluqueros La Nueva; Más Gomeri, de los metalúrgicos; Sala, de los barberos El Progreso; Coll, de Cerrajeros de Obras; Vargas, de Aserradores Mecánicos; Closas, por los albañiles, de Barcelona; Alvarez, de Guarnición y Correa; Cristoful, por Artística Culinaria; Giner, por Encuadernadores y Rayadores; Fiu, del Arte en la Sastrería, y Miguel Sans, del Ramo del Agua y Arte Fabril. Algunos de estos cargos fueron reelegidos, pues los camaradas en los cuales recayeron los desempeñaban

ya en el período de interinidad. Los reelegidos fueron Román, Matamala, Escandell, Gandía, Herreros y Castillo.

Finalizaba el año con una lucha a muerte entre el Partido Radical y la organización. Pues el litigio de Arte de Imprimir con *El Progreso*, al reproducirse por la forma de proceder de la imprenta, exacerbó más los ánimos y encendió las pasiones.

Interesa constatar que la solución momentánea que diera la Empresa de *El Progreso* al conflicto que tenía en su casa, lo hizo porque las elecciones se echaban encima. Pasadas éstas, triunfantes los candidatos del Partido Radical, provocó nuevamente el conflicto despidiendo a cinco trabajadores, de cuyo acto ya hablamos más arriba.

Pero la organización no cesaba en su lucha, y ya no era sólo Arte de Imprimir, sino toda la organización la que estaba frente a *El Progreso*. Y si bien es cierto que no faltaban en los medios obreros quienes viesan con malos ojos la actitud de la organización, lo cierto es que, temerosos del fracaso o de verse comprometidos en defender lo que no tenía defensa, callaban y toleraban lo que la organización oficialmente acordaba.

Es más: en una reunión de delegados de Sociedades obreras, Arte de Imprimir solicitó de la organización se declarase oficialmente el boicot a *El Progreso*, y la organización lo acordó. La proposición del delegado de Arte de Imprimir era: «Pido a la Asamblea que acuerde que en el periódico *Solidaridad Obrera* se publique el boicot que el Arte de Imprimir tiene declarado a *El Progreso*, en la misma forma que se hizo cuando la huelga que dicha entidad sostuvo contra *El Poble Catalá*.»

Algunos de los delegados de Sociedades obreras, creyendo ver en la proposición oculta intención política, se retiraron del salón en el momento de votar. Los que quedaron la aprobaron por unanimidad. Otros vieron la necesidad de condicionar el acuerdo a una ratificación en reunión de delegados convocados individualmente. Celebróse esta reunión el día 2 de enero de 1909, y, tras deliberaciones serias y razonadas, se aceptó la siguiente proposición del delegado de los ebanistas:

«Se declara unánimemente el boicot a *El Progreso*, por la conducta de su empresa.

«Si Clariá y Palau se dignifican, volverán a ser admitidos en la Sociedad Arte de Imprimir.» Votó en contra de la proposición la Sociedad de Carboneros.

Cabe señalar, por otra parte, que la actitud de Emiliano Iglesias, Morales y Rivas, a los que con más o menos fundamento se consideraba responsables del conflicto, no era bien vista por un gran sector del Partido Radical, sobre todo del sector obrero que pertenecía al partido.

Pero el acto más importante de fin de año fué la celebración del Congreso Obreiro Comarcal de Vich.

Comenzó sus tareas el día 26 de diciembre, a las diez de la mañana. Preside el camarada Vicente Mola, que es presidente de la Federación Local. Examinadas las credenciales resultan representadas las Sociedades siguientes: Semoleros, Carpinteros, Peones de Albañil, Albañiles, Tres Clases de Vapor y Comarcal de Albañiles, de Vich; Sociedad de Carpinteros, de Torelló; Arte Fabril, de San Hipólito de Voltregá; Unión Fabril, de Roda; Unión Obrera, de Montesquieu; Sociedad de Peones de Albañil, Arte Fabril y Anexos, Agricultores, Hiladores y Jornaleros, de Manlleu. Asistieron también el socialista Comaposada, en representación del periódico *La Internacional*, y Tomás Herreros, representando al Consejo Regional de Solidaridad Obrera.

Nombrada la presidencia para las sesiones, pásase a designar ponencias que dictaminen sobre los temas planteados por las Sociedades. Discútese la forma de verificar las votaciones, acordándose que cada entidad tenga un solo voto.

Al primer tema de si es conveniente formar una Federación Comarcal de todas las Sociedades de resistencia al capital, la ponencia contesta que es necesaria su constitución, exponiendo cómo debe funcionar y cuáles han de ser sus atribuciones.

Acerca de la orientación que deberá seguir, se acuerda que su base será la solidaridad entre todos los trabajadores y que deben prestarse apoyo incondicionalmente, moral y material en caso de huelga, teniendo en cuenta las circunstancias de lugar.

Al discutir el lugar de residencia del Comité, se propone y acuerda que sea Vich.

Pero el tema más interesante de los sometidos a la deliberación del Congreso es

el de si debe aceptarse o rechazarse la base múltiple. La discusión en torno a este tema del orden del día fué elevadísima, triunfando por abrumadora mayoría el criterio de que debía aceptarse la base múltiple. El resultado de la votación fué quince votos a favor, tres en contra y una abstención.

Después, Herreros presentó una proposición para que el Congreso votara una moción de censura contra el diario *El Progreso*, y el Congreso se pronunció a favor de la proposición de Herreros por absoluta unanimidad.

Otras cuestiones de trámite fueron tratadas, y el mitin o sesión de clausura puso límite a las deliberaciones del Congreso, que resultó provechoso para los obreros de la comarca de Vich.

En otro orden de actividades, las de la organización, en aquel tiempo las acapara el litigio con *El Progreso*. Es la preocupación de los trabajadores organizados y la de toda la opinión en general, que vió en aquel duelo Partido Radical-Solidaridad Obrera algo más que un simple conflicto por unas mejoras, o por el mejor o peor comportamiento de uno o dos individuos.

La lucha adquirió caracteres graves y acusados. Los radicales no cedían y la organización tampoco. Y como para ésta era una cuestión de vida o muerte, cosa que comprendió al momento, estaba dispuesta a resistir hasta donde y hasta cuando fuese.

Solidaridad Obrera no descuidó ningún medio de defensa y de ataque. Organizó actos en la región, además de los organizados en Barcelona, capital.

Mataró fué una de las villas donde celebró uno de estos actos, el cual tuvo una importancia peculiarísima, pues era el primero de los que se habían de celebrar. Y del resultado que diera éste, en cuanto a concurrencia de público y las conclusiones que en el mismo debían de ser aprobadas, dependía que la campaña adquiriera el vuelo y la energía necesarias para triunfar.

Por su parte, el Partido Radical tampoco cedía. Pues dejando aparte el que fueran o no ciertas las acusaciones lanzadas sobre Lerroux, el Partido Radical era un partido genuinamente popular que tomaba el grueso de sus efectivos de la clase trabajadora, y si ésta, influenciada por la organización, se abstenía de intervenir en la

política, el Partido Radical desaparecía por completo. La cuestión no era tan sencilla como a primera vista parece. Y que los radicales la veían así, lo prueba que, además de organizar actos por su cuenta para defenderse, acudieran a pedir la palabra a los que organizaba Solidaridad Obrera. En Mataró habló el redactor de *El Progreso*, Calderón Fonte, en defensa de Iglesias y compañía.

Angel PESTAÑA

El mundo grotesco

Taumaturgia lucrativa

Era de esperar.

La católica Bélgica no podía ser menos que Francia con su Lourdes y España con su Ezquioga. La católica Bélgica necesitaba su milagro. Y el milagro se ha hecho.

Los monumentos históricos, las playas, las aguas termales dan dinero; pero un santo que se aparece o una virgen que anda dan mucho más. Y, además, atrae a los extranjeros.

El milagro se ha hecho ante un ciudadano llamado Cosme Tilmaut, en Beauraing. He aquí cómo lo refiere Cosme, el piadoso:

«La virgen se me acaba de aparecer. Ha descendido de un álamo hasta el talud de la vía férrea, mirándome. Me ha pedido que se construya una gran capilla, erigida a su gloria, frente al árbol de la aparición.»

Aquí Tilmaut da detalles de cómo ha de ser la capilla que él ha visto, porque la virgen se la ha mostrado, suponemos que en maqueta, y continúa diciendo que la divina aparición le ha pedido también que anualmente se organice una gran peregrinación, precisamente el 18 de mayo.

Naturalmente que la capilla sin peregrinación no sería negocio. Ni la peregrinación en otra fecha, por ejemplo el 19 de diciembre, sería muy nutrida tampoco. La época propicia para viajar por Bélgica

—y por todas partes— es precisamente a mediados de primavera.

«Marchar» y no leer

En el órgano oficial de la Librería Alemana —el *Borsenblatt für den Deutschen Buchhandel*— hemos leído lo que sigue:

«Es preciso no olvidar que nuestro pueblo, y especialmente la juventud de hoy, está más bien llamada a participar en maniobras y ejercicios (*marschieren*), y ello, durante algunos años. Nuestra época se opone, pues, a los ratos de biblioteca.»

Por algo una de las primeras medidas del fascismo alemán fué quemar los libros de ideas.

Hitler se remonta a la edad glaciaria

Hay quien se siente ufano de descender de los «cruzados». Esto no es casi nada, o nada a secas, para las camisas pardas del nazismo.

El ministro de Instrucción Pública de Prusia ha declarado en una circular que la historia que se enseñe a los niños prusianos ha de comenzar en la época glaciaria en Europa Central.

Porque todos descendemos de los alemanes: los hindúes, los medas, los persas, los hitites. La cultura griega es asimismo un producto alemán. Los italianos, los franceses, los ingleses y los españoles somos descendientes de los conquistadores germánicos. Etcétera, etcétera.

¡Para que se crea que a Hitler le basta con anexionarle esa pequeñez que llaman Austria!

Goering, paradójico

Goëring, aquel huésped de cierto manicomio sueco, adonde fué a parar por loco dañino; Goëring, el sádico que preside en Prusia una represión salvaje, ha promulgado un decreto prohibiendo la vivisección de animales. Nos parece bien. Pero echamos de menos otro, prohibiendo la «vivisección» de hombres. Los amigos de Adolfo el fiero, protegen a los perros, gatos y conejos, mientras se ensañan con los marxistas y los hebreos. ¿Será porque los cuadrúpedos no tienen ideas?

ROGAMOS A LOS CORRESPONSALES, SUSCRIPTORES Y PAQUETEROS QUE TODOS LOS ENVIOS EFECTUADOS DESDE ESTA ADMINISTRACION, CALLE DE VILARAGUD, 3, VALENCIA, ES A ELLA A QUIEN HAY QUE DIRIGIR TODOS LOS GIROS Y DEVOLUCIONES.

HACEMOS ESTA ACLARACION PARA QUE NO SE CONFUNDAN CON LOS ENVIOS DE «ORTO» Y «CUADERNOS DE CULTURA» DE LA BIBLIOTECA DE DOCUMENTACION SOCIAL, MORATIN, 49, MADRID.

LA ADMINISTRACION

Apuntes para una estadística confederal

I

EL REGADIO EN ESPAÑA

SITUACION ACTUAL.—POSIBILIDADES

EN el resumen publicado por la Junta Consultiva Agronómica en 1904, aparecen como tierras regadas, dentro del perímetro nacional, 1.230.000 hectáreas, incluyendo entre ellas 340.000, que sólo disfrutaban de riego eventual, resultando que esa cantidad de regadío representa un 2'46 % de la superficie total del territorio nacional, estimada por el Instituto Geográfico y Estadístico en unos cincuenta millones de hectáreas.

En tan interesante trabajo, que es la compilación fundamental para posteriores estudios, ya se anota la conveniencia de transformar las indicadas 340.000 hectáreas de regadíos precarios en sistema que pudiera utilizarse el agua benefactora en toda estación; y, además, se esboza, aun cuando sin grandes estudios, que la antes indicada superficie total podría seguramente ampliarse hasta dos y medio millones de hectáreas. Por lo tanto, la cifra del 5 % de la superficie total, constituye la meta de las aspiraciones hidráulicas para riego, al menos en la fecha apuntada.

Un nuevo estudio más profundo, publicado por el mismo Superior Organismo, aprovechando la colaboración de las Secciones Agronómicas Provinciales, reasumen nuevas cifras, que son las últimas, derivándose la necesidad de realizar un nuevo esfuerzo, dado el avance en estos estudios y las variaciones profundas que, en los conceptos de posibilidades, se han infiltrado en estos últimos años.

Superficie regada en España por diversos procedimientos y agrupada por regiones agronómicas

REGIONES AGRONOMICAS	AGUAS SUMINISTRADAS POR			AGUAS SUBTERRÁNEAS			Arte-sianas	TOTAL
	Ríos, canales y acequias HTAS.	Ríos con elevación a máquina HTAS.	Pantanos, lagunas, etc. HTAS.	Pozos con elevación HTAS.	Socavones y galerías HTAS.	Fuentes y manantiales HTAS.		
Castilla la Nueva	55.654	6.093	2.808	37.239	4.789	19.133	53	125.769
Castilla la Vieja	65.863	2.054	764	2.497	»	8.872	51	80.101
Cataluña	154.900	255	1.615	10.563	14.447	3.803	1.204	186.787
Levante	130.249	6.499	43.904	30.121	4.798	28.015	324	243.910
Andalucía Oriental	138.729	735	3.704	3.304	10.524	45.654	573	203.323
Andalucía Occidental	1.392	3.514	110	6.251	»	»	3.487	14.754
Extremadura	8.162	85	511	4.267	»	4.721	»	17.746
León	48.166	1.397	2.486	3.738	»	6.574	»	62.437
Galicia	621	8	»	13	6	68.772	»	69.420
Vascongadas Navarra	30.597	2.066	1.465	44	»	766	»	34.938
Cantábrica	26.071	»	»	»	»	39.929	»	66.000
Aragón	195.077	4.207	22.543	304	124	7.538	25.019	254.812
Canarias	1.609	»	780	175	1.876	2.004	»	6.444
TOTALES	857.090	26.913	80.690	98.516	36.664	239.968	27.300	1.366.441

Los datos, agrupados por regiones, son los que se insertan en el precedente cuadro. De tales datos, llaman seguidamente la atención las escasas tierras regadas que hay en Castilla la Vieja, Extremadura y Andalucía occidental, y un examen más detenido explica muchas de las causas y fenómenos que en tales regiones se presentan y que se trata de solucionar por el intermedio de la ley Agraria, que actualmente discuten las Cortes Constituyentes.

La transformación de la agricultura en estos cuarenta años últimos, en el sentido de producir materias primas para otras industrias, merced a los avances de las ciencias en que su progreso se cimienta, ha influido extraordinariamente en dirigir la vista hacia los regadíos, donde pueden organizarse alternativas de carácter intensivo, interpolando en ellas plantas que sean base de potentes industrias. A la par, el estado floreciente de estas zonas ha influido también en el aspecto social de manera insospechada, puesto que la mayoría de los patrimonios de abolengo han pasado a manos de los colonos, con sólo darles plazos prudenciales para los pagos escalonados. Por ello hemos repetido, muchas veces, que las zonas de regadío no han precisado de ninguna reforma agraria, bastándoles tener un cultivo industrial con suficiente margen protector para realizar una labor de índole social verdaderamente extraordinaria.

La cuenca del Ebro, que afecta a unas catorce provincias, reconcentra enormes posibilidades en la ampliación de regadíos, habiendo sido la creadora de un nuevo estado de cosas hacia la política hidráulica, adormecida en el pasado siglo por las luchas intestinas que hubo en nuestra nación, abandonando la política de Floridablanca y Pignatelli. El verbo cálido y flagelante de Costa tuvo la virtud de despertar ansias y esperanzas frenadas, hasta llegar la satisfacción de sus deseos por la Confederación Sindical Hidrográfica del Ebro, hoy Mancomunidad, cuyas ideas matrices seguramente han de aflorar en el porvenir.

Basta citar las aspiraciones que en cuatro años de trabajos intensos han tenido un empuje formidable:

Regular los actuales regadíos en unas 450.000 hectáreas.

Ampliar la zona regable en unas 800.000 hectáreas.

Beneficiar la producción hidroeléctrica en unos 500.000 c. v.

Habilitar el tramo inferior del río Ebro para la navegación.

No es cuestión, en este lugar, de estudiar las modalidades de esta idea salvadora, sino poner de relieve que en sólo la cuenca del Ebro puede alcanzarse para el regadío la enorme cifra de 1.225.000 hectáreas. Si a esto se unen las abarcadas por la Confederación del Duero, en este río y en sus afluentes castellanos, así como las correspondientes al Guadalquivir y al Segura, y si, además, se tiene en cuenta las cifras que ahora surgen en Extremadura, al proyectarse la construcción de un formidable pantano en Cijara, capaz de beneficiar con las aguas del Guadiana unas 270.000 hectáreas, ¿qué transformación más radical no ocurrirá en nuestra nación una vez conquistados los secarrales y suplida la falta de lluvias en las zonas abundantes de clima seco?



Unas objeciones de gran importancia se hacen a las desmesuradas actividades puestas en pasados tiempos y aún en los actuales, en la ejecución de las obras hidráulicas y en la aplicación de los nuevos métodos de puesta en marcha para la rápida transformación, ¿qué cultivos se van a implantar en estos nuevos regadíos? ¿Para qué invertir

tantos capitales del Erario público y esclavizar a las respectivas zonas en las inversiones para la transformación, si no van a tener medio fácil de defenderse en la obtención de cosechas?

En primer lugar, recorriendo mentalmente la huerta de Valencia, la de Murcia, los regadíos de Alicante, los nuevos riegos del Guadalquivir, las vegas de Zaragoza, los vergeles del Jalón, las huertas de Lérida, y tantas más, se adquiere la certeza de que, precisamente en tales regadíos, se reconcentra el bienestar, la riqueza y la cultura, observándose que, hasta la fecha, ninguna de estas zonas lleva vida lánguida, sino por el contrario, pujante.

Pero, además, hay que tener presente otro dato que no se toma en cuenta cuando se hace la crítica de los nuevos regadíos: Una familia, en secano, para poder vivir medianamente (puesto que nunca tiene seguridad de regularizar la producción) requiere unas 32 hectáreas de tierras sembradas de «año y vez»; por el contrario, en regadío, como ocurre en la vega de Zaragoza, una familia vive bastante bien con tres y media hectáreas, y en la zona del Jalón, con dos. Es decir, que el regadío exige más brazos, más población; a esas zonas de regadío tienen que venir los habitantes de otras de clima rudo; ellas pueden restringir y aun llegar a suprimir la emigración. Nuestros estudios nos demuestran que en Aragón, cuya población es de 1.300.000 habitantes, se precisará, en el porvenir, cuando las zonas de riego tengan la amplitud debida, triple población y, por lo tanto, el consumo no quedará estancado, sino que aumentará y lo hará en progresión creciente. Además, cuantos hayan estudiado algo la cuestión social en las zonas de regadío, habrán podido observar que sus habitantes tienen un poder adquisitivo grande, como corresponde al que espera una producción segura, mientras que, por el contrario, los que habitan en zonas de secano tienen un poder adquisitivo muy restringido en consonancia con lo eventual de su producción.

Pero estas razones de índole económico-sentimental tienen su complemento en otras netamente económicas. Alardeamos de ser un país eminentemente agrario (es el consabido disco) y, sin embargo, en este mismo año ha sido preciso importar cientos de miles de toneladas de trigo; el algodón en rama aparece con un saldo negativo de 198 millones de pesetas; el maíz, con 58'69; las textiles, con 66'12; las legumbres secas, 24'99; las esencias para perfumería, con 7'86, y así otras varias cifras de importación, que también suponen millones de pesetas, para el tabaco, para los huevos frescos y algunas materias primas de producción agropecuaria. Si alardeamos de ser un país eminentemente agrario, debemos reconocer que es bien triste no lleguemos a producir todas aquellas cosechas que son posible en nuestras variadas condiciones climatológicas de las distintas comarcas.

Mientras no se regulen nuestras producciones de tal forma que al menos proporcionen lo necesario para el consumo interior, nuestra estabilización, al menos en lo esencial, será imposible.

Esta ordenación que en muchos oídos suena a cosa extraña e intolerable, por lo que supone de intervencionismo, es, sin embargo, indispensable o, por mejor decir, absolutamente indispensable, esa labor previsoras gubernamental que ejerciera tutela en la implantación y ordenación de los nuevos regadíos, que son los que más principalmente han de permitir la ansiada estabilización. Basta citar un solo y sencillo ejemplo, que consideramos de enorme trascendencia. Por falta de una debida ordenación, está abocado a una seria alteración uno de los cultivos que más estimulaban el regadío, y vislumbramos años fatales, no por exceso, sino por desgobierno (por llamarlo de

alguna manera) en la implantación de cultivos en nuevas zonas regadas. La producción azucarera y el cultivo de la remolacha destinada a esa industria del azúcar, estaban perfectamente organizados en las vegas de Granada, Rioja baja, ribera baja de Navarra, Zaragoza, Huesca, Teruel, Astorga, etc. La alteración del ritmo, la falta de una intervención indispensable, va a ser la causa de que se altere la marcha de regiones prósperas, y caso de que haya beneficios sólo alcanzarán a los industriales, que, por estar siempre mejor organizados que los cultivadores, sabrán hacer frente a las dificultades que surjan. En cambio, adoptando la línea de conducta que fuera conveniente y obligando a su imposición, los nuevos regadíos recorrerían, en la marcha lógica, las fases naturales de transformación, y los ya existentes seguirían con la prosperidad que han tenido en los últimos tiempos.

Llegamos a la siguiente conclusión: la economía agraria española, que es decir la general, sólo encontrará su equilibrio con la amplificación de los regadíos y con la acelerada puesta en marcha con los cultivos adecuados en las tierras beneficiadas. Los regadíos requieren más gente, más capital en diversas formas, transformando de paso el poder adquisitivo restringido que tienen los habitantes del secano en el amplio que disfrutaban los de las vegas. Es, por lo tanto, natural y lógico que las comarcas que puedan beneficiarse con la transformación del regadío deseen, tanto en la construcción de las obras como en la puesta en marcha de los riegos, un ritmo acelerado, con métodos que pudiéramos llamar a «la americana», debiendo ser la satisfacción de tales deseos una obra gubernamental de máxima importancia. Por todo esto nos parece plausible en alto grado lo que se trata de realizar, en el aspecto de puesta en marcha en el valle del Guadalquivir, aun cuando las directrices sean distintas a las que se han empleado en la Confederación del Ebro.



Falta el espacio para comentarios de más envergadura sobre el regadío y sus posibilidades, sin embargo, unos cuantos números o cifras vienen bien para colofón.

Una hectárea de tierra de secano vale (en lo que conocemos) de 1.000 a 3.000 pesetas; en regadío valen hasta 30.000 pesetas; una hectárea de secano requiere, como capital de explotación, de 400 a 500 pesetas; en regadío, hasta 2.000. En el secano, si el interés de capitales y de trabajos, que siempre es aleatorio, alcanza una cifra del 8 % anual, parece suficiente; en regadío casi siempre es más seguro obtener el interés calculado, que con frecuencia llega a rebasar el 15 %. En secano requiere amplias extensiones de tierra, para sembrar, por regla general, sólo la mitad, mientras que en regadío se aprovecha toda la tierra, al menos con una cosecha, y frecuentemente con dos y algunas veces más. El secano tiene que ser a base de monocultivo; el regadío tiene más variedad en esos cultivos, que puede adaptarlos según las exigencias del consumo o las necesidades industriales. Las 32 hectáreas del secano apenas dan cosechas valorables en 8.000 pesetas, mientras que en regadío, con sólo tres y media hectáreas, se obtienen 11.000 pesetas. Bien podemos decir que las cifras mandan; a ellas, pues, debemos atemperar nuestras futuras actuaciones.

UN INGENIERO AGRONOMO

La aproximación ruso-polaca

LA nueva orientación de la política exterior del Gobierno ruso, que se ha traducido en el pacto de no agresión con Francia y sus vasallos, ha motivado una serie de manifestaciones amistosas entre la dictadura de Pilsudsky y la burocracia stalinista.

Una de las más significativas, entre estas manifestaciones, ha sido la visita de Karl Radek, redactor de política extranjera del *Izvestia*, invitado por el diario oficial de Varsovia *Gazeta Polska* y por el Gobierno polaco.

Toda la prensa reaccionaria ha publicado fotografías, entrevistas y declaraciones de Radek, quien ha sido recibido por Miedzinski, el hombre de confianza de Pilsudsky y por varias autoridades gubernativas y municipales. Y el amigo de Rosa Luxemburgo, el representante de la socialdemocracia polaca en las Conferencias de Zimmerwald y de Kientahl, el importante polemizador marxista, ha exaltado la obra de Polonia en un discurso pronunciado en Gdynia, el puerto de guerra polaco, construido, con capital francés, para hacer la competencia a Dantzig y, según la prensa stalinista de hace dos años, para preparar la guerra antisoviética.

Otro comunista polaco, Hanecki, representante del Gobierno ruso, durante una audiencia oficial ha regalado a Pilsudski los documentos de la policía del zar que contienen el historial revolucionario del dictador fascista.

La prensa trotskista francesa dice que los periódicos stalinistas nada dicen de estas incoherencias diplomáticas, en tanto prosiguen una violenta campaña contra Trotsky, el «contrarrevolucionario», refugiado en Francia por razones de salud.

El comercio exterior

Según el *Berliner Tageblatt*, durante el primer semestre de 1933, las exportaciones rusas han sido de 224,6 millones de rublos contra 275,1 millones durante igual

período de 1932; las importaciones, de 190,9 millones de rublos, contra 405,3 millones. La balanza comercial ha presentado así un saldo positivo de 33,7 millones de rublos, en lugar de un saldo negativo de 130,2 millones.

Este comercio se ha distribuido como sigue, entre los diversos países, comparando con el año precedente (en millones de rublos):

	IMPORTACIONES		EXPORTACIONES	
	Primer semestre		Primer semestre	
	1933	1932	1933	1932
Alemania	47,8	51,7	99,0	183,0
Inglaterra	31,8	65,3	18,2	51,8
Italia	11,3	11,5	9,4	19,0
Mongolia	13,6	19,9	6,3	7,2
China	9,5	11,5	9,7	7,2
Francia	12,3	12,5	3,0	1,2
Bélgica	12,1	8,1	0,3	0,5
Holanda	9,9	8,8	2,0	1,7
Estados Unidos	5,4	7,1	5,8	19,3
Persia	5,3	14,5	5,7	36,4

Como se ve, Alemania ocupa actualmente el primer puesto, tanto en las importaciones como en las exportaciones, mientras que el año último era Inglaterra la que figuraba a la cabeza en cuanto a las exportaciones.

Estas cifras contribuyen a hacernos esperar un acercamiento entre Rusia y Alemania, Italia y Francia, en un sentido de colaboración políticoeconómica.

La depuración del Partido Comunista

El discurso pronunciado el 22 de mayo último en el Comité de Moscú por Kaganovitch, secretario del Comité Central del Partido Comunista de la U. R. S. S., es la mejor demostración de que un partido de gobierno atrae a los oportunistas lo mismo que a las moscas la miel; de que los períodos de transición permiten a los elementos conservadores y más o menos reaccionarios infiltrarse hasta en el régimen de dictadura del proletariado, y de que la

depuración de un partido de gobierno está principalmente destinada siempre a patentizar las oposiciones intestinas.

Reproduzcamos lo más significativo del discurso en cuestión :

«De los 3.200.000 miembros y candidatos del partido, cerca de la mitad (alrededor de 1.500 000, entre miembros y candidatos 250.000 y 1.250.000 respectivamente), no han sido nunca sometidos a depuración. Esto sólo demuestra la enorme importancia que la depuración reviste para elevar a los miembros y candidatos al nivel ideológico necesario...»

«...Después de la Revolución de Octubre, después de la conquista del Poder, numerosos elementos extraños se mezclaron con nosotros. El Partido luchó enérgicamente contra los arribistas y los egoístas que se emboscaban a la sombra del Poder...»

«...El «kulak» ve que los últimos días de su existencia se aproximan y, naturalmente, está dispuesto a emplear todos los medios de lucha, en especial, la táctica de la «zapa secreta», entrando en el Solkhoz» para allí hacer una labor destructiva.

«Un ejemplo elocuente es el caso de los comunistas de Armavir.

«Stanichnov, adjunto al presidente de la Inspección obrera y campesina, resultó ser un oficial del Ejército Blanco, que había servido voluntariamente como capitán de los ejércitos blancos de Boulak-Balakhovitch y de Petlioura.

«Koudine, director de las empresas municipales, hijo de un importante armador, salió de la Escuela de oficiales en 1917; sirvió a Sokoropadski, de donde pasó al Ejército Rojo; tomó parte en un complot contra los Soviets; volvió a los Blancos; sirvió en un regimiento de oficiales; después de la derrota, permaneció en Krasnodar como simple soldado e ingresó en el Partido en 1920, tras ocultar su pasado.

«El director regional Beldyrev y el presidente de la Autodor Priz, miembros del Partido desde 1928, habían servido a Koltchak en 1919 y 1920.»

«...El Partido ha luchado siempre contra grupos y fracciones, ha combatido por la estricta observación de la disciplina, por la ejecución total, completa, de los acuerdos tomados en su seno. Y como es el Partido quien dirige el Estado Soviético,

ha exigido siempre a sus miembros la perfecta aplicación de las medidas tomadas por los órganos oficiales. Ha velado siempre y vela con el mayor celo por que la disciplina reine en el Ejército Rojo. Y hoy, cuando sus decisiones encuentran su expresión concreta en los programas de economía socialista, el Partido exige de sus miembros no sólo la simple adhesión a sus decisiones sino la realización práctica de los acuerdos del Partido y del Gobierno, de los programas por ellos establecidos, así como una activa lucha contra aquellos que no ejecuten estos programas y estos acuerdos...»

«No son menos peligrosos los comunistas «funcionarizados», que han perdido el sentido de clase, que hacen el juego de los elementos extraños de su administración, que están separados de las masas, que realmente no pueden garantizar la ejecución de las directrices del Partido. Estas gentes se lanzan frecuentemente de un extremo a otro : ora no viendo al enemigo de la clase aprueban cuanto este hace y le estimulan ; ora se permiten violentas desviaciones a derecha o a izquierda. A semejanza del héroe de Chitchedrin, hacen ostentación del «poder administrativo» e infringen las leyes establecidas por el Poder soviético, entregándose a la arbitrariedad y a la ilegalidad. En contacto directo con esta categoría hállase la de los arribistas, de los egoístas y de los burócratas, que se han separado de los obreros y campesinos. Toda esta gente concentra su actividad en torno a sus intereses personales. Esta categoría, como la precedente, está compuesta de elementos que, unos porque en ellos el sentido de clase se ha difumado, otros por personal interés, desmoralizan la administración soviética y permiten el sabotaje de las directivas del Partido.»

Estas últimas partes del discurso de Kaganovitch demuestran que la depuración del Partido Comunista ruso está, esencialmente, encauzada hacia la disciplina más servil y la ortodoxia menos consistente.

Los oportunistas serán los primeros que quedarán en las filas del Partido, gozando de prebendas, sinecuras y privilegios.

La señora Lenka von Koerber ha publicado, en Berlín, un libro titulado *La Unión Soviética lucha contra la criminalidad*. De él extractamos estos interesantes pasajes :

«La primera pregunta que siempre me he hecho, al entrar en una prisión, ha sido ésta: ¿Cómo pasan los presos sus ratos de ocio?»

«Sabía yo bien hasta qué punto es importante esta cuestión del empleo del tiempo libre en las cárceles. Un gran número de entre los que han cometido un delito nada más, se convierten en la cárcel en criminales, debido a que en sus horas de asueto se mezclan con los seres perversos. Y hay que decir que este problema no está todavía resuelto en todos los institutos de corrección de la Unión Soviética. Desde luego, en las prisiones de tránsito como, por ejemplo, en Sverdlovk y Fiumen, es muy difícil organizar cursos para los presos, que no permanecen más que poco tiempo en ellas. Pero en las otras, como, por ejemplo, Sokolniki, la vida es intensa y fecunda en los diferentes círculos que allí hay organizados. Una comisión cultural elegida para seis meses por la asamblea general de encarcelados, dirige esta clase de trabajos. Este directorio inscribe a los analfabetos y los envía a los cursos de educación. En cada prisión existen cursos para analfabetos o para aquellos que apenas saben leer y escribir; después hay cursos superiores para los instruidos y, por último, cursos profesionales que comprenden los diferentes oficios.

«En el Ural se educa así a un gran número de carpinteros que pueden luego emplearse en las empresas madereras de la región. En Moscú se educa más bien a obreros calificados para la industria textil y la metalurgia.

En cada casa de corrección pueden verse escuelas de reeducación profesional. En Sokolniki, por ejemplo, funcionan cursos para conductores de autos, mecánicos de tractores, sastres, impresores, contables de «kolkhozes», etc. Todos aquellos que hayan seguido estos cursos serán enviados a los «kolkhozes» a la extinción de su condena. Preferentemente se da esta enseñanza a los campesinos.

«Además de estos cursos profesionales, se organizan círculos de educación política y literarios. Y los juristas van a explicar a los detenidos la política del Gobierno soviético en lo referente a la criminalidad.

«Las Asociaciones de Cultura Física, las Uniones del Socorro Rojo Internacional,

las redacciones de periódicos murales, los clubs de jugadores de ajedrez, son otras tantas organizaciones que se encuentran en todas las cárceles soviéticas...

«Los detenidos disponen de una sala común en que hay a su disposición diarios, revistas y libros. El club está adornado siempre con grandes retratos de Lenin y de Stalin. En los muros hay escritas máximas. Por ejemplo, en la cárcel para detenidos peligrosos de Nishui-Oura puede leerse sobre el muro del club lo siguiente:

««Para perfeccionarse y volverse útil a la sociedad es preciso acostumbrarse a amar el trabajo y a tomarle en consideración; es preciso ser disciplinado y elevar el propio nivel político y cultural.»

«Yo he permanecido dos días en la colonia de prisioneros titulada Primero de Mayo. He hablado con los presos, con unos en el campo, con otros porque el director me los envió. He tenido entre mis manos sus ficheros particiuares y he podido comprobar que las fichas oficiales correspondían a la realidad.

«He aquí a una joven, antigua cobradora de tranvías, que ha robado grandes sumas. Es muy desgraciada, porque su marido, un obrero que sigue los cursos de la Universidad, no gana más que 150 rublos al mes y tiene que hacer mensualmente una entrega para reparar el daño causado por ella al Estado. Es porque ella no gana lo bastante para cancelar la deuda, y su marido tiene que ayudarla. Alega ella que el dinero desaparecido le fué robado, pero su fichero afirma que ella robó de la caja durante muchos meses sistemáticamente. Responsable de la tesorería, no tiene más remedio que devolver el dinero. Está satisfecha de su trabajo en la colonia, pero el estar separada de su marido y sus tres hijos la apena profundamente.

«De todas estas conversaciones con los reclusos, se deduce claramente que todos ellos tienen el más vivo deseo de no reincidir. Se interesan por su trabajo, amplían sus conocimientos y hacen proyectos para el porvenir.

«Y como su condena por delito común no les será nunca echada en cara en la Unión Soviética, ven el horizonte libre frente a ellos. Así son muy pocos los que se fugan de esta colonia agrícola correccional.»

C. BERNERI

Mercado de esclavos

MUSSOLINI habla incesantemente del «fascismo agrario». Una de las consignas del régimen fascista es la «ruralización» de Italia o, dicho de otro modo, la conversión sistemática del territorio a la economía agrícola. Evidentemente, esta fórmula se ha utilizado como antitética al principio fundamental de la U. R. S. S., que es la «industrialización». De no perder de vista el origen histórico del fascismo, se comprenderá fácilmente el sentido de tal divisa: los grandes propietarios de haciendas han tomado simpatía al fascismo, y el Gobierno, desde entonces, ha tenido que mostrarse reconocido en primer término a aquella categoría social.

Mas para las grandes masas de trabajadores, que viven a la intemperie, ¿de qué sirve la «conversión agrícola»?

En el transcurso de mi viaje he podido apreciar que ningún estamento del pueblo italiano ha mostrado mayor ahínco en lamentarse de la indigencia propia y en manifestar sus odios hacia el régimen dominante que los campesinos. Aunque, por otra parte, ¿puede hablarse en Italia de *campesinos*? ¿Existe allí una fracción sustancial de la población del campo que pueda catalogarse bajo la denominación de «campesinos»? En la actualidad no cuenta aún Italia con una estadística oficial referente al reparto de tierras. Y no es esto por una casualidad, sino porque la publicación de una estadística de esta especie descubriría el carácter indecoroso de la explotación y condiciones del trabajo agrícola.

A juzgar por ciertos datos sobre el régimen de posesión de tierras, podría llegarse a la impresión de que existe en Italia un número bastante elevado de agricultores, medios y pequeños agricultores; pero si se analiza la cuestión con mayor detenimiento se observará que estos agricultores independientes se hallan repartidos casi exclusivamente entre las zonas montañosas y las regiones menos fértiles.

En los terrenos montañosos, la agricultura perece paulatinamente; en tales comarcas no está en condiciones de alimentar a los hombres. Y los pocos pequeños cultivadores que quedan venise constreñidos, en proporciones crecientes cada día, a buscar empleos de jornaleros o de trabajadores de *temporada* en las empresas industriales y agrícolas.

Las tierras verdaderamente feraces de las zonas de planicie y costas pertenecen a los grandes y medios terratenientes. En algunas partes, sobre todo en el Sur, las familias de la vieja nobleza son todavía las propietarias del territorio.

Es extraordinario el número —siempre creciente— de los obreros que vegetan sin trabajo seguro y van de aquí para allá buscando trabajos de ocasión, porque muchas veces no poseen más que un trozo de terruño enjuto y árido que no sirve para nada.

● ●

Mi primer encuentro con estos jornaleros en busca de trabajo, cuya presencia por grupos en las localidades rurales es tan característica en la Italia actual, como la de los grupos de parados en las ciudades se produjo en unas circunstancias singulares.

Había llegado yo una tarde a la pequeña ciudad de Agrigento, que bordea la costa meridional de

Sicilia. Hacia el centro de la ciudad, la calle principal se ensancha hasta formar una plazuela. Del lado Sur, una terraza; entre dos casuchas de sórdida presencia, descubrí súbitamente un paisaje encantador: cubierto de olivos y de almendros en flor, el monte declinaba de la ciudad al mar. Mas no pude permanecer mucho tiempo contemplando el hermoso panorama. Otra cosa atrajo mi atención. ¿Qué sucedía, detrás de mí, en la plazuela? Los porches de una iglesia —de donde precisamente acaban de salir multitud de gentes, de sombría indumentaria, de escuchar el sermón de Cuaresma— cobijan a numerosos grupos de hombres famélicos, de aire afligido y ropas sucias y desgarradas. Son grupos de cinco o seis individuos. Hablan poco. Están allí, con las manos cruzadas a la espalda, sin otro movimiento que apoyar a intervalos un pie sobre otro o volver la cabeza.

Quizá lleguen a sumar un centenar. Y permanecen como en expectación de una señal convenida. Se me antoja que de un momento a otro van a sublevarse, a lanzarse, a caer sobre un enemigo invisible. ¿Quién podrá ser este enemigo?

Además de estos grupos de obreros, circulaban algunos individuos solos, bien vestidos y tocados con sombreros de fieltro. Aquí o allá, se detenían ante un grupo; las cabezas se volvían hacia ellos; había un breve cambio de palabras. Luego, el hombre bien vestido se alejaba y el coro de trabajadores volvía a su anterior inmovilidad. ¿Qué hacían estos paseantes solitarios? ¿Trataban de apaciguar los ánimos de los obreros? ¿Pretendían hacerles desistir de tal o cual intento poco meditado?

Flotaba en el aire una sensación de peligro. En torno a estas escenas rondaban los gendarmes, vigilando, prestando oído atento a las conversaciones; el barbuquejo caído sobre el mentón. Con ellos, individuos de las milicias fascistas, con la mano sobre la funda del revólver que llevaban a la cintura.

La noche se iba acercando con rapidez y, con gran sorpresa mía, los grupos comenzaron a dispersarse. Con sus rostros pálidos y la desesperación marcada en ellos, aquellos hombres se perdían lentamente, desapareciendo por las callejas próximas.

En una de ellas, me dirigí a dos individuos en quienes había fijado particularmente mi atención poco antes, en la plaza. Preguntéles qué sucedía o había sucedido. Me miraron sin comprender y se encogieron de hombros. No se detuvieron y, a nuevas preguntas mías, aceleraron el paso, murmurando respuestas vagas que nada querían decir. A pocos pasos me decidí a dejarlos ir, quedando, por tanto, sin descorrerse a mis ojos el velo de aquel misterio. Pero yo sabía que mi instinto no podía engañarme; la lucha de clases tiene para mí un olor difícilmente confundible. Y ante mí la cosa estaba clara: me hallaba contemplando una escena de tensión social superagudizada. Pero el enigma, lo concreto, no llegó a mi conocimiento hasta el día siguiente, por la tarde.

● ●

Había descendido hasta el mar y regresaba a la hora del crepúsculo, cuando me encontré con al-

gunos grupos de aldeanos que, unos a pie, otros cabalgando en mulas, aflúan a la ciudad, cargados con sacos y aperos de labranza. Trabé conversación, pues el hecho de conocer el italiano estableció entre ellos y yo, «el extranjero», una corriente de simpatía; aunque no nos comprendíamos muy bien, pues ellos hablaban el dialecto siciliano, que contiene muchos elementos exóticos. La conversación giró inmediatamente hacia la situación de los cultivadores. Mis compañeros de camino me informaron con gusto y amplitud sobre su estado, preguntándome a su vez sobre la vida de los campesinos y el paro forzoso en Alemania.

Aquellas gentes eran en su mayoría jornaleros que regresaban a la ciudad, a sus casas, después de una jornada de trabajo en el campo. Habían trabajado desde el alba hasta la puesta del sol; muchos traían ya una hora de camino e iban a tomar la primera, la única comida del día: una sopa de pastas y legumbres, setas en cantidad predominante, pan y un poco de tomate crudo.

—¿Y la carne?...

Ellos se rieron de esta pregunta mía.

Casi a la entrada de la ciudad, dos hombres se acercaron a nosotros; uno de ellos, mirándome, se volvió al otro y le dijo:

—¡Ves como tenía yo razón!

Luego, dirigiéndose a mí:

—¿No es usted el que nos habló anoche en la ciudad? Nosotros no sabíamos lo que quería usted; no habíamos ido aún a nuestras casas y teníamos hambre; por eso no quisimos entretenernos. Pero díganos ahora, ¿qué deseaba?

Me informaron, en primer término, de algunos detalles acerca de su trabajo y su modo de vivir. Y cuando se estableció entre nosotros cierto grado de mutua confianza, llegó para mí el momento de preguntar lo que me interesaba.

—Pues bien —me respondieron—; no, nada de particular sucedía en la plaza. No hacíamos allí otra cosa que buscar trabajo. Como usted ve, nosotros todos somos hombres sin trabajo fijo. Mi compañero y yo somos obreros, obreros de verdad. Hemos trabajado en una fábrica de maquinaria que está cerrada en la actualidad. Después trabajamos en la cantera de Atenas. A buen seguro que usted habrá estado allí y habrá visto los grandes edificios nuevos. Ahora se había comenzado a construir el manicomio provincial; ya están concluidos una veintena de pabellones. Pero ha sido preciso interrumpir las obras, como antes lo fué cerrar la fábrica. Aquí no hay dinero. Y nosotros nos vamos a buscar trabajo al campo. Todos los que vió usted anoche en la plaza éramos asalariados, enganchados al día. Es muy raro encontrar trabajo para más de un día. Por la mañana, temprano, o por la noche, nos presentamos en la plaza. Los intendentes de los propietarios —aquellos señores bien vestidos que usted vería también— vienen a buscar la mano de obra. ¿Salario? Seis o siete liras al día. Hay tantos solicitantes que no se puede pedir más, porque si yo pido más toman a otro.

Por la mañana, los enganchados en la noche anterior marchan al campo, cuando el cielo está gris todavía. Hay que andar mucho. Nosotros dos tene-

mos más de una hora de camino, sin contar con que hay que llevar los útiles de trabajo. Ese viejo que ve usted, por ejemplo, ha encontrado su solución, porque tiene una mula, aunque ya vieja; pero nosotros, obreros, hemos de caminar a pie.

—Luego aquí, ¿no hay lonja del trabajo? —he preguntado yo—. En Palermo me han referido que una ley, de abril de 1926, y otra, de marzo de 1928, restablecieron las lonjas de contratación de trabajadores. Es, por tanto, intolerable el hecho de que los propietarios o sus representantes, que es lo mismo, contraten por sí mismo a sus jornaleros en medio de una plaza, imponiendo así las condiciones de trabajo, que son peores de día en día.

A esta pregunta mía, la respuesta fué una carajada general, seguida de una acalorada discusión entre aquellas gentes, sostenida en dialecto siciliano. Luego, mi colocutor reclamó silencio y me dió la explicación siguiente:

—Verá usted. Todo eso está muy bien, en principio. Los fascistas («los fascistas» decía él y no «el Gobierno») han tratado de hacer algo en ese sentido. Pero todo ha quedado en el papel. Hay muchas lonjas de esas en la ciudad. Pero nadie va a ellas, y nosotros menos que los intendentes. Es necesario ir provistos de un carnet fascista, y esto cuesta caro. Y todo se hace en la plaza. Antaño, quiero decir, antes del advenimiento del fascismo, hubo algo de eso también; era cuando los socialistas...

Habíamos llegado a la ciudad, y mi compañero interrumpió sus palabras. El y otros varios se volvieron hacia un grupo de gentes bien vestidas que estaban en la terraza de un café. Los obreros se quitaban sus sombreros y saludaban con «¡bacciam le manni!», al que los amos respondían jovialmente.

«¡Bacciam le manni!»... (¡Les besamos las manos!). Vieja fórmula de salutación de los esclavos a sus señores, mantenida aún por aquellas buenas gentes como un vestigio del feudalismo.

—¿Y qué hacen esos señores?—pregunté a mi acompañante.

—Están ahí todo el día; gastan nuestro dinero, se exhiben, toman café y tratan de negocios. ¿No es bastante?

Todos rieron.

Así, pues, la incógnita estaba ya despejada. No me había equivocado del todo la noche anterior. Lo que yo había visto era un espécimen de la lucha de clases. Pero no era que se estuviera preparando una revolución; era un simple y «normal» mercado de esclavos: la lucha por la puesta en precio de la mano de obra, que es el ombligo de toda lucha social.

Al mismo tiempo conocí por primera vez la particular estructura de la economía agrícola, tan característica, de toda la Italia meridional y de sus islas, estructura que facilita notablemente la comprensión de los procedimientos de dominación empleados en estas comarcas por el régimen fascista.

Alfred KURELLA

Normas básicas de la educación sexual

Justificación

UN artículo liso, sobre tema tan raído, por mucha que sea la tensión de sus ideas corre riesgo de parecer injustificado.

El peligro aminora considerablemente al valorar dónde nos hallamos. Tierra magnífica en la cual, por motivos de no fácil explicación, el pensamiento de Freud encuentra incesante hostilidad de enemigos y escépticos. Incluso entre profesionales del arte de sanar enfermos de la mente.

No intentaremos una defensa de los métodos psicoanalíticos. Ni siquiera invocar su eficacia clínica.

Otra intención.

Salir al paso de la legión de errores cometidos, ¡con la mejor buena fe!, por los educadores cuando ingenuamente creen abrir cauces seguros a la sexualidad de sus discípulos.

Como especializado en estas cuestiones, tengo el deber de hacer una desagradable declaración: actualmente son mayores los daños causados a la noble causa de la infancia por quienes pretenden realizar educación sexual, que por aquellos otros tímidos, egoístas o discretos dispuestos a ignorar el problema.

Si grandes errores cometen los dedicados a la profesión de educar, no les van en zaga los padres eruditos a la violeta que, sin preparación superior a lecturas superficiales, ponen mano en tan compleja cuestión.

Únicamente conociendo las equivocaciones cometidas, día tras día, por unos y otros, resulta factible hallar justificación a las presentes cuartillas, aspirantes, quizá con exceso de pretenciosidad, a mostrar categoría de faro.

Poca bibliografía —la precisa—, pocas sutilezas y abundancia de claridad. Empleado todo de una dilatada experiencia.

Antes que cuestiones de máxima envergadura, itinerarios modestos. Accesibles al pensamiento ávido de no extrañarse.

Creo haber planeado una obra de útil encauzamiento. Los acostumbrados a caminar por estos riscos de crueles aristas,

harán bien no siguiendo adelante. Nada han de aprender. Escribo para los otros. Para los envenenados por prejuicios hospicianos, que inconscientemente alejan de tantas vidas infantiles toda posibilidad de dicha futura.

Distinción indispensable

Es frecuente confundir los términos instrucción y educación. Por ello abundan en nuestro país pretendidos técnicos de la educación sexual, autores de libros afortunadamente nunca voluminosos, donde emplean páginas y páginas hablando de oviductos, semilla y términos por el orden.

No es esto la educación sexual.

Existen médicos conocedores perfectos de la anatomía y fisiología genital, y, a pesar de ello, pésimamente educados sexualmente.

Estarlo bien equivale a ser dueño de soluciones fáciles de aplicar rápidamente. En los conflictos surgidos entre el propio instinto y los ajenos.

Todas esas pueriles gradaciones de información a base de símiles botánicos, tan prodigados en los manuales, carecen de importancia pragmática.

La instrucción sexual debe tener un norte fijo: calmar la curiosidad del niño. No defraudándola. ¡Nunca! Hay que afrontar las situaciones tan serena como valientemente. Si el niño no ve satisfecho su afán de saber, inventa soluciones. Recuérdese el oscuro complejo de castración, base de tantas y tan dislocadas reivindicaciones pseudofeministas. No es el educador quien debe señalar arbitrariamente lo que ha de decirse y lo que ha de callarse.

Es el propio niño el llamado a precisar. Hay que individualizar los métodos. Más que en ninguna otra forma de educación: ética, intelectual, física, estética...

El niño no ha de saber más ni menos de lo que necesite. Variando la dosis de cultura según su psicología.

Tengo sobre la mesa de trabajo un libro, titulado pomposamente *La educación sexual*. En una de sus páginas se habla a los

niños de las buenas condiciones físicas para la maternidad de las mujeres, pintadas por Rubens y Ticiano. Sin dedicar *una sola palabra* al origen del apetito sexual y sus perversiones.

La educación sexual no debe confundirse con facilitar informes sobre aspectos objetivos del coito y del embarazo. La sexualidad representa una función, síntesis del organismo. Las manifestaciones genitales y la procreación no son sino aspectos parciales, de categoría secundaria.

El educador sensato no confundirá los conceptos genital y sexual. Como tampoco los de educación e instrucción.

Individualización precisa

Ya hemos razonado al ocuparnos de la instrucción sexual, la conveniencia de que la cultura no rebase las necesidades espirituales del sujeto y su grado de avidez. De verdades anatómicas y fisiológicas.

La importancia de la individualización sube de punto cuando de la educación sexual genuina se trata.

Esta labor de determinar el grado, y más que la intensidad las modalidades del método, resulta irrealizable sin un previo conocimiento serio de las doctrinas de Freud.

Por desgracia, en nuestro país abundan los educadores horros de toda noción de psicoanálisis. A través de mi práctica de especializado vi infinidad de niños con anomalías en el comportamiento sexual que se había intentado resolver de manera puramente automática —castigos y halagos repartidos a voleo— sin percatarse de que se trataba de simples complejos de Edipo desviados a hipertróficos.

Los complejos anal y de castración que tanto perturban la evolución sexual son prácticamente desconocidos por la mayoría de los padres y educadores españoles.

Sin embargo, nadie podrá negar la imposibilidad de aplicar iguales pautas al niño afecto de un complejo de Edipo y al víctima de un complejo anal hipertrofiado.

Se podría objetar que éstos son casos francamente patológicos y, por tanto, más dentro del campo de la psiquiatría que del de la pedagogía.

Pensando así se cometería profundo error. El tipo de la absoluta normalidad sexual es una ficción. Véase lo que ocurre

con la frigidez. Según mis cálculos, emanados de una experiencia de más de veinticinco años, el 70 % de las mujeres españolas desconocen el goce sexual en toda su integridad. Evas tenidas por viciosas y lascivas no son sino pobres defraudadas, perseguidoras de deleites presentidos, pero nunca logrados.

Cuando se aspira a hablar seriamente de educación sexual es preciso dar comienzo a la labor estudiando desde puntos de vista freidianos al niño. Para poder acudir a los aspectos de máximo peligro.

No olvidemos que la finalidad fundamental —fundamental e inmediata— de la educación del instinto sexual, es preparar sensatamente la llegada de la adolescencia tras una perfecta, enérgica y rotunda diferenciación del sexo.

En este sentido, dar educación no equivale a difuminar. El propósito básico será destacar.

Educar y domar

Con horror y pena vi en mi consulta días pasados cierto niño víctima de la pseudoenergía de un mal denominado educador, que, frente a la realidad de un onanismo vulgar, de tal manera hizo sonar la caja de los truenos, impuso castigos y profetizó desdichas, que la pobre criatura acabó padeciendo un proceso neurótico.

Si en todas las formas de educación física, intelectual, ética, tiene interés buscar antes que el miedo el cariño, antes que el respeto la sed de confidencias, en lo sexual constituye el elemento básico. Condición núcleo. Antes de hacerse oír conviene saber escuchar. Educar y predicar no son cosas sinónimas. Ternura, mucha; empuje, ninguno.

Mostrándose severo con el niño apartado de los caminos corrientes no se logra sino adiestrarlos en el arte de engañar. El pequeño se habitúa a fingir.

Piénsese en el problema de las zonas erógenas. Para lograr una buena educación sexual conviene —dijérase mejor: resulta indispensable— descubrir pronto la valoración excesiva de las fisiológicas o la presencia de otras que carecen de esta condición. A las zonas erógenas corresponde lo que Freud ha denominado acertadamente «instintos parciales». Del propio Freud son estas palabras:

«La importancia de las zonas erógenas como aparatos accesorios y subrogados de los genitales, destaca singularmente en el histerismo y en algunas otras neurosis.»

Todo educador propenso a la severidad sistemática hállase condenado a desconocer la intensidad y localización de las zonas erógenas de su alumno.

El gesto duro, la actitud fría, la censura implacable, da por resultado numerosas represiones destinadas a erigirse en germen de graves procesos neuróticos.

Adoptar actitudes rígidas, agrias, en cuanto a educación sexual se refiere, equivale a delito de lesa infancia.

Una actitud seca e incomprensiva del educador puede adquirir, según las condiciones del niño, categoría de verdadero trauma, susceptible de producir huellas imborrables.

Hay que contemplar las hogueras sexuales de la infancia, tierna, dulce, serenamente, recordando como testimonio axiomático las palabras de Freud:

«Las disposiciones sexuales perversas de la infancia pueden considerarse como manantiales de todas nuestras virtudes de adulto, por dar lugar a su nacimiento merced a modos opuestos de reacción.»

Quien no sea capaz de adoptar fórmulas de comprensión y ponderado sentimentalismo hará bien desistiendo de todo propósito de educar sexualmente a un niño.

Desespiritualización del amor

Esta labor representa la piedra angular de cualquier propósito respetable de educación sexual. Sin embargo, ni se la menciona en los libros recientes de autores españoles.

No ha mucho se publicó la segunda edición castellana del libro de Forel *La cuestión sexual*. Honráronme con el encargo de añadir unas apostillas abolicionistas. En este libro, al hablar de la educación sexual —capítulo XVII, página 521— se trata de las ideas de la señora Schmid, síntesis de procedimientos encaminados a enterar al adolescente de los aspectos somáticos; luego alúdense al error del castigo sistemático por parte de los padres, a las escuelas nuevas, en que el maestro resulta un amigo y compañero; se continúa por consideraciones acerca del patrón de los valores humanos en el niño, de los beneficios de la coeducación y de los daños

causados por las perversiones sexuales, a las que llama Forel *repugnantes*, para terminar así: «Haciendo a los niños las necesarias aclaraciones se les tranquiliza, y eso es también una ventaja.» (Página 737.)

Otra traducción que alcanzó en España venta singular es la obra de Iwan Bloch, *La vida sexual contemporánea*, con un prólogo del doctor Marañón.

El capítulo XXVI, página 323, encuéntrase dedicado al tema de la educación sexual. Comienza Bloch por defender la conveniencia de que el hombre conozca el mecanismo sexual, no retardando las nociones teóricas suficientes a evitar sorpresas y formación de juicios temerarios. Se detiene en el análisis del Programa de Ullmann, para ir dando a conocer los problemas sexuales a los niños. En las escuelas.

Defiende Bloch la utilidad de despertar simultáneamente en los niños la individualidad y la energía. Nada más.

O lo que es igual: queda sin abordar el aspecto, sin cuyo concurso no puede plantearse, trascendentalmente, el problema de la reforma sexual.

Los ejemplos de las obras de Forel y Bloch explican, y justifican en parte, la desorientación de los educadores españoles.

Todo el empeño conviene ponerlo en desespiritualizar no la sexualidad, sino la función genital. Hay que acostumbrar a las nuevas generaciones a no mirar la satisfacción del apetito sexual como algo aparte del resto de las funciones del organismo.

No hay por qué convertir el coito en eje de la vida sentimental.

Debemos acostumbrarnos a ver en él algo tan limpio psicológicamente, tan sereno, tan normal, como respirar o digerir.

Las religiones que hicieron pecado del goce sexual causaron grave daño a la humanidad cegando el más rico manantial de placeres puros.

La invención del amor, que no es sino la introducción de elementos psicológicos en una función orgánica, tan indispensable para la vida y su armónico desarrollo como cualquier otra, pero no más representa el fermento de máxima importancia etiológica en el origen de la desgracia que padecen los seres humanos.

Intentemos terca, firmemente, desandar

el camino. Hasta privar a la unión genital de su actual carácter lírico.

Así como comer, dormir o respirar no dan lugar a complicaciones espirituales, así tampoco debe originarlas la satisfacción de la libido.

¿Inmoral?

¿Perturbador?

¡Al contrario! ¿No perdería así categoría la estima de la virginidad?

¡Tampoco!

Sería simplemente despojada de su actual significado de botín, de recompensa a la habilidad donjuanesca o al prestigio romántico.

Ganaría, en cambio, al ser mirada como garantía de éxito en la generación consiguiente.

Resulta sencillísimo de entender la adopción del nuevo punto de vista. Frente a la virginidad defendida para ofrendarla al primer seductor que llegue envuelto en nieblas de poesía y ensueño o acompañado del tintineo de discos acuñados, la conservada como garantía de una prole sana.

Ahora preocupa sólo la virginidad femenina. Entonces tendrían condición análoga la masculina y la femenina. En el momento de la fecundación importa por igual la calidad del espermatozoo y la del óvulo.

Estas normas sí que justifican el empleo del término educación, bien distinto del simple adoctrinamiento acerca de cómo se realiza la cópula y la impregnación fecundante, que es, en fin de cuentas, a lo que pueden reducirse la mayoría de los hiperbólicamente llamados manuales de educación sexual.

La siembra de estas ideas cambiaría el panorama sexual del país, acabando con el tipo trágico y trágicamente repugnante de los matadores de mujeres y con el triste, morbosamente triste, de Werther.

Cuando se padece sed, la vasija presenta menos importancia que el agua; cuando se tiene hambre importa menos la forma del plato que la cantidad y aliño del manjar. La libido no tiene por qué ser estimada excepción. Es un apetito fisiológico más.

A modificar en este sentido las ideas sí puede llamársele educación. Lo otro es una sencilla información indispensable, pero no meta del propósito.

Los infiernos de la perversión

Norte esencial es servir a los educandos un conocimiento claro de las perversiones. A los educandos y a sus familias. No sólo para que éstas actúen de vigías de auroras morbosas, sino para que no desconozcan su realidad, esquivando sentimientos de repugnancia y afanes de sanción.

El concepto erróneo que del vicio suelen tener las gentes hace que a los enfermos de perversión sexual, llamándoles viciosos, se les considere no merecedores de piedad. Preciso no aplicar adjetivos humilladores como el «repugnante» de Forel antes citado. Ha de extenderse el convencimiento de que todo perverso no es sino un desgraciado incapaz de hallar el placer avanzando por los fáciles senderos que frecuentan los normales y obligado a seguir atajos tortuosos, pinos y crueles.

La tesis de que el pervertido no es una voluntad entregada al mal, sino efecto de causas ajenas a su decisión, serena rápidamente las aguas.

La diferenciación sexual, indecisa o errónea, muchas veces resulta capaz de profilaxis. La tendencia al coito bucal aparece en ocasiones como consecuencia del fomento inconsciente de un desproporcionado papel erógeno de la boca; la homosexualidad obedece con frecuencia a complejos de Edipo ignorados. No hay por qué multiplicar los ejemplos.

Con los citados basta para percibir que todo plan de educación sexual técnicamente individualizada ha de mantener dos ambiciones: adiestrar en el comportamiento consigo mismo y enseñar a no constituir riesgo para la normalidad sexual ajena.

Recuerdo un desagradable caso clínico en el cual las torpes prédicas de una pretendida educación sexual, que no era en el fondo sino somero y rijoso balance de detalles anatómicos y funcionales, impulsó a dos hermanos de distinto sexo a lúbricas comprobaciones.

De conducta objetiva no suele hablarse como convendría en los planes educativos.

Por eso reviste tan singular importancia explicar el origen de las perversiones. No basta enseñar cómo hay que conducirse; es preciso preocuparse de cómo se conducen los que rodean al muchacho.

A esto débese sustancialmente el nocivo

efecto de los internados, que en el mundo entero tiéndese a sustituir por la colocación en familia.

No podrá alardear de educador quien no sienta a su alcance la facilidad de narrar perversiones despertando ternura sincera hacia quienes las padecen.

Piénsese que no cabe alardear de hallarse educado sexualmente si se ignora la urdimbre somática y psicológica de las desviaciones del instinto.

Sublimación y sustitución

Todos conocen que, según Freud, el remanente de energía sexual no consumida puede sufrir transformaciones merecedoras del calificativo de sublimación.

El arte, el misticismo religioso, el fervor político, el entusiasmo deportivo, el heroísmo bélico, la exaltación literaria representan modos de consumir energías destinadas a empleos menos psíquicos y más viscerales.

La sublimación constituye un mecanismo inconsciente. Quien hable de perseguir la sublimación de tendencias infradiafragmáticas acusa por este solo hecho total desconocimiento de los recovecos de la psicoanálisis.

Son otros los aspectos iniciales.

Espontánea, voluntariamente, *nadie* logra el prodigio de una sublimación.

Lo único comprobable es la escasa dosis de amor otorgada por las mujeres a los hombres intelectuales. La mayoría de las grandes figuras humanas tuvieron poca suerte en sus lances con Eva. Desde Napoleón a Musset. Desde Fígaro a Cervantes.

Eva, mostrándose así, procede con estricta justicia. Los cerebros de primera magnitud pecan por dedicar la mayor parte de su vigor a las exigencias del pensamiento.

Esta distribución del caudal en altos vuelos o en el rastrear de una vida psíquicamente mediocre, no es resultado de técnicas ponderadas y accesibles.

La única influencia que es dado ejercer sobre las impaciencias del instinto o su pereza para resignarse sin distinguos ni regateos, radica en el ejercicio físico.

La mocedad no tiene antídoto mejor para combatir las irrupciones prematuras del afán erótico que el deporte. Bien entendido que éste no ha de practicarse sin previa y sensata educación física.

Hacer deporte equivale a defender la castidad. Bien entendido que en este modo no nos referimos a los profesionales, sino a los aficionados, a los que generosa y desinteresadamente realizan el esfuerzo.

Ha de ponerse todo no en la cuenta de la actividad muscular, sino también en el factor psicológico. El ansia de vencer, la ilusión de batir una marca, los azuzamientos del amor propio alejan del ánimo la obsesión sexual. La lujuria llévase mal con los índices altos de robustez física.

Por todo ello se procederá acertadamente, dejando de admitir la posibilidad de educar sexualmente a cualquier muchacho prescindiendo de la educación física, ayuda, complemento y estímulo de la sexual.

Salud y castidad

Cualquier intento *responsable* de educación sexual requiere llevar por lema la tesis de que la abstinencia perenne no sólo no representa ventajas para la salud, sino que implica un vivero de riesgos.

La abstinencia perenne supone en la mayoría de los casos un fraude, un engaño. Conozco infinidad de pretendidos castos, perfectos frecuentadores del onanismo.

Es posible la castidad absoluta, pero en muchos casos, tercamente mantenida, acarrea etiologías de síndromes neuróticos.

Lo sensato, lo higiénico, *lo sano* es no malgastar energías en maniobras de masturbación o hábitos de reducir la función al placer preliminar. Hay que acostumbrar a (hombres y mujeres) llegar virgen a la embriaguez nupcial.

Como medio de asegurar una descendencia fuerte y de evitar la inversión de la fórmula sexual.

La iniciación somática precoz tiene lugar ordinariamente en el lecho de un prostíbulo. La ramera posee como clave profesional llevar la iniciativa, contraviniendo la decisión de la Naturaleza, según la cual el macho es activo y la hembra pasiva.

El hombre acostumbrado a visitar burdeles adquiere hábitos de mostrarse pasivo. Se deja hacer. Cuando el matrimonio llega, surge el conflicto entre dos pasividades: patológica y fisiológica. Fisiológica la de la mujer. Ley de sexo. Morbosa la del hombre. En brazos de las hembras mercenarias se familiarizó con las actitudes pasivas.

Infinidad de hogares desgraciados lo son únicamente por la aversión del marido a su esposa. Perdida la actividad, la mujer no vibra por falta de estímulos varoniles. A él ocurrele algo semejante.

Tan poco discreto ha de estimarse la iniciación física antes del completo desarrollo, como la abstinencia sistemática después de alcanzado.

La educación apropiada ayuda a retrasar el momento de las impacencias. Lo contrario de cuanto ocurre con la instrucción aislada.

Lowenfeld señala como consecuencias de la abstinencia en el centro de la vida: malestar, irritabilidad, hipocondría, desgana para el trabajo...

Dependen los efectos y su intensidad de la constitución mental del sujeto. En general, puede asegurarse en los castos *a fortiori* la existencia de un refuerzo de las constituciones psicopáticas.

No puede negarse una íntima relación entre la esquizofrenia y el onanismo. Ni resulta posible olvidar la realidad clínica del síndrome de Bloch por supresión brusca y durable del hábito de la cópula.

Tampoco parecen insistir suficientemente en ello nuestros educadores.

Colofón

No se me oculta hasta qué punto ha de encontrarse deficiente el anterior desfile de razones; pero creo motivo de reconcilia-

ción conmigo mismo la noción de ambiente.

La educación sexual hállase en nuestra patria atravesando fases embrionarias. Intentase raramente y casi siempre mal. Yo pretendí sólo escribir un índice de itinerarios poco frecuentados.

Para mayor eficacia lo reproduciremos en forma de conclusiones:

a) Es fundamental no confundir los términos instrucción sexual y educación sexual.

b) La educación sexual poseerá un carácter de individualizada, por lo que debe ir precedida de estudios minuciosos de la psicología del sujeto.

c) Educar no puede considerarse sinónimo de domesticar, de anular.

d) El eje de la educación sexual estará constituido por propósitos de desespiritualizar el amor.

e) Las perversiones sexuales han de estimarse como desgracia, no como vicio.

f) Si la sublimación no constituye remedio voluntario, la práctica de los deportes puede representar un excelente baluarte de castidad.

g) La castidad, una vez terminado el desarrollo, presenta más inconvenientes que ventajas.

Dr. César JUARROS

Médico director de la Escuela Nacional de Anormales, Académico de número de la Academia Nacional de Medicina, Profesor de Psiquiatría forense del Instituto Español Criminológico.



Consultorio sociológico de ORTO

PREGUNTA: ¿Qué cantidad de moneda hay en circulación en el mundo? ¿Representa una cantidad igual de mercancías o, en otro caso, en qué proporción están éstas representadas por la moneda?

RESPUESTA: Evidentemente que esta pregunta sólo puede referirse a la moneda oro o plata. Las estadísticas no dan ninguna cifra de evaluación de las otras (cobre, níquel) y aun las cifras relativas a los metales preciosos no tienen más que un valor relativo. Ya sabemos lo que valen las estadísticas llamadas oficiales.

En cuanto concierne al oro, la producción mundial alcanzó de 1493 a 1840 un valor de 14.475 millones de francos oro. En 1911, la producción mundial del oro tenía ya un valor de 74.125 millones; en 1927 se elevaba a 107.297 millones de francos franceses oro (al par de antes de la guerra) (1).

De 1493 a 1927, el total de la producción anual ha ido en aumento; en 1927 era de 2.081 millones de francos oro.

El consumo industrial del oro absorbía mucho de este metal regularmente. Por ejemplo, en 1911, este consumo industrial fué de 592 millones de francos oro; en 1921, de 451 millones; en 1927, de 641 millones (2). En *monetaje*, por año, del oro fué durante los últimos años (3) de:

En 1911	...	1.928
» 1912	...	1.868
» 1913	...	1.659
» 1914	...	1.288
» 1915	...	1.160
» 1916	...	550
» 1917	...	670
» 1918	...	470
» 1919	...	469
» 1920	...	302
» 1921	...	225
» 1922	...	635
» 1923	...	295
» 1924	...	1.247
» 1925	...	1.703
» 1926	...	1.043
» 1927	...	1.340

millones de francos oro, a la par de antes de la guerra

Las estadísticas que tengo a la vista no se aventuran a evaluar el montante de oro acuñado actualmente en curso. (¡Y con razón!)

(1) Las cifras de la estadística son de Soetbeer (hasta 1872) y de *La Moneda*, de los Estados Unidos, según informes de *La Moneda*, de París, y de *La Moneda*, de los Estados Unidos, 1912, pág. 250 y años siguientes. Para 1923 y 1924 toma la evaluación de Samuel Montagne. Yo no doy aquí más que tres cifras.

(2) *Mint (Moneda)*, U. S. América. Deducción hecha de las cantidades procedentes de materiales viejos, y sin incluir Asia ni Africa, hasta 1921.

(3) Incluyendo la refundición de monedas antiguas y según el *Annual Report of the Director of the Mint*, U. S. A., 1912, págs. 299 a 301 y años posteriores.

La producción mundial de la plata que de 1493 a 1840 era de un valor de 32.166 millones de francos oro, alcanzó en 1911 un valor de 75.316 millones, y en 1927, de 98.191 millones (1).

He aquí algunas cifras relativas a la producción mundial de la plata por año, entendiéndose millones de francos oro a la par de antes de la guerra:

1911	...	valor:	1.563
1916	...	»	1.167
1921	...	»	1.180
1926	...	»	1.754
1927	...	»	1.755

El *monetaje*, por año, de plata, valor nominal (2) ha alcanzado las cifras siguientes, entendiéndose también millones de francos oro a la par de antes de la guerra:

En 1911	...	910
» 1912	...	1.118
» 1913	...	1.075
» 1914	...	1.330
» 1915	...	1.555
» 1916	...	2.020
» 1917	...	1.960
» 1918	...	1.540
» 1919	...	2.060
» 1920	...	1.522
» 1921	...	1.072
» 1922	...	1.562
» 1923	...	1.328
» 1924	...	946
» 1925	...	1.301
» 1926	...	1.169
» 1927	...	995

Faltan las cifras del montante de plata moneda actualmente en curso.

El montante global (plata y oro acuñados) de moneda en circulación en el mundo entero no constituye, desde el punto de vista valor, más que una mínima parte del valor de todas las mercancías intercambiadas sobre los mercados. Como una gran parte de los intercambios reales escapan a toda estadística, es imposible decir, con alguna certeza, en qué proporción representa la moneda (plata u oro) el valor de las mercancías circulantes.

Tratándose de los países mejor organizados, desde el punto de vista comercial, la proporción de los intercambios comerciales sin intervención de numerario es muy elevada. En lo que se refiere a Inglaterra, llega a un 95 %, reemplazando el *clearing* de cheques y efectos al desplazamiento de numerario.

CHRISTIAN CORNELISSEN

PREGUNTA: ¿Cómo se las arreglan los jesuitas para administrar SUS MILES DE MILLONES, sin descubrir sus negocios?

- (1) Valor al par legal (222 frs. 22 el kilog.).
- (2) Incluyendo la refundición de monedas antiguas.

RESPUESTA: Muy sencillamente. Utilizando algunos testaferros que cobran y callan; aunque algunas veces ni cobran ni callan. En Madrid, por ejemplo, vivió un opulentísimo caballero que se llamaba don Juan Ros y Alvarez, mandarín de las empresas más poderosas y, a pesar de vivir en el gran mundo, era hermano lego de la Compañía de Jesús con votos solemnes... Murió en Málaga, hace años. Tenían los jesuitas varios hermanos legos viviendo en el mundo y administrando sus negocios y sus bienes. Algunos nombres conocemos: Don Juan Ron Alvarez, don Sebastián Zabaleta, don Félix Eguiguren y Azpiazu, don Martín José Lasarte y Reaso, don José María y Barquero, don José María Barquero y Pacheco, algunos, residentes en las casas de los jesuitas, de Madrid.

Don Juan Ros, principal testaferro de los jesuitas, en Madrid traspasó a otros testaferros jesuiticos, sólo en el norte de la villa, los siguientes bienes raíces: extensísimos solares del término municipal; varios millones de pies cuadrados: Maudes, Maera, Charco, Mate o Marquina, Cuatro Caminos, Vere de Postas, Hipódromo, Guijarro, Guindalera, Altos del Hipódromo, Los Crespos, Carretera de Aragón, Al-boñigal, Canalillo, calles de Cartagena, General Ora, Castelló, Maudes, Maldonado, Padilla, Juan Bravo, María de Molina, Torrijos, Serrano, Paseo de Ronda, López de Hoyos, y casi todo el término municipal de Chamartín de la Rosa... Mucho más de veinte millones de pesetas. Y como este bien-aventurado jesuita, lego y con voto solemne de pobreza, habían muchos en los conventos y fuera de ellos en España.

Por eso cuando la República secuestró los bienes de los jesuitas encontró unas migajillas de su opulencia, unas raspillas de su inmensa fortuna, que se llevaron, sin que nadie los inquietase... al extranjero.

Y eso que ocurría en Madrid, proporcionalmente, pasaba en todas las demás ciudades españolas, donde tenían residencias los jesuitas.

Negociaban en todo y aún ahora siguen negociando, por mediación de jesuitas encubiertos y emboscados, que se hacen pasar por hombres de negocios y viven como grandes burgueses o como obreros, según más les conviene para su misión, reservada y secreta.

Algunos personajes que figuran y cobran, en esta República alegre y confiada, son jesuitas y agentes jesuiticos emboscados y sometidos a chamoufaches sorprendentes: Colegios, Academias, Bancos, Periódicos, Minas, Hoteles, Cafés, Casinos y hasta casas non santas de alto coturno siguen siendo de jesuitas y produciendo para ellos y sus cofrades. Van y vienen a España los exilados voluntariamente, y traen y llevan negocios, sin que sea posible descubrirlos... Caen en las garras de la ley de evasión de capitales cuatro infelices despistados; pero los jesuitas se evaden y evaden todo lo que se les antoja, sin que nadie se dé cuenta de sus artes de contrabandistas expertos y truchimanes empedernidos...

PREGUNTA: ¿Qué es eso de la desamortización? ¿Es verdad que el Estado robó a la Iglesia muchos millones y está obligado, POR ESO, a seguir sosteniendo el presupuesto llamado de Culto y Clero? ¿Qué cantidad se desamortizó y en cuánto se benefició el Estado español? ¿Cuánto ha pagado más o menos el Estado o, mejor, el pueblo español a la Iglesia romana en los ochenta años que hace se firmó el Concordato?

RESPUESTA: La desamortización es un fenómeno

histórico que primero lo realizó la propia Iglesia Católicorromana.

Ella indujo a los emperadores romanos recién convertidos al cristianismo a arrebatarle los bienes, templos, Academias, alhajas, tierras, posesiones, esclavos, propiedades, entregándoselos a sus pontífices, sacerdotes y fieles. Jamás llegó a una cuantía semejante lo confiscado a los llamados paganos por los denominados cristianos en ninguna desamortización, ni siquiera la habida cuando la famosa Revolución francesa.

En España la desamortización fué algo minúsculo y aparatoso, de que la Iglesia se ha resarcido con creces. Es sencillamente una picardía o una majadería hablar de grandes bienes robados a la Iglesia y de la obligatoriedad de devolvérselos.

Muchos de los bienes desamortizados no eran de la Iglesia, que los detentaba sin título legal y a veces contra sus verdaderos dueños. La Inquisición, durante siglos robó, sin contemplaciones, millones y millones a los que declaraba herejes quemándolos en la hoguera, encerrándolos a perpetuidad en sus mazmorras o dejándolos en libertad, pero hambrientos y desesperados.

De esos bienes robados fueron muchos desamortizados; de gran número de bienes desamortizados fueron indemnizados los que los poseían, con título más o menos legítimo, como se prueba en la legislación concordada; para evitar cuestiones futuras, la Iglesia y el Estado celebraron pacto liquidatorio, comprometiéndose a no reclamar cantidad alguna, por virtud de la desamortización hecha anteriormente.

En el artículo 42 del Concordato y en numerosas disposiciones concordadas se estipula así. Desde el año 51, fecha del Concordato, no se puede hablar de compensaciones; todo quedó compensado y zanjado, siendo un hecho consumado y aceptado por Estado e Iglesia la desamortización. Antes bien; el Estado cumplió todo lo establecido legalmente en el Concordato; la Iglesia, no. El artículo 38 del Concordato preceptúa que los fondos con que ha de atenderse a la dotación del culto y clero, establecida en él son: «1.º El producto de los bienes devueltos al clero, por la ley del 3 de abril de 1845; bienes que fueron convertidos en láminas intransferibles y que constituyen el acervo pío. 2.º, el producto de las limosnas de la Santa Cruzada. 3.º, Los productos de las encomiendas y maestrazgos de las cuatro Ordenes militares vacantes y que vacaren. 4.º, Una imposición sobre la propiedad de fincas rústicas y urbanas y sobre la riqueza pecuaria, en la cuota que sea necesaria para completar la dotación.»

En 3 de abril de 1845 se devolvieron a la Iglesia fincas y censos numerosísimos. La desamortización afectó a 142.083 fincas magníficas de conventos e iglesias, que ocupaban una gran parte del término municipal de los pueblos donde vivían. Afectó a 240.030 censos riquísimos sobre otras tantas fincas de legos. Lo mejor y más bueno de la Península.

Pero de esta masa de fincas y censos, HAN SIDO DEVUELTAS A LA IGLESIA Y REDUCIDAS A LAMINAS 112.064 FINCAS; DE LOS CENSOS FUERON REDIMIDOS 65.414 Y DEVUELTOS A LA IGLESIA, Y TRANSFORMADOS EN LAMINAS, 174.616.

Estos datos son oficiales. La renta anual de esas láminas, de esos acervos píos, le produce a la Iglesia, ANUALMENTE, MUCHO MAS DE TREINTA MILLONES DE PESETAS. Desde el año 51

los gastos de Culto y Clero los ha sufragado casi en su totalidad... el contribuyente español; la Iglesia sólo ha aportado un pequeño ingreso de 2.670.000 pesetas, procedentes de la Bula de la Cruzada, que, en resumidas cuentas, son también arrancadas al contribuyente católico español, y 15.000 pesetas procedentes de bienes de Clero; es decir, que los treinta millones de renta anual que producen los acervos píos, que administran y comen los obispos españoles, A PESAR DE DECIRLO EL CONCORDATO, no han sido aplicados a pagar la carga del Culto y Clero, que era lo convenido en el Concordato, sino que se han invertido EN SU TOTALIDAD EN LO QUE SE LES ANTOJO A LOS OBISPOS ESPAÑOLES, QUE ESTARIAN OBLIGADOS, CON ARREGLO A LA LEY ACEPTADA MANCOMUNADAMENTE POR EL ESTADO ESPAÑOL Y LA IGLESIA CATOLICA, A RENDIR CUENTAS DE ESE DINERO AL GOBIERNO ESPAÑOL.

Suponiendo que esas rentas representen un mínimo de treinta millones de pesetas anuales, y son mucho más, la Iglesia católica, por mediación de sus jerarcas, faltó a un compromiso firmado por la Iglesia y el Estado, defraudando a la nación en ochenta años LA ENORME CANTIDAD DE DOS MIL TRESCIENTOS SETENTA MILLONES DE PESETAS, SIN CONTAR LOS INTERESES, QUE ESTA OBLIGADA A RESTITUIR SI TIENE CONCIENCIA...

CALCULANDO UN INTERES COMPUESTO DE UN TRES POR CIENTO CUANDO MENOS, COMO ES JUSTO, PASA MUCHO DE DOS MIL QUINIENTOS MILLONES DE PESETAS LO QUE LA IGLESIA DEBE AL ESTADO ESPAÑOL O, MEJOR, A LOS POBRES ESPAÑOLES EMPOBRECIDOS POR ELLA. YA QUE NO HA PAGADO INTERES ALGUNO DE LA DEUDA NI EMPLEADO CANTIDAD ALGUNA DEL CAPITAL, SEGUN LO ESTIPULADO EN EL CONCORDATO, SALVANDO EL PEQUEÑO AUXILIO DE LA BULA DE QUE HABLAMOS.

Los fanáticos más exagerados dicen que el Estado debiera dar a la Iglesia un capital de dos mil quinientos millones de pesetas para asegurarle en títulos de la Deuda una renta anual de 125 millones, que era la que disfrutaba la Iglesia antes de la desamortización.

Pues bien; queda probado que el Estado pagó o, mejor, la Iglesia se cobró, violando las leyes aceptadas por ella y faltando a sus compromisos *sagrados*, dos mil quinientos millones de pesetas y, en el peor caso de todos, nada debe el Estado a la Iglesia, siendo legal y justa la abolición del presupuesto llamado de Culto y Clero. Y aun queda otro gravísimo asunto por ventilar.

En el Concordato no se admitían más que tres órdenes religiosas; desde hace ochenta años fueron

creciendo, hasta convertirse en ochocientas, con ochenta mil frailes y acaso otras tantas monjas. ¿Cuánto han quitado al Estado español y al pueblo español, en forma de limosnas, donaciones, herencias, explotación de industrias sin pagar contribución, escuelas, negocios y socialinas de toda especie? ¿Qué cantidad han defraudado al Estado español, ocultando y dejando de pagar tributos, contribuciones y gabelas como los demás ciudadanos durante ochenta años? Otro día intentaremos averiguarlo.

Podemos afirmar, sin temor de equivocarnos, que sobrepasa en mucho la cantidad defraudada al Estado español por la Iglesia católica, mediante una flagrante violación del Concordato, que prohibía vivir en España a esa taifa de explotadores de la conciencia ajena y no hubieran podido enriquecerse si se cumpliera la ley, mucho más del doble de lo apuntado arriba.

Debe, pues, la Iglesia española al Estado español, la asombrosa suma de quinientos mil millones de pesetas (500.000.000.000).

Ya sabe nuestro consultante lo que fué la desamortización y la razón que asiste a los católicos que llaman ladrón al Estado que abolió, a medias, la consignación llamada de Culto y Clero.

Y estas cosas no se han dicho en las Constituyentes por los papanatas socialistas, diputados mudos de una República loca, y el ministro de Justicia o no conocía estos datos o se los calló, para servir a dos señores a la vez: A DIOS y al diablo.

Y estas cosas tan interesantes las ignora el buen pueblo español y... los católicos españoles...

PREGUNTA: ¿Cómo podrán vivir los curas sin que les pague el Estado español su sueldo?

RESPUESTA: Muy bien, amigo; mejor que usted y que yo, seguramente. Juzgue usted por este dato: El obispo de Madrid tiene, para sus gastos personales, alrededor de *ciento ochenta mil pesetas*; un ministro cobra treinta mil pesetas, y un diputado, doce mil. Además, el obispado de Madrid, como todos los obispados, tiene recursos cuantiosísimos que se elevan a muchos millones de pesetas. Así, los obispados de Valencia, Zaragoza, Valladolid, Santiago... Algunos infelices curas, proletariado de la Iglesia, puede que pasen hambre; pero si no les importa a los obispos y a los fieles a quienes aseguran, según ellos, el cielo eterno y lleno de delicias, ¿cómo va a importarle al Estado laico y a los fieles laicos este asunto, que es de la exclusiva incumbencia de la Iglesia y de la conciencia religiosa católica?

Duerma tranquilo, que es más fácil se muera usted de hambre que... los BURROS DE CRISTO, como jocosamente se llaman ellos mismos desde el seminario, donde, al enseñarles Moral, el profesor arguye, humorísticamente, que nunca les faltará la cebada...

MATÍAS USERO TORRENTE

A la conciencia universal

AL tiempo de cerrar nuestra edición, recibimos el siguiente Manifiesto que publicamos, de momento, sin comentario alguno:

«Nosotros, escritores, poetas y artistas sudamericanos, fieles a los postulados de la paz, que no desconocemos el momento de gravedad por que atraviesa el mundo ante una conciencia decrepita que se aniquila a sí misma y una conciencia joven que pugna por nacer, nos dirigimos a los hombres libres de todos los pueblos, uniendo nuestra voz a la de tantos otros, para protestar ante el mundo del nuevo crimen que los Gobiernos de ambos colores están empecinados en llevar a cabo.

Sangre de hermanos corre a ríos en este continente y ríos de oro alimentan esta carnicería sin que nadie lo impida ni emita una voz de protesta ante crimen tan execrable. Aun sentimos el cañón que tronó en Verdún y en el Marne; los campos de Francia están aún teñidos de sangre; purgamos actualmente las consecuencias económicas de aquella hecatombe desastrosa, y mediante un falso nacionalismo pregonado por la prensa mercenaria y chauvinista, propagado por Gobiernos autocráticos y filósofos a sueldo de los mercenarios, en virtud de un patriotismo xenófobo mil veces sanguinario, una nueva guerra, más horrenda que la de 1914-18, se está llevando a cabo.

El capitalismo soez y alevosamente avaro, con el concurso de esos Gobiernos se desenvuelve en medio de una desesperante guerra económica, como consecuencia de la última guerra. La técnica aplicada a la industria, fenómeno de aquella catástrofe que desplazó la fabricación de cañones para dedicarse a la de materias necesarias a la vida práctica, ha conseguido una superproducción para la cual se necesitan nuevos mercados. La tirantez provocada por los aforos aduaneros en todas partes del mundo y la ambición despierta y entrañablemente desenfrenada por la baja de los precios que ocasionó la falta de consumo de cuarenta millones de desocupados, han contribuido al estancamiento de una inmensa cantidad de mercancías sin salida que es necesario colocar en la guerra.

Los Gobiernos que favorecen la acumu-

lación individual de capitales fabulosos, en quienes tienen parte, mantienen una legión de esclavos sin conciencia, que cuestan sumas fantásticas, educados en el crimen sin sanción y dedican el cuarenta por ciento de sus ingresos en la adquisición de elementos de muerte, mientras, por otra parte, aniquilan el brazo productor a quien declaran en franca rebeldía, interpretando un falso determinismo histórico en virtud del cual el hombre deberá defender un patriotismo basado en la mentira, necesitan de la guerra como único medio de resolver problemas que ellos mismos han provocado y para defender sus privilegios, intereses éstos en los que el pueblo no toma parte ni arte.

Nosotros sabemos que la última guerra ha ocasionado el veinte por ciento de los casos de enajenación mental; que provocó la criminalidad en los sobrevivientes con las consecuencias de demencia y criminalidad infantil, además de la invalidez física por el hambre y demás privaciones, incluido el raquitismo, el trastorno cerebral y la deformación corporal en las generaciones que le sucedieron, causa ésta que pesa sobre la civilización, constituyendo un aborto de humanidad.

Compenetrados del alcance de estas consecuencias y, además, porque jamás la guerra ha resuelto ningún problema humano, sino individual, ya que tiene la razón el más fuerte, el más bruto, feroz y sanguinario quien se la impone al más débil, porque es un asesinato colectivo, bárbara y antihumana, incitamos a los pueblos a unirse contra flagelo tan terrible y nos declaramos en rebelión contra sus fomentadores con un ¡NO! rotundo.

Detestamos la guerra. La guerra es un crimen de los poderes constituidos. Por esta razón, abominamos de la guerra y de sus fomentadores, y declaramos ante el mundo que no sólo no empuñaremos las armas, sino que induciremos a que otros no lo hagan, puesto que irían contra los sentimientos de paz humana, símbolo del progreso. ¡Guerra es crimen, es asesinato! ¡Aborrezcamos la guerra y a sus cultores! Tras de nosotros está el porvenir, que premiará nuestra acción si así lo hacemos.

Prof. Amenio Valerio (Brasil), Alfredo Ferrara de Santós (Uruguay), Oduvaldo Viana (Brasil), Ovidio Fernández-Ríos (Uruguay), Campio Carpio (Argentina), Doctor Fabio Luz, Antonio Figueirido, Alfonso Schmidt, Edgard Lenenroth (Brasil), Héctor Mininni, A. Montiel Ballesteros (Uruguay), Enrique Faraldo (Argentina), Doctor Fabio Luz, Alfonso Freire, Peres Junior (Telles de Meirelles), Gustavo Macedo, Roberto Piragiba da Fonseca, Armón de Mello, Moisés Xavier de Araujo, Eduardo Magalhaes, Video Couvea, Procopio Ferreira, Francisco Karan, José Pinho, Juracey Camargo, Thomaz Murat, Sylvio Julio, Francisco Moura Santos, Zolachio

Diniz, Antonio Cid Loureiro Junior, Jorge de Luna, Gonzaga Coelho, Almerio de Freitas, Maria Lacerda de Moura, Simón Debut, Augusta Maréchal, A. Néblind, André Germain, Amelia Lacerda, Clarieta Cruz Machado, Maria Julia Algodoal, Carlos Moura, Doctor Anibal Vaz de Melo, Rodolfo Felipe, Margarita de Nieva, André Fernández, José Gavronski, José Salgueiro, Carlos Boscolo, Angelo Guido, Jaime Adour da Camara, Rita Algodoal, Sud Mennucci, Doctor Paulo Tacla, Farsila Amaral, Raquel Prado, Raquel de Queiroz, Matilde Füestenberg, Doctor Nulitao Pacheco, Doctor Romeu de Camargo, Doctor Durval Nascimento (todos del Brasil).»

Notas estadísticas

Los beneficios de la casa Schneider, de Creusot

	Francos
1922	11.315.000
1923	11.712.000
1924	14.107.000
1925	22.773.000
1926	22.407.000
1927	25.531.000
1928	24.085.000
1929	26.614.000
1930	26.064.000
Total	183.098.000

El capital de esta razón social es de cien millones. A estos beneficios hay que agregar los obtenidos por Schneider de sus participaciones en las sociedades extranjeras de armamentos, como la Skoda y en los Bancos del Interior y el exterior de Francia.

En Polonia

Antes de la guerra, el Nuevo Mundo acogía cada año de 600 a 700.000 emigrantes polacos.

En diez años Polonia ha visto aumentada su población en cinco millones de habitantes, alcanzando una proporción de sesenta por hectárea, en tanto que los pueblos agrícolas no pueden alimentar más que a cuarenta por hectárea.

Producción y población

La producción mundial de azúcar (de remolacha y de caña) de la campaña 1932-33, en relación con la campaña anterior es como sigue:

	Millares de toneladas
1931-32	24.652
1932-33	22.597
Menos en 1932-33 ...	2.055

La producción mundial de carbón, en el mismo período relacionado con el precedente, así:

	Millares de toneladas
1931-32	10.200
1932-33	8.985
Menos en 1932-33 ...	1.215

En el mismo tiempo la población del globo ha aumentado en veinticinco millones de habitantes (cifra equivalente a una nacionalidad como España).

Notas de libros

La F. O. R. A., por Diego Abad de Santillán
(*Ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina*), prólogo del doctor Juan Lazarte. Ediciones Nervio, Buenos Aires.

El movimiento de los proletarios y campesinos que responde a la tendencia social e ideológica de la F. O. R. A. (Federación Obrera Regional Argentina) aparece históricamente en la última década del siglo XIX. Es el resultado de una suma de causas que arrancan, por su esencia, de un pasado precapitalista; se fundamentan, por su economía, en las condiciones establecidas por el desarrollo del capitalismo después de 1890, y se organizan, concretas, en la creadora acción espontánea de las clases trabajadoras.

Durante dos siglos habían subsistido en América una economía y una cultura primitivas, sin que evolución alguna modificara su aspecto. En todo este tiempo, la acción proselitista fué nula y la estabilización de fuertes organizaciones, punto menos que imposible.

Las transformaciones económicas sociales justifican, en 1890, la formación de una organización de lucha emancipadora.

Desde 1890 a 1930, la población experimenta un aumento formidable (6 millones en 1890; 11'5 millones en 1930).

En 1932 esta población se divide así:

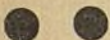
Población urbana	70 %
Población rural	30 %

El latifundismo y la industria hacen que las gentes emigren del campo a la ciudad. Las cosechas y las crisis gestan un movimiento inverso hasta la gran crisis del sistema, donde todo equilibrio está roto y los desocupados ruedan por todas partes sin rumbo ni obediencia a ninguna ley urbana o campesina.

El aumento del proletariado es paralelo al de la población y al desarrollo de la explotación capitalista. El promedio de proletarios es en Buenos Aires, en los últimos seis años, de 500.000. La proletarianización aumenta en los años críticos y toma fuerza incontenible en la iniciación de la crisis del sistema.

Mientras la población obrera y campesina es de 6'5 millones, los grandes terratenientes no pasan de 500 familias, la cuatro mil ochocientava parte de la población y detentan las cuatro quintas partes de las buenas tierras del país.

Pero la propiedad de la tierra en la Argentina es de historia reciente; se forma por el asalto, la depredación y el robo, sancionados y justificados por las bayonetas y las instituciones.



La esclavitud del campo se levanta en los grandes movimientos de 1912 y 1917; después de estas luchas se consigue una ley, cuya única cláusula un tanto justiciera se sintetiza en que el propietario no pueda desalojar al colono cada año, como se venía haciendo, sino cada cuatro años; las demás cláusulas ponen íntegramente al agricultor a la absoluta disposición de su dueño.

El monopolio de la tierra, la afluencia inmigratoria, la aplicación de la maquinaria a las industrias y, en especial, a la agricultura, traen, entre otras causas, como consecuencias una gran miseria y un hambre general azotando a la clase obrera.

La F. O. R. A. es el motor que pone en marcha todo el movimiento contra esta terrible situación, consiguiendo, después de cruentas luchas, la jornada de diez horas, y más tarde, de ocho, y un aumento gradual de los salarios; mejoras que se realizan principalmente donde existe organización.

El campo también eleva su protesta secular al grito de «¡Tierra y Libertad!», que fué el lema de la F. O. R. A. en sus grandes esfuerzos en pro de la organización agraria y en su lucha contra la estructura monopolista del capitalismo burgués.

En el régimen político se verifica una evolución simultánea.

El sistema electoral permite turnarse a los partidos. Carga el campo sobre la ciudad y siempre triunfa el campo; entiéndase: el latifundio.

El Parlamento es un instituto decorativo; la acción de sus componentes es nula.

Y surge una dictadura, y, después, otra.

Es que ya no se puede gobernar sin el *estado de sitio*; la Democracia ya no ofrece garantías; el fascismo es la única salvación del latifundismo, que, unido al imperialismo, impide el arribo del proceso revolucionario.

Es sobre esta geografía política y económica donde actúa todo el movimiento de la F. O. R. A. Unas veces, poniéndose en contra de los acontecimientos; otras, declarando sus huelgas generales. Derrotada o triunfante, lucha perennemente, siguiendo la luz de sus altos ideales, como guía de la clase trabajadora argentina.

La historia de la F. O. R. A. es la narración más emocionante y más vital de cuantas puedan escribir los cronistas verdaderos y narrar las historias de los pueblos de América.

Diego Abad de Santillán —figura prominente del proceso revolucionario universal— ha escrito este libro y recopilado, a duras penas (seleccionando el material dentro de una gran carencia de fuentes de información, pues las bibliotecas públicas del país no se interesan por los documentos y periódicos obreros) los episodios de la gran lucha proletaria argentina, prestando una aportación importantísima a la nueva historia del obrerismo organizado y dando una forma definitiva a una documentación, imprescindible al historiador, al psicólogo y al estudioso para fijar el desarrollo de la nueva civilización, a través de la guerra social, desde la prerrevolución sudamericana.

El seguro obrero y los despidos en la U. R. S. S., por Desider Bokanyi, A. Isaev y E. Zelenskaya; **Un mes con los niños rusos**, por C. Freinet, y **Cinco aspectos de la vida de la mujer en Rusia**. (Tres libros de Ed. Castro, Madrid, traducidos al español por Alvaro Arauz.)

Por cuanto tienen estos tres libritos de reportaje, es decir, de «cosa vivida» y, desde la vida, trasla-

dada al papel; por cuanto significan de ilustración sobre la Rusia de hoy, tan discutida y tan desconocida, no obstante la plétora de literatura rusa que inunda el mercado bibliológico, es muy de estimar, ponderar y agradecer, la labor realizada por Alvaro Arauz, al traducirlos al idioma español, poniéndolos así al alcance de la comprensión de nuestro proletariado.

Cuanto aporte un rayo de luz sobre la vida de ese meridiano del movimiento social que es la gran Rusia; cuanto represente un dato positivo en la resolución de problemas y en el despeje de incógnitas de la actualidad soviética, y cuanto tienda a destruir calumnias e infundios de una parte y fantasías, perniciosas por serlo, de otra, merecerá a nuestros ojos el bien de la opinión crítica y el agradecimiento, a quien ello le sea debido, del estudioso lector.

En este caso es Alvaro de Arauz a quien uno y otro remitimos.

Cristo y su tiempo (*Vida y martirio de un hombre libre*), por E. Ruiz Artajona. «Cuadernos de Cultura». Madrid, Apartado 454.

La publicación quincenal «Cuadernos de Cultura» ha publicado su número 84, bajo el título que sirve de epígrafe a esta nota.

Cristo y su tiempo (*Vida y martirio de un hombre libre*), tiene por objeto —como dice su autor, el vibrante escritor izquierdista Enrique Ruiz Artajona— sacar a la luz histórica la verdadera vida de Jesús, gran figura del amor, del amor universal, nacido al fuego de un ansia viva de redención humana.

La figura del rabino galileo ha llegado a nuestra generación, después de un recorrido de veinte siglos de mixtificación, en la que han puesto su porcentaje máximo tanto el catolicismo —gran mixtificador en sentido exaltativo de la verdad sobre Jesús—, como la demagogia, no menor mixtificadora de esa verdad, aunque en sentido degradativo.

Unos y otros, católicos y demagogos, desenmas-carados finalmente un día, apenas han demostrado haber hecho otra cosa que afirmar, inconscientemente por supuesto, las mismas palabras que el hijo de Ithoseph y Miryam pronunció una vez: «*Ego sum qui sum, yo soy el que soy.*»

En efecto: Jesús es, en la historia, el que es; Jesús fué, en la vida, el que fué. Ni el hijo de Dios que nos dicen los católicos, ni el degenerado que nos pintan los demagogos.

Jesús fué el biografiado ayer por Ludwig; hoy, por Ruiz Artajona.

La pésima traducción de los textos a un latín que ni los mismos latinos reconocerían (véase la *Vulgata*) de una parte; el desconocimiento semigeneral de ese idioma; la prohibición —muy hábil, muy «jesuítica»— de la lectura de la Biblia a los católicos, han sido otros tantos factores contribuyentes a la densa penumbra histórica por que la figura de Jesús desfila en los tiempos y la facilitación de la admisión dogmática de las invenciones arbitrarias de unos y otros.

Pero, a poco que, ayudados por un tanto de intuición lingüística lográramos traducir el latín de la *Vulgata* al latín de Cicerón, Virgilio o Juvenal; verterlo nuevamente a nuestro idioma, o al que interesase, y proceder después al análisis, a la desintegración de lo contenido en ambos Testamentos y a su exégesis imparcial, serena y culta, veríamos, en

efecto, que Jesús fué ese «hombre libre» que Ruiz Artajona sigue paso a paso en este «Cuaderno de Cultura».

Su valor es tanto más inapreciable, cuanto que en él se nos da hecho todo aquello (versión, reversión y exégesis) que, por ser labor de especialista, no todos, y menos los trabajadores, estamos en condiciones de realizar con fruto.

A este propósito, «Cuadernos de Cultura» no ha hecho más que seguir, con su número 84, su admirable trayectoria inicial.

TORRES-TRELLES

Una vida pintoresca

El siglo XIX puede y debe dividirse en dos partes para su mejor estudio; una, primera, la heroica, y otra, la teórica. Primero: el valor, la energía y los campos de batalla; luego: las frases, los artículos y los pasillos del Congreso. A las voces de mando de los guerrilleros y cabecillas se sucedieron las palabras ágiles y bien torneadas de los discursos. A las espadas airosas de cortes y reflejos, las plumas sucias de posos de tinta. Y a las acciones audaces y guerreras, las maniobras parlamentarias. Era la sangre, el corazón y los nervios frente al cerebro.

Pero no hay que olvidar que estas dos partes, cara y cruz de una misma moneda, tienen juntas y separadas, un gran interés histórico. Claro que para los que quieren buscar, en lo profundo, el auténtico dinamismo de la vida de los personajes que representan más bizarramente este siglo, para los que deseen sentir la vida palpitante de los hechos; en menos palabras, para conocer la parte vital de este siglo, habrá que ir a escoger una figura de los primeros cincuenta años, al período heroico.

Ahora leo una vida ágil, movida y extraña de una figura del siglo, que por su personalidad pintoresca y aventurera llegó a ser casi un ciudadano del mundo. Este personaje, que cuando niño debió empezar a soñar aventuras por mares de mapa y paisajes de novela, es Juan Van Halen, oficial aventurero, masón ilustre, superviviente de la Inquisición, héroe popular y galopador de estepas.

Para contar su vida, para transmitirla la vibración de su temperamento, era necesario que un escritor de trazo fuerte hecho a esta clase de trabajos realistas cogiese a esta figura, la estudiase y nos la presentara viva, palpitante. Porque no hay que olvidar que la labor del biógrafo es eso: acercarse al museo, al archivo, al mismo cementerio y dar la voz del mito («levántate») y vuelve a vivir, mejor dicho, a desvivir tu vida.

Para Pío Baroja, nuestro mejor escritor contemporáneo, no es difícil el género de las biografías hoy tan en boga. El que en toda su obra presenta la vida al natural, no encontrará dificultades al copiar la vida de una persona; es como hacer una novela de las suyas, solamente que con datos recogidos en vez de imaginados. La diferencia es de origen y no de procedimiento.

Recoger datos, fechas, memorias, papeles y darles vida; transmitirles todo el calor necesario para que la tinta se convierta en sangre auténtica y el papel en carne sonrosada y caliente, ésta ha sido siempre la labor del biógrafo; pero en este caso Pío Baroja no ha tenido necesidad de variar de técnica —repito—, pues la vida que hace recobrar a Van Halen es la misma cualidad biológica que imprime a todos sus personajes.

Un libro documental

La gráfica marcada por las ideas socialistas en el pensamiento es tan amplia, tan inmensa, que muy raras veces y a contadas personas permiten su estudio total.

Por otra parte, hay tal cantidad de modificaciones, tal dédalo de variedades, que desorientan a todo aquel que se les acerca con ánimo de estudio.

Todo esto hace que las ideas socialistas sean, por lo general, mal estudiadas, aisladamente; es decir, a trozos, a pedazos, dejándose partes perdidas y períodos abandonados.

Hace falta, para facilitar su conocimiento, un guión, un boceto de plan de estudio, una historia estructurada. Esta es la idea: una historia. Donde las personas se encuentren clasificadas, separadas y continuadas al mismo tiempo que las diferentes ideas socialistas.

Leemos un libro (*Historia del Socialismo*, de W. Laidler. *Hechos sociales*, Espasa-Calpe) que viene a cumplir este fin, a servir de unión entre el estado desordenado en que se encontraban las diferentes escuelas socialistas y lo que las gentes —sobre todo los no iniciados— necesitan. En la *Historia del Socialismo*, de W. Laidler, está desde los primeros brotes primitivos hasta el socialismo de Lenin; desde el socialismo utópico de Owen y Saint-Simon hasta el aspecto más científico de Marx y Engels. Todas las variedades, aun las más pequeñas e insignificantes, están expuestas claramente, al detalle.

Porque no hay que olvidar que el libro de W. Laidler es ante todo una auténtica historia de las ideas socialistas —no de los hechos, como la de Marx—, donde el autor ha conseguido su propósito al dar una visión completa de casi todas las escuelas, la influencia de unas sobre otras y el desarrollo de cada una.

En este tiempo de historias resumen, el libro de Laidler tiene una gran actualidad y ha de prestar grandes servicios a la masa que empieza a interesarse por las ideas de los que hicieron la revolución en Rusia.

Los «gangsters»

El índice máximo de crímenes y robos es la señal más evidente de la descomposición de una sociedad, de un sistema. Norteamérica —rascacielos para oficinas, estrellas con rabo luminoso desde la pantalla hasta la cámara y millonarios extravagantes— está en franca y total descomposición, se ha pasado y se hunde. Porque debemos tener presente que los hechos que vamos a referir no son ni productos del siglo, ni mucho menos consecuencia de una «ley». Son, eso sí, el signo característico del fin de una sociedad burguesa y capitalista.

Todo esto que acabo de decir está motivado por la lectura de una crónica sobre los «gangsters» de Chicago (Viajes sin vuelta. W. N. Burns. *Hechos Sociales*. Espasa-Calpe), recientemente publicada. Trazada con una gran habilidad, bien documentada y sintéticamente expuesta, esta crónica roja —no confundirse con otro rojo más glorioso— nos presenta al desnudo la importancia —muertes con previo aviso, explotaciones a gran escala de toneles, establecimientos y mujeres, compra de policías, combinaciones fantásticas, autos y ametralladoras que matan al pasar y dejan en la pared la silueta de Al. Capone— que esta plaga de antisecos tiene en aquel país.

Una vez derogada la famosa ley —causa principal, al decir de las gentes, de su existencia— todo el mundo se hace esta pregunta: «¿Y ahora que harán los «gangsters?» Yo, exponiéndome a la equivocación, voy a dar una respuesta: ahora, servirán a la burguesía en su lucha contra el proletariado, y las bandas de «gangsters» serán esquirolas que intentarán destrozar huelgas y eliminar obreros...

Dos biografías

Para refrescarnos la memoria y hacernos recordar uno de los muchos momentos en que la humanidad debió hundirse para siempre y afortunadamente resurgir limpia y cambiada, el joven escritor Lino Novas Calvo, con gran acierto de situación, colorido y ambiente, nos da una biografía espléndida de aquel malagueño Pedro Blanco y Fernández de Trava, tratante en negros que fué el exponente máximo de sus contrabandistas.

Todo el dinamismo —ojalá no los hubiese tenido— de este hombre, sus negocios, sus procedimientos de venta y adquisición, los escenarios donde se mueve, toman en algunos momentos características de alta novela de aventuras.

Es un acierto la publicación de este buen libro de Lino Novas Calvo.

Siguiendo la trayectoria que la dirección de la Colección de Vidas Españolas e Hispanoamericanas del siglo XIX ha marcado desde sus comienzos, al intercalar entre nuestras figuras americanas, el último volumen aparecido es la vida de Carlos María Bustamante, perfil de hombre extraordinario medio escondido en la esquina de últimos del siglo XVIII. (*La vida azarosa y romántica de Carlos María Bustamante*. Victoriano Salado Alvarez. Espasa-Calpe.)

Su biógrafo, documentado ampliamente, el libro de Salado Alvarez «contiene más historia que todas las historias»; con un gran dominio de lenguaje y de la técnica biográfica, realiza una gran labor al descubrirnos —esta es la verdad— la vida y los hechos del lugarteniente de Morelos.

ÁLVARO ARAUZ

La Enciclopedia Anarquista

Publicada en Francia, bajo la dirección de Sebastián Faure, y que editará en castellano y en fascículos mensuales de 48 páginas el CENTRO CULTURAL ENCICLOPÉDICO, APARTADO 12.195, MADRID, es la obra cumbre, máxima, del pensamiento anarquista publicada hasta hoy. Tanto por su programa como por su carácter y eclecticismo de los conocimientos que abarca, *La Enciclopedia Anarquista* debe figurar en todas las bibliotecas de Sindicatos, de Ateneos, de Escuelas, de Grupos, etc.

A ningún militante debe faltarle esta obra. También les será útil a periodistas, abogados y cuantos deseen aumentar sus conocimientos sobre las ideas de liberación humana.

GRÁFICAS REUNIDAS.-Grabador Esteve, 19, Valencia

B I B L I O T E C A

ORTO

Dirección: Apartado de Correos 454, MADRID

- EL SINDICALISMO (Historia-Filosofía-Economía), por *Marín Civera*.—3 pesetas.
- PATERNIDAD VOLUNTARIA (Guía práctica de los medios para evitar el embarazo), por *Hildegart*.—2 pesetas.
- PLAN FINANCIERO QUINQUENAL DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA, por *José López Tomás*.—5 pesetas.
- TEATRO DE MASAS, por *Ramón J. Sender*.—2 pesetas.
- JESUITISMO Y MASONERIA (Dos ideales opuestos), 250 páginas, por *Matías Usero Torrente*, ex sacerdote misionero católico.—4 pesetas.
- SEXUALISMO REVOLUCIONARIO (Amor libre), magníficamente presentado, por *E. Armand*.—2'50 pesetas.
- COMO ACTUABAN LOS BOLCHEVIQUES EN LA CLANDESTINIDAD (traducción directa del ruso por *A. Nin*), *Krasin*, *Bogomolov*, *Guerchandovich*.—4 pesetas.
1945. EL ADVENIMIENTO DEL COMUNISMO LIBERTARIO (Una visión novelesca del porvenir), por *Alfonso Martínez Rizo*. 2 pesetas.
- LA ULTIMA VICTIMA DE LA INQUISICION (El maestro de Ruzafa, Cayetano Ripoll), por *Julio Noguera López*; ilustraciones de *Rivadulla*.—2 pesetas.
- PERVERSIONES SEXUALES (El instinto sexual y sus manifestaciones mórbidas), por el *Dr. Benjamín Tarnowski*. Con un extenso prólogo, traducción y láminas de la señorita *Hildegart*. Epílogo del *Dr. Havelock Ellis*. Con abundantes fotograbados, en couché, de todos los homosexuales célebres en la Historia.
- EL AMOR DENTRO DE 200 AÑOS, por *Alfonso Martínez Rizo*.—2 pesetas.
- COMO SE CURAN Y COMO SE EVITAN LAS ENFERMEDADES VENEREAS, por *Hildegart*. Con ilustraciones.—4 pesetas.
- EL PROLETARIADO ANTE EL SEXO, de *N. Tarassov*. (El derecho al aborto. El aborto legal y clandestino).—1 peseta.
- «EL CAPITAL», DE CARLOS MARX, AL ALCANCE DE TODOS, de *Carlo Cafiero*. Prólogo de *James Guillaume*.—2 pesetas.
- LIBERTINAJE Y PROSTITUCION (*Grandes prostitutas y famosos libertinos*), por *E. Armand*. Una obra sensacional acerca la influencia del hecho sexual en la vida política y social del hombre. Ilustrada con numerosos grabados y fotografías.—10 pts.
- PROSTITUCION, ABOLICIONISMO Y MAL VENEREO, por el *Prof. Luis Huerta*. Una obra de palpitante actualidad para todo aquel que quiera enterarse del estado actual de la prostitución en España y en el mundo; la reglamentación, el abolicionismo, la trata de blancas, etc.—4 pesetas.
- EL COMUNISMO LIBERTARIO Y EL REGIMEN DE TRANSICION, por *Christian Cornelissen*. La organización de las industrias bajo la dirección de los Sindicatos obreros; distintas maneras de apreciar el problema monetario; la organización de la agricultura; justicia y policía en una sociedad comunista; el arte, la moral, etc, etc.—2 pesetas.
- LAS RELIGIONES DEL MUNDO DESENMASCARADAS, por *Matías Usero Torrente*. Un tomo de más de trescientas páginas, en las que el autor pasa revista y compara todas las religiones, a la luz de la ciencia y con un criterio modernísimo. Los grandes conocimientos del autor —ex sacerdote misionero católico— y su larga experiencia religiosa hacen de este libro algo indispensable en la biblioteca del hombre libre.—5 pesetas.

Ayuntamiento de Madrid

Ultimos **CUADERNOS DE CULTURA** publicados:

N.º **82.** **El híbrido del hombre y el mono**

Por el Profesor **ALFONSO L. HERRERA** - Precio, 0'60 ptas.

N.º **83.** **El sexo y sus manifestaciones históricas**

Por **WILLIAM J. FIELDING**. - Precio: 0'60 ptas.

N.º **84.** **Cristo y su tiempo (Vida y martirio de un hombre libre)**

Por **E. RUIZ ARTAJONA**. Precio: 0'60 ptas.

N.º **85.** **Los pobladores del mar**

Por **ENRIQUE RIOJA**. - Precio, 0'60 ptas.

N.º **86.** **Fauna y flora marinas**

Por **ENRIQUE RIOJA**. - Precio, 0'60 ptas.

OBRAS DE HILDEGART

(Editadas por la Biblioteca **ORTO**
Apartado 454, MADRID) _____

Paternidad voluntaria (Guía práctica de los medios para evitar el embarazo)

Con profusión de grabados. - 2 pesetas.

Perversiones sexuales (El instinto sexual y sus manifestaciones morbosas)

Con abundantes grabados, en couché, de todos los homosexuales célebres en la Historia. - 2 pesetas.

Cómo se curan y cómo se evitan las enfermedades venéreas

Con ilustraciones. - 4 pesetas.

Sexo y Amor (agotada).

La Revolución sexual